

LA ESPEDICIÓN Y DOMINACIÓN
DE LOS
CATALANES EN ORIENTE

JUZGADAS POR LOS GRIEGOS.

MONOGRAFÍA

LEIDA

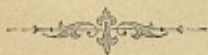
en las sesiones ordinarias celebradas por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona,

en los días 12 y 26 de Febrero y 12 de Marzo de 1883

POR

D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH,

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS, LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO,
CATEGÓRICO SUPERNUMERARIO DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA,
SOCIO HONORARIO DE DICHA REAL ACADEMIA, DE LA DEL PARNASO DE ATENAS
Y DE LA DEL MUSEO DE ESMIRNA,
Y CORRESPONDIENTE DEL SYLLOGO HELÉNICO DE CONSTANTINOPLA,
DE LA SOCIEDAD HISTÓRICA Y ETNOLÓGICA DE GRECIA
Y DE LA DEL ORIENT LATIN DE PARÍS.



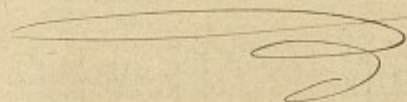
R. 378



Al Excmo S. Director de Instrucción pública

D. Juan Facundo Riaño, en testimonio de respec-
tuosa consideración

El Autor



INTRODUCCIÓN.

Cábeme por vez primera la gratísima honra de dirigir mi voz desautorizada á los ilustrados socios de esta Real Academia, y por vez primera también desde que las elocuentes plumas de Muntaner y de Moncada immortalizaron en áureas páginas sucesos de memoria gloriosa y perenne, y extendida por todos los ámbitos del mundo civilizado, he de tratar un asunto cuya importancia inmensa me abrumara, como á novel é inexperto aficionado á los estudios históricos, si no me alentara en tan árdua tarea, más que mi buen deseo, vuestra cariñosa indulgencia que de un modo manifiesto proclama el inmerecido lugar que entre vosotros me habeis concedido.

Mentira parece que episodio tan interesante como el de la expedición de los catalanes á Oriente y de su dominación en aquellas tierras, que de tal suerte honra á nuestro país y á su brillante historia, á pesar de las manchas que oscurecen sus grandiosos hechos, y con el que justamente se envanecerían naciones á quienes adornan timbres no ménos esclarecidos que á la nuestra, haya sido mirado con indiferencia tanta por España, y sobre todo por Cataluña, que en ensalzarlo y glorificarlo había de poner mayor empeño. Hoy día en que el anhelo de rehabilitar las patrias glorias, por todos ardorosamente sentido, ha

hecho que fuesen con más amor estudiadas y tratadas con más respeto las gigantescas figuras de nuestros Pedros y Jaimes, las hazañas de los conquistadores de Mallorca, de Valencia, de Sicilia y de Córcega, y colocada en el alto lugar que entre las neo-latinas le corresponde la lengua enérgica y expresiva en que cantó sus sentidas *esparsas* el genio original de Ausias March, y escribió sus candorosas é inimitables narraciones el ingenuo cronista de las gestas de aquellos monarcas; ni un esfuerzo se ha hecho, que yo sepa, ni investigación más ó menos afortunada, que yo conozca, para sacar á luz punto por punto los secretos de heroísmo maravilloso que encierra la conquista del Oriente por nuestras armas, no menos digna de admiración, bajo muchos conceptos, que las inmortales expediciones de las Cruzadas. Hemos olvidado los catalanes y los españoles todos, que tanto como los Hernán Cortés y los Pizarros valían sin duda los que, despues de llevar sus triunfantes banderas hasta los antiguos límites del imperio romano, léjos de su patria y en extranjera y desconocida tierra, supieron quemar sus naves y cerrarse todo otro camino de salvación, como no fuera el que les abriesen sus propias vencedoras armas; los que en Andrinópolis repitieron el ejemplo de heroicidad de los numantinos; los que confiaron la custodia de Galípoli á sus mujeres que, tan valerosas como ellos, y dignas precursoras de las heroínas de Zaragoza y de Gerona, hicieron volver las espaldas á los soldados genoveses, que traidoramente trataban de apoderarse de aquella ciudad; los que rindieron á sus plantas, no á pueblos salvajes, que huían al ver un europeo, juzgándolo un dios, sino á dos poderosas naciones, adelantadísima una de ellas en la senda de la civilización y por madre suya considerada

por todos los pueblos de la vieja Europa; y aunque áspera é inculta, tan fuerte y audaz la otra, que hizo temblar á los monarcas del antiguo continente en sus tronos y reclamó para ser vencida el concurso de la cristiandad reunida en las aguas de Lepanto; los que, en una palabra, con escasísimas fuerzas, sin caudillos muchas veces y divididos casi siempre, al igual de los diez mil de Jenofonte, realizaron atrevidas retiradas por comarcas enemigas y desconocidas, derrotaron á los turcos en Artaquí, Aulaca, Tyrre, Ania y el monte Tauro, destruyeron á los genoveses en Pera y en Galípoli, hicieron volver el rostro á un emperador griego en la legendaria jornada de Apros, tomaron sangrienta venganza de los Alanos, asesinos de Roger, en el monte Hemo, acabaron con la dominación franca en Grecia en la reñida batalla del Cefiso, en la que murió la flor y nata de la caballería francesa del Oriente,¹ y con ella el feudalismo y la hegemonía de la nación vecina en aquella región, y tremolaron en fin por espacio de más de setenta años en la Acrópolis ateniense, defendiéndola con bravura de venecianos y angevinos, de turcos y albaneses, de griegos y navarros, la triunfadora enseña de las barras catalanas. ¿Qué otro pueblo puede envanecerse de un suceso histórico tan memorable como el de nuestra famosa expedición á Oriente? ¿Qué hazañas pueden á las suyas compararse? Para hallar otras semejantes sería preciso acu-

¹ Allí murieron Gualtero I de Brienne, el animoso duque de Atenas, Jorge I Ghisi, señor de Tinos, Myconos, Ceos y Seryphos, y terciario de Eubea; Alberto Pallavicini, marqués de Bodonitza; Tomás III de Stromoncourt, señor de Salona; Rainaldo de la Roche, señor de Veligosti; los señores de Karditza y otros innumerables barones. Puede verse la relación detallada de esta batalla en la preciosa obra de Carlos Hopf, *Griechenland im Mittelalter*, ó en la no menos valiosa de G. Schlumberger, *Numismatique de l'Orient latin*, Paris, 1878, en las monografías históricas relativas á los principados latinos establecidos en Grecia desde 1204. Vid. *Ducs francs d'Athenes*. De esta última he tomado las anteriores noticias.

dir á los libros caballerescos del rey Artús y de la Tabla Redonda, de Carlomagno y de Amadís de Gaula, de los Palmerines de Inglaterra y de toda aquella fantástica familia de paladines, cuyos hechos maravillosos de tal suerte cautivaban la atención de nuestros crédulos pasados. "No hay capítulo en esta historia, exclama acertadamente el malogrado D. Jaime Tió en su prólogo á la famosa obra de Moncada,¹ que no tenga su semejanza en las de los Amadises, Florismartes y Primaleones, con la sola diferencia de ser aquí verdaderos los hechos, y entre los *andantes* no. De buenas á primeras topais con el adalid de los expedicionarios, casado con la sobrina del emperador, luego con un almogávar que, con su sencillo vestido de pieles, vence en la liza á un caballero cubierto de fuerte armadura; veis tajos y reveses que no curara el bálsamo de Fierabrás, y presenciais reñidos encuentros de un hombre contra diez y aún contra veinte."

Y tan legendaria debió ser aquella expedición y tan fantásticas parecieron sus aventuras, que hasta un libro de caballería famoso, escrito en nuestra materna lengua, la *Historia de Tirant lo Blanch*, se inspiró sin duda alguna en una y otras, creyendo, con razón, su autor que en aquellas hazañas verdaderas encontraría materia abundantísima que satisficiera á la imaginación más exigente y exaltada. Hizo esta oportuna y curiosa observación el malogrado Amador de los Rios en su estimable *Historia crítica de la Literatura española*; ² y en efecto, basta la simple exposición del argumento de tan peregrino libro para dejarla plenamente confirmada. Como Roger, es llamado Tirante desde Sicilia por un mensajero del empera-

¹ Edición de Oliveres.—Barcelona: 1842.—Pág. 11.

² Tom. VII. p. 387 y siguientes.

dor de Constantinopla para advertirle el peligro en que los turcos habian puesto al aniquilado imperio, é invocar su poderoso auxilio; al par del héroe catalán, no da Tirante tregua á su valor, y levantado á la alta dignidad de príncipe y César griego, pelea en favor de los bizantinos contra los turcos, y vencedor de ellos en todos los encuentros, salva del cautiverio á aquella decadente nación; despósase con la hija de los Césares, y finalmente, como aquel, le arrebató la muerte cuando más brillantes eran los resplandores de su gloria.

No trato, sin embargo, de trazar en este momento un nuevo panegírico de las increíbles hazañas de la Compañía Catalana, ni de repetir lo que cien veces se ha dicho. Hicieronlo ya cumplidamente el Jenofonte de nuestra historia, soldado á la vez y narrador de aquella peregrina Odissea militar, y en tiempos más cercanos, en una obra que es maravilla de las letras castellanas, el ilustre escritor D. Francisco de Moncada. Por otra parte una legítima vanidad nacional ha recurrido constantemente á esta página de la historia patria, como para adornarse con su más preciada joya, convirtiéndola en tema retórico y hasta la saciedad gastado por nuestros historiadores y literatos, y popularizando su recuerdo entre todas las clases sociales y aún entre las naciones extranjeras, que le han dedicado justo tributo de admiración.

En la imposibilidad, pues, de añadir hoy nada nuevo á lo que hasta ahora se ha dicho y publicado, por no tener acopiados y reunidos todavía todos los materiales, que un día, si mis fuerzas escasas me lo consienten, han de formar unos ensayos históricos sobre nuestra dominación en Levante, y principalmente sobre los oscuros hechos del ducado catalán de Atenas, que dejó de relatar Mon-

cada, *por no tener de ellos larga y verdadera noticia*, me limitaré en la ocasión presente á dar una ligera idea de la importancia de nuestra conquista ultramarina, apoyándome para ello, no en la opinión de nuestros historiadores, ni en la de los extranjeros que más favorable se la conceden, sino en la de los que un tiempo fueron nuestros enemigos, expresivamente consignada en sus recuerdos y tradiciones, en sus canciones populares y en su literatura, en sus crónicas y en sus obras históricas.

No esperéis, señores, hallar en ese recuerdo vivo que, como testimonio imperecedero de la gloria de nuestra raza, se ha conservado en el pecho de los griegos, desde la época de la invasión hasta nuestros días, frases parecidas á las que á aquellos valientes soldados consagran nuestros historiadores y poetas; antes por el contrario, preparaos á oír tales ultrajes y menosprecios, y á encontrar en ellos tanto rencor y animosidad, que en su misma exageración, ó en la expresión constante de unos y otros, muestran la flaqueza de ánimo del pueblo que los dicta, y la duradera impresión de terror que en él sus vencedores dejaron. Si así no lo creyera, si juzgara que con ello no habría de alcanzar otra cosa que herir inútilmente nuestro justo amor propio nacional, gustoso diera de mano á la improba y desagradable tarea de andar recogiendo en campo extranjero espinas y malezas, para tejer con ellas deshonrosa corona de oprobio á nuestra querida patria.

I.

EL RECUERDO DE LA EXPEDICIÓN CATALANA

EN LAS

TRADICIONES Y CANCIONES POPULARES.

I.—Impresión duradera que entre los griegos dejó la venganza catalana.—II. Tradiciones populares acerca de ella.—III. Maldición de los Tracios y tradiciones de la Eubea, de la Acarnania, de Trípoli del Peloponeso, del Atica, de Mesenia y de Laconia.—VI. Recuerdo acerca del valor de los catalanes en Jerómeron y Manes.—V. Cantos populares de la Tesalia.—VI. Canción griega citada por Legrand.

Nada tiene de extraño que la memoria de las hazañas de nuestros antepasados en varias comarcas de Oriente conservada, no les sea generalmente favorable, por proceder de enemigos vencidos interesados en desacreditar á sus vencedores. Pero aun á través del prisma de parcialidad y de mala voluntad con que forzosamente han de juzgar los griegos á los que fueron, primero sus auxiliares y luego sus dominadores, é instrumento de la justicia divina para castigo de sus crímenes, se transparenta la impresión duradera que dejaron á modo de odioso y espantable recuerdo transmitido de padres á hijos, y de generación en generación, la cruenta satisfacción de sus ultrajes y el valor temerario y pocas veces visto que des-

plegaron en todas sus empresas militares. La venganza catalana, que ha pasado á ser proverbial, es lo que entre todos los sucesos de aquella conquista ultramarina más hondamente se grabó en el pecho del pueblo heleno, y su recuerdo el que se ha conservado en él más vivo, á pesar de una dolorosa esclavitud cuatro veces secular, y de las inauditas crueldades y catástrofes que sobre aquella nación pesaron, al descargar en ella el azote de la dominación turca, y cuando de él intentó librarse haciendo heroicos esfuerzos, aún hoy no debidamente recompensados, en la no muy lejana época de la sangrienta guerra de su independencia. Pero téngase en cuenta que aquella venganza, que como baldón de oprobio ó como sambenito de infamia nos arrojan aún hoy al rostro los modernos griegos, obedeció á una triste necesidad de defensa y de conservación propia, y que sólo despues de haber apurado hasta las heces insultos y horrores indignos de un pueblo civilizado, dieron los catalanes rienda suelta á sus pasiones por largo tiempo reprimidas en el fondo de sus poco sufridos corazones. La ingratitud de aquellos á quienes habían auxiliado y salvado de su total ruína, la falta de cumplimiento de todas las promesas estipuladas en tratados sancionados solemnemente por el emperador bizantino, el recelo de los mismos griegos, el ódio de los alanos, la envidia de los genoveses, los rencorosos sentimientos del jóven príncipe Miguel, que causaron la muerte del confiado caudillo de la expedición, no fueron motivo bastante á quebrantar la fidelidad de los aventureros catalanes y la excesiva confianza que tuvieron siempre en Andrónico y en sus propios enemigos. Preciso fué que se dejara sentir con todas sus tristísimas consecuencias la mala fé griega, para que naciera en ellos, como dice Mon-

cada en su proemio, ¹ la obligación natural de mirar por su defensa y conservación, de que resultó la guerra tenaz é implacable que hicieron á los mismos griegos y á cuantos se presentaban como amigos ó aliados suyos. Mas no fué aquella traidora y solapada como la de sus enemigos, sino declarada con toda solemnidad y nobleza, aun después que la infracción de las leyes naturales y del derecho de gentes les autorizaba á proceder de muy distinto modo. Dejando para más adelante la comprobación de cuanto acabo de indicar, voy á presentar los escasos pero curiosos testimonios de índole popular que han llegado á mi noticia, y que dan idea completa del terror que inspiraron nuestros paisanos á los pueblos que, sorprendidos, les vieron pasar en rápido y triunfador vuelo ante sus ojos.

Conocida es por haberla popularizado Moncada la expresión proverbial que ha quedado entre griegos, principalmente entre los de la Tracia, á modo de maldición terrible que el odio más concentrado pueda dictar contra un enemigo: "*La venganza de catalanes te alcance.*" ²

"El recuerdo de estas crueldades, dice Epaminondas Stamatiades en su curiosa obra *Los catalanes en Oriente*, ³ de la que he de hablar más adelante, se conservó mucho tiempo después, de modo que así como en la antigüedad era para los de Priene terrible juramento la frase "*por la sombra de la encina,*" así también los Tracios consideraban como funesta maldición la siguiente: Η ἐκδίκησις τῶν Καταλάνων εὔροι σε!» (Te alcance la venganza de los catalanes!),»

¹ Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.—Edición citada, página 1.

² Op. cit. Cap. 38, p. 118.

³ Οἱ Καταλάνες ἐν τῇ Ανατολίῃ. Ἀθήναις. 1869. Κεφ. ἐκτόν. p. 127.

Para dar mayor color á la opinión que de los catalanes se ha conservado en Grecia, creo muy del caso transcribir la siguiente página de la misma obra del citado escritor. "Será por ventura necesario, escribe, después de cuanto hemos dicho, que repitamos, que los catalanes por donde quiera que pasaban llevaban consigo la destrucción, la ruina, muertes y cautiverios? ¿Será necesario que enumeremos los padecimientos sufridos por los desgraciados habitantes de aquellos países? Hoy día aun en algunas comarcas de Grecia, como por ejemplo en la Eubea, para reprochar á alguno una acción ilegal é injusta, dicen: "esto ni un catalán lo haría:," «αὐτὸ οὐτε οἱ Καταλάνοι τὸ κάμνουν.» En la Acarnania el nombre de catalán se considera actualmente como sinónimo de salvaje, ladrón, malhechor, y catalán llaman al hombre de sentimientos impúdicos y sanguinarios.¹ Hoy también en Trípoli del Peloponeso no usan otra expresión que la de "parece una catalana,"² para significar que una mujer es irascible, grosera y dura. El puñal catalán (perdónenme los que me escuchan estos delitos de *lesa nacionalidad*) es sinónimo de puñal de asesino.³ Pero para qué fatigarnos, cuando el mismo historiador español Mariana llamó á los catalanes invasores de Oriente, *ladrones, gente mala y desmandada* (sic.)?.,⁴

"Las huellas del odio contra los catalanes, me escribe

¹ 'Εν Ἀκαρνανίᾳ τὸ ὄνομα Καταλάνοι μέχρι τῆς σήμερον εἶναι ταύτοσημαντον τοῦ θηριώδους, ἄρπαγος, κακούργου, καὶ, ἵνα ὑδρίσωσί τινα ὡς ἀνάσχυον καὶ εἰς τοὺς φόνους ἐνασμενιζόμενον, τὸν ὀνομάζουσι Καταλάνον. — Op. cit. p. 223.

² Μέχρι τοῦ νῦν ἐν Τριπόλει τῆς Πελοποννήσου, θέλοντες νὰ εἰπωσι περὶ γυναικὸς ὅτι εἶναι ὀργίλη, χονδροειδὴς καὶ χαλκοπρόσωπος, λέγουσιν ὅτι ὁμοιάζει ῥᾶν Κατελάνᾳ. Op. cit. p. 223.

³ Τὸ δὲ Καταλανικὸν ἐγχειρίδιον εἶναι ταύτοσημαντον τοῦ δολοφονεῖν. — Idem.

⁴ Op. cit.—Cap. IX. Οἱ Καταλάνοι ἐν τῇ Ανατῶλῃ.—Pág. 222 y 223.

mi distinguido amigo el erudito escritor griego, Nicolás Politis,¹ que se han conservado hasta hoy en el pueblo, no se limitan á lo que se cuenta en la obra histórica de Stamatiades, ni á la maldición,—de que hablaré más adelante—de la canción popular citada por Legrand. La palabra *Catalán* se considera en Atenas como terrible insulto sólo aplicable á hombres bárbaros y crueles. ¡Qué Catalán! dicen las viejas del Atica, á modo de injuria. «Διντί Καταλάνο.» En otras partes de Grecia, aunque no tan frecuentemente, se oye también esta despreciativa frase. En Mesenia y Laconia llaman *Catalana* á la mujer hombruna, alta, corpulenta y fea; así como designan con el calificativo de *Amazonas* á las mujeres varoniles, pero hermosas.,,

No siempre, sin embargo, se habla de nuestros paisanos en són de menosprecio. Muy grande fué, sin duda, la admiración que sus heróicas hazañas causaron en el pueblo conquistado, cuando después de haber sufrido tantas y tan distintas invasiones se recuerda aún el nombre de aquellos aventureros con cierto respeto y misterioso temor, como lo indican las siguientes tradiciones de que tengo noticia, que son, al propio tiempo, el mejor elogio de nuestra gloria y de nuestra raza.

En la eruditísima obra del citado Politis, *Estudio sobre la vida de los modernos griegos*,² donde bajo el nombre de *Mitología neo-helénica* se confunden lastimosamente con las supersticiones del pueblo y con restos del antiguo paganismo, sagradas y venerandas creencias de la religión cristiana, en el capítulo dedicado á las tradi-

¹ Carta de 28 de Julio de 1882.

² Μελέτη επί τοῦ βίου τῶν νεωτέρων ἑλλήνων ὑπό Ν. Γ. Πολίτου.—Τόμος πρῶτος. — Νεοελληνική Μυθολογία.—Ἐν Ἀθήναις. 1874.

ciones acerca de los Gigantes y de los Héroes, y de los antiguos Helenos, á quienes se tiene en concepto parecido á unos y otros, se lee el siguiente interesantísimo pasaje: “La época en que vivieron los primeros griegos se considera como antiquísima. Segun una tradición de Andros, han existido cuatro épocas, á saber: la de los dragones, la de los idólatras helenos, la de los venecianos, y por último la de los turcos. En Jerómeron de la Acarnania, además de la época de la revolucion de 1821 y de Ali Pachá, mencionan la de los venecianos, y luego la de los turcos. Tienen tambien la época de los españoles (τῶν Ἰσπανῶν), la cual, segun juzgamos, no puede ser otra que la de la invasion de los catalanes (Καταλωνίων) en Grecia.”¹

Refiéreme el propio Politis en una de sus estimables cartas,² ya citada, una sencilla anécdota que dice mucho en elogio de nuestros paisanos. “En Manes, al Noroeste de la Laconia, el nombre de catalán, lo mismo que el de franco y el de veneciano, se usa en el país como nombre propio. Y á propósito de esto se refiere lo siguiente: Un maniota que se hallaba viajando supo, al volver á su patria, que al hijo que durante su ausencia le habia nacido se le puso en el bautismo el nombre de Pedro. El de Manes, que no conocia aquel nombre, inusitado en su provincia, se enfadó mucho con el padrino, y exclamó.—“¡Cómo! me ha cambiado en *piedra* á mi hijo. ¡Aprisa! ¡Que me lo despetrifique! O Yeracaro ó Catalán.” Quería, sin duda, que el niño se llamara ó Yeracaro (Υερκαρίος) ó Catalán, porque ambos son nombres muy comunes y muy estimados; aquel por recordar una dignidad

¹ Op. cit. p. 505-506.—Vid. Heuzey, *Le mont Olympe et l'Acarnanie*, p. 263-264.

² Fecha 28 de Julio de 1882.

bizantina, éste como manifestación de valor y de noble nacimiento.,,

Completa el buen efecto que en nosotros causa recuerdo tan honroso, la costumbre que subsiste en Manes de dar al recién nacido el nombre de Catalán, porque se cree que así se le augura fuerza y valor. ¹

Por una interesante epístola de un escritor de la época bizantina, llamado comunmente Teódulo el Retórico, de quien he de hablar más adelante, conocida con el título de *πρεσβευτικός πρὸς τὸν βασιλέα Ἀνδρόνικον τὸν Παλαιολογον*, sabemos que el nombre de los catalanes, vencedores ó vencidos, se citaba en la época de su invasión en los cantos populares de las comarcas que recorrieron ó donde asentaron su dominio. La epístola citada no es más que un elogio de un tal Jandrinos, general mandado por el emperador para luchar contra los catalanes y contener su irrupción en la Tesalia, lo cual, si hemos de creer al enfático y sobrado encomiástico discurso, alcanzó con próspera fortuna. Sus victorias fueron tales, y tan grande nombradía le dieron por haberlas logrado combatiendo á un pueblo á quien se tenia por invencible, que, como asegura el mismo Teódulo, se cantaban en su época por los tesalios y casi por todo el mundo. «Ὡστ' ἄδουσι μὲν ἐς δεῦρο Θεσσαλοί, ἄδουσι δὲ σχεδὸν πάντες ἄνθρωποι.» ²

Finalmente, el recuerdo del episodio glorioso en que me ocupo se halla también en una bellísima canción popular griega, titulada *La seducción* (ἡ ἀπάτη), de la

¹ Carta de 18 de Enero de 1883.

² Este fragmento, junto con otro del mismo autor, fué publicado por vez primera por Boissonnade en 1830 en sus *Anecdota græca e codicibus regibus* (tom. II, p. 188 y 212), y reproducido por Buchon en sus *Chroniques étrangères*, p. 52 á 59. El inteligente filólogo D. Gaspar Sentiñón lo vertió al castellano y lo publicó en la *Revista de ciencias históricas*. Núm. I. Abril de 1880.

que tuve noticia, gracias á la bondad de mi docto amigo el conde de Riant, quien la obra me prestó donde se halla contenida *Recueil de chansons populaires grecques publiées et traduites pour la première fois par Emile Legrand*. París: Maisonneuve: 1874. En 8.^o XLIII—376. Algo libre por el asunto y por la exposición, es sumamente original bajo uno y otro concepto, con toda la frescura de un idilio y el interés de un ingenioso madrigal. “*La seducción*, dice Mr. Legrand,¹ es, segun todas las apariencias, de época anterior al siglo xv. Se ha de creer que en la época en que fué compuesta se hallaba muy viva la memoria de la invasión española, pues que entre las mayores calamidades deseadas por la jóven al seductor, se halla la de caer en manos de catalanes.”

“Α βουληθῆς νά μ' ἀρνηθῆς καί νά μ' ἀλησμονήσῃς,
εἰς τήν Τουρκίαν, στή σίδερα πολλά ν' ἀγανακτήσῃς,
σέ Τουρκικά σπαθιά σέ ἰδῶ, σέ Καταλάνου χέρια...”

“Si tratas de repudiarme y de olvidarme, dice la jóven dirigiéndose al seductor, véate desesperarte en Turquía entre prisiones; véate entre espadas turcas, ó en manos de catalanes!... etc.”

Corta es la alusión, pero expresiva, é indica claramente la funesta impresión dejada en el pueblo griego por nuestros paisanos. Quizás una diligente y paciente investigación, recorriendo el teatro de nuestras hazañas, ó las colecciones de cantos griegos publicadas por Chasiotis, Sakellarios, Manousos, Lelekos y muchos otros que sin duda no han llegado á mi noticia, hallaría algunas otras indicaciones ó alusiones tan curiosas como la precedente.

¹ Preface., p. XX.

II.

LA DOMINACIÓN CATALANA

EN LA

LITERATURA GRIEGA.

I.—Rápida enumeración de las producciones del moderno renacimiento catalán y de la literatura castellana inspiradas en este episodio histórico.—II Moderno despertar literario de Grecia. Dramas griegos sobre los últimos tiempos de la dominación catalana.—III. El último conde de Salona (Ὁ τελευταῖος κόμης τῶν Σαλώνων) de Espiridión P. Lambros. Su argumento Juicio que en este drama se hace de los catalanes.—IV. El Señor del Olimpo Juan el Catalán (Ὁ ἄρχων τοῦ Ὀλύμπου Ἰωάννης ὁ Καταλάνος) de Marino Koutoubali. Su argumento. Juicio de esta obra.

Siempre fué la literatura en sus múltiples manifestaciones espejo fiel de todos los hechos históricos de extraordinaria grandeza ó de trascendental influencia, prefiriendo aquellos, sin embargo, que por su sabor legendario, y por reflejar, combinado con lo heróico y maravilloso, cierta poética rudeza de costumbres, ofrecen colorido más brillante ó causan en la imaginación impresión más viva y duradera. Entra de lleno en tan favorables condiciones el episodio de la expedición catalana.

Tiene tanto de legendario, tan pintorescas son las ásperas belicosas costumbres de aquellas aventureras milicias, tan extraordinarios sus actos de arrojo temerario, los episodios de su Odisea militar tan caballerescos, presta tal atractivo á sus conquistas el teatro mismo de sus

hazañas, comarcas llenas todas de poéticas memorias, holladas por gente de recio temple y de extranjera lengua venidas del Occidente para hacer reverdecen en ellas los laureles de los conquistadores de Mallorca y de Sicilia, y con el solo esfuerzo de su brazo realizar lo que no pudo la Europa entera, sino arrojando uno tras otro siglo apretadas haces de cruzados contra el Asia; tal encanto, en fin, ofrece á la fantasía esa poética amalgama de recuerdos del viejo Oriente y de triunfos de un jóven pueblo occidental, valeroso é invencible, que no es posible que las dos naciones ilustres, la que dió nacimiento y la que dió campos de batalla á aquellas indómitas huestes, hayan dejado de tejer á su memoria guirnalda imperecedera con el divino lenguaje de la poesía, no satisfechas con grabarla en las inmortales páginas de la historia.

Bien se me alcanza que no es de este lugar hacer una reseña crítica, ni siquiera bibliográfica, de las composiciones literarias, superiores en número y mérito á las del moderno renacimiento helénico, que han brotado en España al calor del entusiasmo producido por hazañas increíbles y no comunes en los anales de la historia. De ahí que sólo á vuela pluma, y no cual la importancia que muchas de ellas exigen, me ocupe en las obras de esta índole de las dos literaturas hermanas de allende y aquende el Ebro, para que tal noticia sirva de introducción y complemento á lo poco que pueda decir del recuerdo de nuestra dominación estudiado en las letras griegas.

Fuerza es confesar que el actual fecundo renacimiento de Cataluña ha tenido en lamentable abandono fuente de inspiración tan abundante como de legítimo orgullo nacional. A excepción del primer ensayo serio de poesía épica catalana, y producción primera de nuestra

moderna literatura que haya obtenido premio en público certamen,¹ y de la última de este género que con el nombre de *Orientada*,² tras de cuarenta años de silencio, ha vuelto á recordar los laureles que las barras catalanas alcanzaron en Ultramar, y donde sólo es de sentir que su autor inspirado, el *Mestre en gay saber* don Francisco Pelayo Briz, pida por punto general á la leyenda los encantos y recursos que á manos llenas le ofrecía la realidad, más maravillosa aún que su poética y bien conducida trama, nada más se ha escrito en nuestra tierra, —como no sea alguno que otro romance suelto,—de importancia suficiente que reclame particular mención.

No se puede echar en rostro tal acusación, para mayor vergüenza nuestra, á la literatura castellana, que en los modernos tiempos, en que el concepto de la patria nacionalidad se ha redondeado de un modo más amplio y generoso, presenta lucida pléyade de ilustres poetas, que, ora en el poema épico, ora en la gloriosa escena nacional, han seguido el vuelo triunfador de la esforzada hueste catalana. D. Tomás Aguiló en el brillante poema *Rugero de Flor*, “que en sencillo plan y sonoras octavas condensa diestramente la bravura de nuestros almogávares, los celos de los alanos, el fausto y corrupción de la corte bizantina, grandilocuente en arengas y rico en descripciones desde el aduar turco hasta el pérfido banquete;”³ don Calixto Fernandez Campo-redondo, en su valiente Canto épico, *Las armas de Aragón en Oriente*, no olvidado

¹ *Lo Roudor del Llobregat ó sia los Catalans en Grecia*, poema en tres cantos de mi muy querido padre D. Joaquín Rubió y Ors, premiado por la Real Academia de Buenas Letras en 1841.

² *La Orientada*, poema en XIII cants, original de F. P. Briz.—1 vol. de 400 planas en quart, Barcelona.—1881.

³ D. José M. Quadrado en el prólogo á las *Obras en prosa y en verso de D. Tomás Aguiló*.—T. I., pág. XII y XIII.—Palma, 1883.

por los catalanes desde que el ilustre cántabro vino á disputarles la gloria de un triunfo literario, en el certamen abierto por nuestra Real Academia el año 1841; ¹ el brillante y fácil vate, hijo tambien del Norte de España, D. Juan Justiniano, en su más extenso poema *Roger de Flor*, que no he podido saborear á pesar de su merecida fama; ² tales son los poetas que han tratado con grandeza épica un asunto que, cual pocos, puede considerarse digno de ella. Al par de ellos y movidos por patrióticos impulsos, y por el afán generoso de arraigar el drama histórico nacional, presentaron en las tablas de nuestra escena á los valientes almogávares y catalanes, el grandilocuente Quintana en una tragedia sobre Roger de Flor, que por desgracia no llegó á representarse ni á imprimirse; Patricio de la Escosura en un drama que no he alcanzado á ver, ³ y finalmente D. Antonio García Gutierrez, que, enardecido por aquellas increíbles proezas, escribió otro drama original, algo desigual é incorrecto, pero lleno de frescura de imaginación y de fuego de patriotismo, obra de las más famosas del moderno teatro romántico, con el título *La venganza catalana*. ⁴ Basada en las aventuras y en el trágico fin de *Roger de Flor*, y con el nombre de este caudillo, compuso por último el maestro Cha-

¹ *Las armas de Aragón en Oriente* obtuvo el accésit en dicho certamen, no el premio, como sostiene equivocadamente Tiknor (*Hist. de la literatura española*, tomo tercero, pág. 398, nota), no sé si por incuria suya ó por indisculpable omisión del editor catalán de la obra de Moncada, publicada en Barcelona en 1842.

² *Roger de Flor*, poema en 14 cantos, 3.^a edición con un prólogo del Sr. Amador de los Ríos.

³ Pueden verse estas noticias en el prólogo de Hartzenbusch á las obras de García Gutierrez.

⁴ Drama en cuatro actos (1864). No conozco producción alguna de este género del moderno renacimiento catalán inspirado por este episodio. Sólo tengo noticia de un drama histórico del señor Ferrer y Codina *Lo punyal d'or*, estrenado recientemente, cuya época se supone ser la de principios del siglo XIV, durante el reinado de Jaime el Justo de Aragón, y poco después de la expedición de los catalanes á Grecia, á la cual se alude á menudo en el decurso de la obra.

pí una ópera sobre un drama del Sr. D. E. M. Capdepón, que se estrenó en Madrid en Enero de 1878,¹ con el laudable deseo de solidar con un esfuerzo de valía los mal seguros cimientos de la naciente escena lírico-nacional.

Sabido es que en Grecia se abre paso en nuestros tiempos, depurada en lo posible de escorias é impurezas, la lengua inmortal de los Sófocles, Píndaros y Tirteos, gracias á un notable despertamiento ó renacimiento literario, llámesele como se quiera, que ha dado hasta ahora expontáneos y preciados frutos en la poesía lírica principalmente y en el género histórico. No tengo noticia de composición alguna épica ó lírica del contemporáneo renacimiento, aunque es probable que existan, cuyo asunto sea el en que me estoy ocupando, y no me maravillo de ello, porque no son nuestras hazañas materia á propósito para inspirar á los modernos poetas griegos, que sólo han de ver en ellas humillaciones y tristes recuerdos para su patria. Mas no así la poesía dramática, que no vive sólo de entusiasmo y de gloria, sino de luchas y de desgracias y de todo cuanto pueda mover hondamente al corazón humano. De ahí que los tristes y miserables días en que la Grecia doblegó su orgullosa frente ante un puñado de aventureros, por ella considerados como bárbaros, sean para el moderno pueblo heleno fuente fecunda de enseñanzas, que al par que aviven la confianza en mejores tiempos aún que los que ha alcanzado á ver en nuestros días, sirvan de saludable escarmiento para que no vuelva á caer en los males que le ocasionaron su disolución y su muerte, despues de sufrir tan bochornosos

¹ El drama del señor Capdepón fué traducido al italiano por el señor Palermi.

castigos. De tal suerte han considerado los poetas dramáticos griegos, que conozco, el para ellos triste período de la dominación catalana, y sólo bajo este punto de vista tal suceso no ha herido el exaltado y suspicaz patriotismo de su nación.

Lleva el título de *El último Conde de Salona* (Ὁ τελευταῖος κόμης τῶν Σαλώνων.) un drama en cinco actos del distinguido literato griego Espiridión P. Lambros, premiado en uno de los frecuentes certámenes poéticos de Grecia, que en tales fiestas no va á la zaga de nuestra patria, representado por vez primera el día 5 de Noviembre de 1870 en Atenas con calurosa y notable acogida, y publicado luego á fines del mismo año ¹. Del asunto de esta producción dramática hablé con alguna detención en unos artículos que, escritos en mi materna lengua catalana, vieron la luz en el apreciable Semanario "La Veu del Montserrat," ², que con gran contentamiento de los amantes de nuestra literatura, dirige nuestro querido amigo el inspirado *Mestre en gay saber*, D. Jaime Collell, pbro. Me limitaré en esta ocasión á traducir de los citados artículos todo aquello que más pueda convenir á mi objeto.

Espiridión P. Lambros, que con honra lleva el nombre de un padre ilustre entre los cultivadores de la patria historia, pertenece á la brillante pléyade de jóvenes helenos que, no contentos con preparar á su nación el honroso lugar y porvenir que le corresponde por sus gloriosas tradiciones, investigan con infatigable constancia los hechos memorables de la Grecia medio-eval para rehabilitar su memoria contra la general corriente de la crítica

¹ Imprenta del «Ἰλίσσου.» Atenas. 1870. Un tomo en 8.º de 192 págs.

² Año IV. Num. 49, 50 y 51.

histórica europea, que tanto se ha ensañado en ella, no sin fundamento, pero llevando tal vez hasta el extremo su severidad. Bueno y patriótico es el deseo, y no seré yo quien de él haga cargo al distinguido poeta heleno; mas débese reconocer que en tal tarea de regeneración ó de vindicación nacional, los modernos griegos, llevados de un mal entendido orgullo patrio, han pasado los límites de la justicia, y entre ellos, aunque me duela confesarlo, cuéntase mi sabio amigo. Mas ocúrreseme preguntar: ¿Cómo de un suceso histórico que, cual el de nuestra dominación en Grecia, tan tristes recuerdos ofrece para su patria, ha podido componer Lambros un drama que interese á sus paisanos, y no sólo eso, sino un drama nacional con el que, segun llega á decir en el prólogo que le acompaña, "cree haber contribuido á robustecer los cimientos, débiles todavía, de la naciente escena griega? ¹," Para ello escogió asunto oscuro y de escasa importancia para nosotros, pero el que más podía halagar á sus compatriotas y ofrecer más ancho campo á su imaginación; el de la ruina del poder catalán en Grecia. De tal suerte que *El último conde de Salona*, bajo el prisma del patriotismo, es el reverso de la famosa *Venganza catalana* de García Gutierrez. Ambos pecan de exageración en el fondo y en la pintura de los afectos; ambos enardecen á maravilla el sentimiento nacional de su respectivos países, clamando éste venganza contra los pérfidos griegos, invocando aquél la libertad para su patria y arrojando de su última guarida á los crueles catalanes.

En la caída del postrer conde catalán de Salona, y en medio de una época estéril y lamentable, siente palpitar

¹ Pag. 30.

Lambros el verdadero espíritu del helenismo con todo su orgullo nacional y su fanatismo cismático. El prólogo de la obra, salvas algunas consideraciones dictadas por estos dos sentimientos, es interesante en alto grado y demuestra la erudición profunda y sólida del autor, quien con muy buen acierto, para mayor inteligencia de su drama, inspirado por un suceso histórico, trata en él detalladamente, tomando las noticias de las mejores fuentes, de la caída del principado catalán de Salona.

El argumento deja que desear algun tanto en cuanto á la unidad de acción. Dos paralelas é igualmente interesantes, se disputan la atención del espectador; pero en el fondo, el asunto principal del drama no es amoroso, sino esencialmente patriótico. El conde de Salona, Lúdvico Fadrique, está perdidamente enamorado de la sobrina del obispo griego Serafeim, y para conseguir sus malvados deseos promete á un noble catalán llamado Alfonso la mano de su hija, con tal que de grado ó por fuerza lleve á su poder á la griega Arete. “¿Quién viene? ¿Si será un catalán? ¡Dios mio, madre! Prefiero la muerte,,¹ exclama la doncella al oír rumor de pasos de los raptores, que interrumpen su plegaria ante la tumba de la que le dió el sér. Miéntras Serafeim está pensando en que ya ha llegado el momento de que la Helade sea libre y forme una sola nación, entra un griego anunciando la funesta nueva del rapto de la doncella. “¿Sabéis lo que son los catalanes? Fuego y hierro. Arete ha sido robada por los mercenarios del Conde,,².

¹ Τίς δαίνει; Μή τις εἶνε Καταλόνιος;

Θεὸς μου, μήτερ! προτιμῶ τον θάνατον. Acto II. esc. I.

² «Καταλωνιος

ἐξεύρετε τί εἶνε, πύρ καὶ πέλεκυς.

Ὑπό μισθίων ὀπλιτῶν τοῦ κόμητος

ἡ Ἀρετὴ ῥεπάγη... Acto II, Esc. V.

Este insulto hace estallar el deseo de independencia que los griegos alimentaban en sus pechos. Serafeim dispone la conjuración y en ella entran los pueblos de Salona, Calopetritza y otros, y congrega á los conspiradores en la iglesia de S. Elías, donde les dirige un discurso patriótico, lleno de los sentimientos de libertad que levantaron á los griegos en época reciente, pero impropio de un bizantino de la Edad media. Uno de los conjurados describe lo que son los catalanes y la triste situación en que se hallan los griegos sometidos á su tiranía con los más subidos colores y con las tintas más odiosas que le sugiere su patriotismo.

“Los catalanes son fieras, abominables ejecutores de hechos más abominables: son los tiranos de nuestra patria. Todos lloramos nuestros parientes muertos, nuestros bienes conquistados; todos vemos nuestra esclavitud; todos detestamos la tiranía, y delante de este santo altar nos sentimos con valor fuerte, inquebrantable para jurar que queremos la vida del heleno libre, ó de lo contrario, testigo esta tumba, descompónganse en ceniza nuestros huesos esclavos ¹.”

¹ Εἶπε θῆρες Καταλώνιοι
στυγίων ἔργων μισαροὶ ἐκτελεσταί
εἶνε οἱ τυραννοῦντες τὴν πατρίδα μας.
“Ολοὶ θρηνοῦμεν φονευθέντας συγγενεῖς,
εἶδομεν πάντες πλοῦτον δημευόμενον,
ἀλλὰ καὶ τὴν δουλείαν ὅλοι ἐλέπομεν,
τὴν τυραννίαν πάντες βδελυσσόμεθα,
κ’ ἔμπροσθεν τοῦ ἁγίου τούτου βήματος
ἔχομεν θάρρος κραταῖον, ἀκράδαντον
νά ὀρκισθῶμεν, ὅτι θέλομεν ζωὴν
Ἑλληνικὴν ἐλευθέρου, ἄλλως μάρτυρος
τάφος ἂς λύσ’ εἰς τὴν φραν δοῦλα κόκκαλα. Acto III, Esc. IV.

Ludovico, á quien dejamos con Arete ya en su poder, cansado de no vencer ni con amenazas, ni con malos tratamientos la virtud de la griega, fuera de sí mata al objeto mismo de su amor. Entre tanto los sublevados reúnen sus fuerzas, y enardecidos en sed de ira y de venganza, al saber la noticia de la nueva víctima sacrificada por la tiranía catalana, dan el asalto á la acrópolis de Salona. Muere Ludovico á manos del amante de Arete, y Serafeim victorioso despliega el estandarte bizantino en lo más alto de las murallas. “Como libres quedamos hoy de los catalanes, así un día, llenos de alegría, celebremos la fiesta de la liberación de nuestra patria.¹” “Dios haga, contesta otro griego, que todos los que profesan una misma fe, formen también un día un mismo pueblo.²” Tratándose de un drama esencialmente nacional y patriótico, no podían faltar estas frases que resumen todas las aspiraciones del moderno helenismo.

Hé aquí indicado á grandes rasgos el argumento de este drama histórico, algo lento en su desarrollo, y que sin duda ganaría mucho en interés y movimiento con que se le redujera á tres actos. Sin ser competente en la lengua griega moderna para poder juzgar de una obra en ella escrita, bien puedo asegurar, por lo poco que se me alcanza, que el estilo del Sr. Lambros es armonioso y brillante, que posee buenas dotes de imaginación, que le

¹ ... ὅπως δὲ ἐλεύθεροι
ἀπὸ Καταλωνίων τὴν νῦν μένομεν,
οὕτως ἡμέραν μίαν τὴν πανήγυριν
τῆς ἐντελοῦς τοῦ γένους μας λυτρώσεως
ἀγαλλιώντες νὰ πανηγυρίσῃτε... Acto V, Esc. última.

² καὶ ὅπως πάντες μίαν πίστιν ἔχουσιν
ὁμοίως ἔθνος ἓν νὰ συγκροτήσωσιν. Ibidem.

anima muchas veces un verdadero sentimiento y que manifiesta siempre estudio escrupuloso de la época. Tal vez se me dirá que siente el helenismo demasiado á la moderna: si no fuera así, sería el suyo drama de más interés arqueológico que de actualidad, y no se libra tampoco de este defecto nuestro García Gutierrez, quien siente también el patriotismo de los catalanes demasiado á la española.

A otro poeta griego ha inspirado el triste episodio de la esclavitud de su patria. Pero el drama, ó por mejor decir tragedia espantosa de Marino Koutoubali, es de tan exagerado colorido, que produce un efecto distinto del que se propuso su autor. Titúlase esta obra 'Ο ἄρχων τοῦ Ὀλύμπου Ἰωάννης ὁ Καταλάνος, "El señor del Olimpo, Juan el Catalán.,"¹ Publicóse en el año de 1873 junto con una coleccioncita de poesías líricas del mismo autor, de escaso mérito. Mucho menos le tiene aún el drama, que más bien, y sin faltar á la justicia, pudiera apellidarse engendro espeluznante, imitación monstruosa y delirante del teatro shakespiriano, y á la vez infantil ensayo del género romántico moderno más exagerado, con un lujo de lirismo y de declamación impropio á más no poder de toda poesía y más que ninguna de la dramática. El asunto de esta composición, dice el autor haberlo sacado de una epístola con sangre y lágrimas, escrita por cierto historiador Tesalio.² ¿Quién es ese historiador? ¿Por ventura el ya citado Teódulo el retórico? Da lugar á no aceptar esta opinión el hecho de que la epístola por

¹ 'Εν Ἀθήναις. — Ἐκ τοῦ τυπ. των ἀδελφῶν Περρη. 1873.

² Τὴν ὑπόθεσιν δὲ χρύσθην ἐξ ἐπιστολῆς γραφείσης μετὰ αἵμα καὶ δάκρυα, οὕτως εἰπεῖν, ὑπὸ τινος χρονογράφου Θεσσαλοῦ. — (Ὀλίγα τίνα: p. 1).

aquél dirigida al llamado filósofo José, acerca de las crueldades cometidas por los catalanes y por los turcos, se refiere más bien á sucesos de la Tracia que de la Tesalia, y que además no se menciona en ella para nada á este aventurero tiranuelo del Olimpo. ¿Es legendario el tipo de Juan el Catalán, ó tienen acaso las crueldades y desgraciada suerte que el autor le atribuye algun otro fundamento más sólido que el de la imaginación delirante y desbordada del poeta? Todas estas preguntas he dirigido á quienes creí podrían contestarlas, sin haber obtenido hasta ahora resultado satisfactorio. Lo único que se me ha indicado es que ni el poeta, jóven é inexperto, ni las fuentes en que se ha inspirado merecen la mayor confianza.

Tras estas salvedades, ¿para qué hacer un análisis extenso de un drama que tiene para nosotros escaso interés histórico y ninguno literario? Pocas producciones modernas conozco en que se revele mayor inexperiencia, y hasta por comedia de magia pudiera pasar, si no se viera claramente que la intención del autor es causar en los espectadores sorpresas de lúgubre efecto y vehementes impresiones. La acción pasa en Farsalia de Tesalia en 1313, dos años ántes de la irrupción de los catalanes en el Atica y de la batalla del Cefiso. Podemos suponer á Juan el Catalán como á uno de los muchos tiranos que durante la anarquía militar que sucedió al asesinato de Berenguer de Entenza y á la muerte de Rocafort, se alzaron con el mando de aquellas indisciplinadas bandas durante su permanencia en Tesalia. Nada más repugnante, según lo pinta Koutoubali, que el tipo de este caudillo aventurero. Asesino de su primera esposa y presa luégo de remordimientos, se ve castigado por la in-

cestuosa pasión que su hijo Gualtero inspira á su segunda mujer Beatriz y por las continuas conspiraciones de sus súbditos griegos. Su propio hijo toma parte en una de ellas sorprendida por el señor del Olimpo, y á consecuencia de ello es condenado á muerte y ejecutado ántes de que llegue á tiempo el perdón de su padre, que le ama con delirio. Fuera de sí asesina también á su esposa Beatriz al sorprenderla en sueños la confesión de su amor incestuoso, y por fin, y para mayor cúmulo de horrores, al anuncio de que ha sido muerto su hermano Berenguer, señor del Ossa, y de que los montañeses griegos á él sometidos se han declarado independientes, ordena un degüello general de los habitantes de Farsalia. En la orgía de un espléndido banquete, y desde las ventanas de su palacio, contempla Juan los incendios y asesinatos por él ordenados y escucha el lúgubre són de las campanas que tocan á degüello; entre tanto aparécensele las sombras de las víctimas por su crueldad sacrificadas, asaltan los griegos exasperados su habitación, y cuando lleno de furor se dispone á atacar espada en mano á todos sus enemigos, un rayo caído del cielo le arrebató la vida instantáneamente. Por este final de relumbrón, modelo de perversión y de mal gusto, puede conocerse el diapasón de toda la obra dramática, en la que abundan los fantasmas, las luces misteriosas, las salidas y puestas de sol, los toques de media noche, la melancólica claridad de la luna y todos los golpes de efecto del más delirante romanticismo reunidos y acumulados en el decurso de cinco largos actos. ¡Lástima grande que la decadente y atrasada escena griega de nuestros días, olvidando gloriosísimas tradiciones, desdeñe la imitación de las obras maestras de la antigüedad en lo que tienen

de real y humano, y se inspire con criterio enfermizo y poco seguro, no en las grandes enseñanzas que se contienen en el teatro del dramático inglés, el más profundo conocedor del corazón del hombre, sino en los violentos horrores y en las pueriles extravagancias que acumuló en sus obras, y que exageró, llevada de una falsa inteligencia é interpretación de la vida real, la escuela romántica moderna, que al parecer ejerce aún marcada influencia en la renaciente Helade!

III.

LA DOMINACIÓN CATALANA

SEGÚN LAS

CRÓNICAS GRIEGAS.

I.—*El Libro de la conquista del principado de Morea.* (Βιβλίον τῆς Κουγκιάστας). Manuscritos y ediciones de la misma.—La invasión catalana en el ducado de Atenas y la batalla de Cefiso.—Nueva alusión á estos sucesos.—Destrución del castillo de Saint-Omer por los Catalanes.—II. *La Crónica de Galaxidi* (Χρονικὸν ἀνεκδότου Γαλαξειδίου). Su publicación por C. N. Sathas.—Los Taragonatas.—Su invasión y sus conquistas.—Últimos sucesos de Salona.—Juicio de su postrer conde catalán.

No es posible estudiar la historia de la Grecia medioeval, sin enlazar á ella el nombre esclarecido del francés Buchon, que al par del alemán Carlos Hopf, le consagró todas sus fuerzas, todo su saber y su existencia entera. El cual reanudando las investigaciones acerca de la dominación franca en Grecia de su famoso conciudadano Ducange, en su *Collection de Chroniques* y en sus *Chroniques étrangères*, echó las primeras bases de sus vastísimos descubrimientos y publicó el Βιβλίον τῆς κουγκιάστας, (*El libro de la Conquista*), fuente la más curiosa é importante de la historia franco-helénica.¹ En esta última, con pre-

¹ Espir. P. Lambros.—Λόγος εἰσιτηρίου εἰς τὸ μάθημα τῆς ἑλληνικῆς ἱστορίας etc. (Discurso inaugural para la enseñanza de la historia griega, pronunciado en 30 de Marzo de 1878). Ἀθηναίς. 1878. - pag. 34.

ferencia á ninguna otra obra suya, debo hacer especial hincapié, por ser la única que se relaciona con el objeto de este trabajo.

El *Libro de la Conquista del principado de Morea*, conocido generalmente con el nombre de *Crónica métrica de Morea*, no es otra cosa que uno de esos poemas narrativos tan comunes en la Edad media, que á pesar de su forma métrica no se levantan casi nunca del tono humilde y llano de sencilla narración prosáica, y que por la índole de su estilo, por sus continuas divagaciones y digresiones á sucesos contemporáneos, por la forma directa narrativa que usa siempre el autor, cual si se dirigiese á un auditorio presente y pendiente de sus labios, revisten un carácter completamente popular, muy parecido al de los antiguos cantares de gesta.¹

Las bibliotecas públicas de Europa guardan cuatro manuscritos, conocidos hasta el presente, de tan interesante obra, dos de los cuales corresponden á la Biblioteca Real de París. El señalado con el núm. 2898 es de escritura del siglo XIV ó XV, sobre papel, y perteneció á Enrique II, cuya cifra lleva entrelazada á la de Diana de Poitiers. La relación del autor anónimo griego se extiende desde la primera conquista de Constantinopla y de Morea, hasta la guerra de Florent de Hainaut, príncipe de Acaya, en el despotado de Arta, en 1292. Contiene esta relación frecuentes lagunas é incorrecciones que sólo al copista pueden atribuirse. El segundo manuscrito, que

¹ El autor del *Libro de la Conquista* principia su relato con las siguientes palabras:

Θέλω νὰ σὲ ἀφηγηθῶ ἀφήγησιν μεγάλην,
Καὶ ἂν θέλῃς νὰ μ' ἀκροασθῇς, ὀλίγω νὰ σ' ἀρίστη.

Quiero contaros una importante relación; si quereis escucharme, espero que os interesará.

se distingue con el núm. 2753, no es más que un traslado muy moderno é incorrecto, ejecutado por un copista nada versado en la lengua griega. En la biblioteca pública de Berna se halla otro, copia mucho mejor que el precedente del ya citado de Enrique II. Finalmente, la biblioteca de Copenhague posee un cuarto manuscrito de lección del todo distinta de la de los anteriores; exacta y completa más que ninguna otra, en cuanto llena las lagunas del manuscrito de París y rectifica todas las transposiciones de hechos.¹

El sabio Buchon publicó en 1825 una traducción francesa de esta *Crónica griega de Morea*, según el texto del M. S. de París, 2898; y en 1840 por vez primera el original griego completo, acompañado de la primera versión cuidadosamente revisada. Decidióle más tarde, en el año 1845, á hacer una nueva y completa edición de la misma obra el hallazgo del importantísimo manuscrito de Copenhague. En esta última edición, y con conocimiento más profundo de la materia, resuelve el sabio investigador francés muchas dificultades que, en otras anteriores, le parecieron invencibles.

La Crónica métrica no es obra original, ni mucho ménos, como al principio se creyó, sino una reproducción, hecha con libertad en muchos puntos, de cierta crónica francesa, de que no he de hablar en este lugar, designada también con el nombre de *Livre de la Conquête*, á la que se hace alusión más de una vez en el texto griego. Dicha crónica no fué por Buchon descubierta sino con posterioridad al hallazgo del manuscrito de Copenhague.

¹ Buchon.—*Recherches historiques sur la principauté française de Morée et ses hautes baronnies*.—Tome premier. Paris. 1845.—Vid. *Sur le manuscrit du livre de la conquête*, pag. VI y sigs.



En cuanto al anónimo autor del Βιβλίον τῆς κουργίας no cabe duda alguna que es galo-griego. Muestran á tiro de ballesta su procedencia franca, el espíritu que anima la obra, cuyo objeto, al parecer, no es otro que el de celebrar las proezas de los vencedores; el desprecio con que habla de los griegos, de sus traiciones, de su impiedad y de su mala fé; y la lengua en que está escrita, mezcla informe de griego vulgar y de francés y aún de italiano helenizados, distinta del todo del enrevesado, pero académico lenguaje de los historiadores bizantinos contemporáneos. Por otra parte el conocimiento exacto de las localidades donde se realizan los hechos y de la geografía de Grecia, bien á las claras indica que el autor residía en dicho país, y que en ella compuso su traducción métrica.

Como se desprende de la simple indicación del contenido, tiene la crónica griega interés más crecido para la dominación franca, que constituye su primordial objeto, que para la catalana, que se asentó despues sobre las ruínas de la primera. De tal manera, que ni siquiera bajo el punto de vista histórico, para nosotros de muy escasa importancia, hiciera de ella mención, si las cortas, pero preciosas alusiones que acerca de la *Gran Compañía* se le escapan al autor, interesantísimas como procedentes de un testimonio ocular de los hechos, griego además de nacimiento ya que no de origen, no hubieran llamado poderosamente mi atención.

El que quiera sorprender en dicha crónica recuerdos de aquel famoso episodio de nuestra historia ultramarina, es indispensable que se remonte á los tiempos de Guido de la Roche, uno de los últimos señores francos de Atenas. Entonces le narrará el cronista el casamiento de

la hermana del duque Guido con Hugo, conde de Lecce, de cuya unión había de nacer Gualtero de Brienne, el postrer duque franco de Atenas, y dando una ojeada á tiempos más recientes, le transportará á los días de la invasión del ducado por la *Gran Compañía*, y le describirá la refi-da batalla de Cefiso, la mala fortuna de los francos y la muerte del desgraciado Gualtero.

“En esta época los Catalanes, dice el Cronista, á quienes se designaba con el nombre de *Compañía*, habían llegado á Almyro. Allí les habia conducido el duque de Atenas, Miser Guy, que convino con ellos atacar la Morea, esperando con su auxilio apoderarse del país y de la soberanía que creía suya, por su mujer Mahata, que era la heredera, pues el príncipe, su pariente, retenía injustamente el principado de Acaya. Cuando á su llegada el duque Gualtero encontró en el país la Compañía, á la cual se habían unido más de dos mil turcos, convino con ella en llevar la guerra á Romanía y apoderarse de la Vlaquia. Mas en cuanto se apoderaron de la plaza de Domoco, estalló la disensión y vinieron á las manos. Los catalanes cayeron traidoramente sobre el duque, y éste, llevado de la arrogancia propia de los francos, mal aconsejado por algunos, les presentó combate y lo perdió. La Compañía se apoderó entonces del megalo-kyrato (gran ducado), que domina aún hoy día. La batalla tuvo lugar el lunes 15 de Marzo del año 6817 de la creación del mundo, octava indicción.,”¹

¹ Καὶ ὡς ἤρην, ὅτι εἶχασιν ἐλθεῖν τότε οἱ Καταλάνοι,
“Ὅπερ τοὺς ἐλέγασιν καὶ ἐκράζασιν Κουμπάνια,
Ἐκεῖσε εἰς τὸν Ἀλμυρὸν, ὅπου τοὺς εἶχε φέρει
Ὁ δοῦκας γὰρ τῶν Ἀθηνῶν, ὁ μισύρ Γγίς ἐκεῖνος,
Εἰς λογισμὸν καὶ συμφωνίαν νά ἔλθουν ἔς τὸν Μωραῖον,

Vuélvese a aludir de nuevo á la invasión y á este suceso algunas páginas más adelante, pero incurriendo en la equivocación de suponer que el duque Gualtero fué muerto en Almyros por la Compañía Catalana, siendo así que lo fué junto al Cefiso. ¹

La última vez que el anónimo cronista menciona el

Τὸν τόπον νὰ κερδίωσι, νὰ ἐπάρῃ τὴν αὐθεντεῖαν
Διὰ τὸν ὁμόζυγον αὐτοῦ, ὅπου ἦτον κληρονόμος,
Ἐκείνην, ὅπου ὠνόμαζαν καὶ ἐκράζουσιν Μαάταν,
Ὁ πρίγκιπας ὁ Τάραντος ἐκράτει τὸ ἡγεμονικόν της,
Τὸ πρίγκιπτον Ἀχάϊας μὲ τρόπον ἀδικίας.
Λοιπὸν ὡς ἤρρηκεν ἐκεῖ μισὲρ Γαλιτέρης ὁ δοῦκας,
Ὅτι εἶχασιν ἔλθει ἐκείνη ἡ Κουμπάνια
Καὶ εἶχαν μετ' αὐτοῦς ἔνομοι Τούρκους χιλίους καὶ πλέον,
Ἐσυμβιβάσθησαν μετ' αὐτοῦς μὲ συμφωνίας μεγάλας
Νὰ μάχωνται τὴν Ῥωμανίαν, καὶ τὴν Βλαχίαν ἐπάρουν.
Καὶ ὅταν ἐκερδίσασι τοῦ Δομοκοῦ τὸ κάστρον,
Ἐσέδωσαν εἰς σκάνδαλα καὶ εἰς μάχην γὰρ μεγάλην.
Οἱ Κατελάνοι ἐσύμπεπταν δουλωτικά εἰς τὸν δοῦκαν
Καὶ ἐκεῖνος ἀπὸ ἀλαζονίας, ὡς τὸ ἔχουσιν οἱ Φράγκοι,
Ἀπὸ κακῆς τοῦ θουλής ὅπου τὸν ἔδωκαν οἱ ἄλλοι,
Ἐβέβηθη καὶ ἐπολέμησε τὸν πόλεμον ἐχάσεν
Ἐπίσθη εἰς τὸν πόλεμον τὴν κεφαλὴν του ἐκόψαν
Ἐπῆραν καὶ τὸν τόπον του, τὸ μεγάλο κυράτον
Καὶ εἶναι αὐθένταις σήμερον εἰς αὐτὸ ἡ Κουμπάνια.
Ὁ πόλεμος ἐγένετο ἡμέρα γὰρ δευτέρα,
(Εἰς τὰς δεκαπέντε τοῦ μηνός, ὅπερ τὸν λέγουσι μάρτιον.)
Ἐν ἔτει τρέχοντος χρόνων τὸ ἀπὸ κτίσεως κόσμου
Ἐξῆς χιλιάδων ἀλλαδὴ, καὶ ὀκτακοσίων χρόνων,
Καὶ σὺν αὐτοῖς δεκαεπτὰ, καὶ τῆς ἑνδέκτου ὁγδόης.

Buchon.—*Recherches historiques sur la principauté française de Morée...*
Le Livre de la Conquête de la Principauté de Morée.—Paris. 1845.—Tom. II, p. 262.
vers. 5030-5960.

¹ Ἐξῆς καὶ ἐγένετον ἄξιος καθαλλάρης
Στρατιώτης γὰρ ἐξακουστός εἰς ὅλα τὰ ῥηγάτα,
Ἐκείνον ὅπου ἐσκοτώσασιν ὅς τὸν Ἀλμηρόν ἡ Κουμπάνια.

(Op. cit. Vers. 6673-6675. p. 289).

Vivió y fué digno caballero, soldado famoso en todos los reinos, aquel que la Compañía mató en Almiro.

nombre de nuestros expedicionarios, lo hace para hablar de un acto de vandalismo en mal hora por ellos cometido cuando la conquista del ducado de Atenas. Nicolás de Saint-Omer, muerta su primera mujer, la princesa de Antioquía, casó con la viuda del príncipe Guillermo. Muy luego por su gran posición y por sus inmensas riquezas vióse en estado de construir en Tebas tan magnífico castillo y palacio, que un emperador, dice la Crónica, hubiera podido muy bien en él albergarse, y lo exornó con bellísimas pinturas; mas los catalanes destruyeron esta hermosa fábrica por temor de que se estableciera en ella el Megaskyr, duque de Atenas, llamado Gualtero. "Hé aquí la barbaridad, exclama el autor, que cometieron entonces los viles Catalanes al destruir aquel castillo y aquella gran fortaleza. ¹„

Unicamente para demostrar que el nombre de Cataluña era más conocido en aquellos países y en aquella época que el de Aragón, aún cuando daba éste el suyo oficialmente á la gloriosa nacionalidad oriental de la península, advertiré que siempre que se habla en el *Libro de la Conquista* de los monarcas aragoneses, se les llama

¹ Τό ὅποιον (τό καστρον) ἐχάλασαν μετὰ ταῦτα ἡ Κουμπάνια,
Διὰ φόβον, ὅπου εἶχεν ἀπὸ τὸν μέγαν κύριν,
Τὸν δοῦκιν γάρ τῶν Ἀθηνῶν, τὸν λέγουσιν Γαλιέρην.
Πολλάκις μὴ τὸ ἐπιάσιν καὶ ἐσέθεν εἰς αὐτό,
Καὶ μετ' ἐκεῖνο ἐκέρδισε τὸ μεγαλοκυράτον,
Ἐδε ἁμαρτιὰν ὅπου ἔπηναν οἱ δόλοι Κατελάνοι,
Καὶ ἐχάσαν ἐτέτοιον καστρον καὶ ἐτέτοιον δυναμάρην.

Vid. Βιβλίον τῆς Κουγκέστας ὁ Crónica de Morea, p. 292. vers. 6749-6755.

El cual (el castillo) fué destruido por los catalanes, por el temor que tenían de que el megaskyr, duque de Atenas, llamado Gualtero, lo ocupara y se estableciera en él, y conquistara despues el gran ducado (megalokyration). Hé aquí la barbaridad que hicieron los viles catalanes (otra variante les llama perros, σκύλοι) al destruir tal castillo y tan grande fortaleza.

reyes de Cataluña, ¹ y que si alguna vez se menciona el reino de Aragón, es para convertirle en nombre de monarca de la propia nación, cual si les fuera completamente desconocido el de la aragonesa. Hablando de un convenio matrimonial entre el emperador de Constantinopla Roberto y el rey Jaime I de Aragón, se llama á éste τον Ρεραγούν ή τόν ῥόη Ραρχαού (según la ed. de 1845) ῥήγαν τῆς Κατελωνίας ² donde se ve que de las dos palabras Rey de Aragón se ha hecho el falso nombre propio Reragún ή Rangón.

A la llamada comunmente *Crónica de Morea* añadió Buchon en las dos ediciones de 1841 y de 1845, como apéndices, tres índices: uno filológico, geográfico el segundo y el último onomástico. En el índice filológico he notado, entre las muchas palabras de origen francés, italiano ή latín, una de indiscutible sabor catalán, la ταρίταις, ταρίτες ή περιτες, *taridas*; con cuyo nombre se designaban una especie de barcos largos que usaba la marina de nuestro país.

A pesar de ser el autor contemporáneo de muchos de los sucesos que narra, su relación es con frecuencia vaga, desordenada ή inexacta. Hopf, citado por Schlumberger, ³ manifiesta en su historia de Grecia en la Edad media que la crónica se equivoca en muchas cosas. En los pasajes relativos á la invasión catalana he tenido ocasión de observar que se han escapado al anónimo cronista errores de bulto, tales como el atribuir á Guido de la

¹ Τήν θυγάτηρ, καὶ ὑπαγέουσιν εἰς τόν ῥήγα Κατελώνιας...

Op. cit. p. 93. vers. 1162.

Κάλλιον ἔς τὴν αὐθέντην τοὺς παρὰ ὁ τὸν ῥήγαν ἐκείνον,

Ὅπου τήν ὑπαγέουσαν ἐκεῖ εἰς τήν Κατελώνιαν.—Op. cit. p. 94. vers. 1194-1195.

² Op. cit. pag. 92. vers. 1148.

³ *Numismatique de l'Orient Latin*. p. 308.

Roche el llamamiento de la Compañía, y el afirmar que Gualtero fué muerto en Almyro. Lo cual indica que el escritor habla mucho de referencias, y que se deja llevar más de ellas que de su propia investigación.

En el año de 1864, entre las ruínas del antiguo monasterio del Salvador de Galaxidi de Grecia, hallóse un viejo manuscrito rubricado por cierto monje llamado Euthimio, que contenía la historia de aquel pueblo, desde el siglo x de nuestra era hasta el xvii. Cuando apenas se hallaba en edad de emprender trabajos de investigación árida y penosa, y en época en que aún frecuentaba las aulas de la facultad de Medicina de la Universidad de Atenas, el sabio filólogo é historiador, conocido hoy de toda la Europa ilustrada, Constantino N. Sathas, emprendió la publicación de tan curioso manuscrito, enriqueciéndolo con interesantes prolegómenos históricos y eruditas notas.¹

La Crónica, de muy corto número de páginas, escrita con la concisión propia de este linaje de obras, incompleta en muchos puntos, asaz oscura en otros é inexacta algunas veces, ofrece mayor interés del que pudiera esperarse para los anales de los Catalanes en Grecia, pues refiere sucintamente las conquistas por éstos realizadas, cuando vendieron sus servicios al duque de Atenas, Gualtero de Briena. Los sucesos á que alude la Crónica tuvieron lugar en el año de 1310. “Después de mucho tiempo, dice aquella,² llegaron cartas y bulas del rey, manifestando como temibles y numerosos corsarios, á quienes llaman

¹ Χρονικόν ἀνεκδότων Γαλαξειδίου, ἡ ἱστορία Ἀμφίσσης, Ναυπάκτου, Γαλαξειδίου, Λοιδωρίκιου. καὶ τῶν περὶ χωρῶν..... νῦν πρῶτον ἐκδιδόντος Κωνστ. Ν. Σάθας..... Ἀθηναίαν. 1863.

² Χρονικόν Γαλαξειδίου, p. 204 y 205.

Taragonatas (nombre con que se designa á los Catalanes) con armas y fuerzas escogidas, venían á apoderarse de los países del rey. Éste, deseoso de infundir gran temor á aquellos piratas, mandó cartas y bulas á las comarcas de Rumelia y de Morea, previniéndoles que se armasen todos, viejos y jóvenes, y que vinieran precipitadamente contra los corsarios. Prometiales además que el país que obedeciera los reales mandatos y aprontase fuerzas contra los Taragonatas, no pagaría tributo alguno y se gobernaría en adelante por sí mismo, y sería favorecido con otras muchas gracias y dones reales. Todos obedecieron las órdenes del Rey y armaron hasta tres mil combatientes Epactitas, Galaxidiotas, Lidorikiotas y de otros pueblos y corrieron contra aquellos corsarios; mas al reunirse en el campo de Zeitún estallaron divisiones entre los caudillos. Se injuriaron desvergonzadamente, se dispersaron y poco faltó para que no vinieran á las manos. Los Galaxidiotas, sin embargo, se pusieron al servicio de Kyr Andreas,¹ uno de los primeros generalés del rey, quien dió dos magníficas batallas, en las que mató á muchos corsarios, regresando luego al Galaxidi con grandes regalos de Kyr Andrónico. Mas después los corsarios, por las divisiones y desunión de los Griegos, se apoderaron sin obstáculo de muchas ciudades, y entre ellas de Salona.,²

¹ Andreas ó Andrico Jandrino, de quien se ha hablado ya en otra ocasión.

² «Υστερον γοῦν, περνῶντας χρόνια πολλά, ἤρθασιν γραφαῖς καὶ χρυσόβουλλα ἀπὸ τοῦ χέρι τοῦ Βασιλέα, λέγωντας πῶς κουρσάροι περίσσοι καὶ φοβεροί, ποῦ τοὺς ἐλέγασιν Ταραγωνάταις, μὲ ἄρματα καὶ φουσάτα διαλεχτά ἤρθασιν νά ἐπάρωσι ταῖς χώραις τοῦ Βασιλέα· καὶ ὁ Βασιλεὺς ἔστρωντας καὶ νά πάρῃ σὲ μεγάλο φόβο αὐτοὺς τοὺς πειράταις, ἔστειλε γραφαῖς καὶ μπουλετιά σὲ εἰλας ταῖς χώραις Ρούμελης καὶ Μωρέως, παραγγέλλωντας νά ἁρματοθῶσι ἄλοι, γέροι καὶ νέοι, καὶ νά ἔρθουσι βιαστικά καταπάνου στοὺς κουρσάρους, καὶ ὅποια χώρα ἀκούσῃ τοὺς βασιλικούς ὀρισμούς καὶ βαστάξῃ ἄρματα ὡς τοὺς Ταραγωνάταις, νά μὴ πλερώνῃ κανένα δόσιμο,

Es de notar en la relación de este episodio la importancia que á la invasión de los nuestros y á su número y valor se concede, como lo prueba además del nombre de *corsarios numerosos y temibles*, *κουρσάροι περίσσοι καὶ φοβεροί*, con que se les designa, el que fuera necesario, para oponerse á ellos un levantamiento en masa de los pueblos griegos amenazados, estimulado con el cebo de grandes concesiones y privilegios, tales como la exención de tributos, gobierno autonómico de las ciudades, etc.

El que podría llamarse capítulo siguiente, segun la division cronológica establecida por Sathas para los sucesos de la Crónica, trata de los últimos del condado catalán de Salona, por los años de 1397 de J. C. ¹ En un artículo que publiqué hace algun tiempo en la importante *Revista de ciencias históricas*, que se publicaba en esta capital, ² hablé ya de la poca certeza y seguridad que ofrece esta página de la Crónica en que se trata de la historia de Salona, por cuya razón paréceme excusado é inoportuno volver á insistir en este lugar en disquisicio-

καὶ νὰ κυβερνίεται ἀπὸ κεφαλίου τῆς, πέρνοντας πολλὰ χαρίσματα βασιλικά καὶ χάραις καὶ δωρεαῖς. Καὶ ὅλοι ἀκούσασιν τοὺς Βασιλικούς ὀρισμούς καὶ ἀρματωθή-
κασιν ἕως τρεῖς χιλιάδες ψυχομέτρι. Ἐπαχτίταις, Γαλαξειδιώταις, Δοιδωρικιώταις,
καὶ ἄλλοι χωριανοὶ καὶ ἐδράμασι καταπάνω ἔς τοὺς κουρσάρους καὶ ἐρχόμενοι ἔς τὸν
κῆμπο τοῦ Ζητουνίου, δὲν ἐσυμφωνήσασιν διὰ τοὺς κεφαλιάδας, καὶ ὕβριστήκασιν
ἀδιάντροπα καὶ ὕστερα ἐσκορπισθήκασιν, καὶ ὀλίγοι ἔλειψεν νὰ ἔρθουν εἰς τὰ χέρια.
Καὶ οἱ Γαλαξιῶταις ἐπήγασιν, ἔς τὴν δούλευσιν τοῦ κύρ Ἀνδρεᾶ ποῦ ἦτανε ἕνας ἀπὸ
τοὺς πρώτους κεφαλιάδες τοῦ Βασιλεία, καὶ ἐκάμασιν δύο πολέμους καλοὺς, σκωτῶ-
νοντας περισσοὺς κουρσάρους, καὶ ὕστερα ἐσκορπισθήκασιν καὶ ἤρθασιν ἔς τὸ Γαλα-
ξειδι μέ πολλὰ δῶρα τοῦ κύρ Ἀνδρονίκου, καὶ ὕστερα οἱ κουρσάροι διὰ τὴν ἀσυμ-
φωνίαν καὶ ταῖς διχόνοιαις τῶν Γραικῶν ἀνεμπόδιστα ἐμπήκασιν καὶ ἐσυλλαβῶσασιν
χώραις περισσαῖς καὶ τὸ Σάλωνα.» Χρονικὸν Γαλαξειδίου. p. 204 y 205

¹ Χρονικὸν Γαλαξειδίου. p. 206.

² *Revista de ciencias históricas*, publicada por S. Sampere y Miquel.—Abril y Mayo de 1881.—Estudios sobre los historiadores griegos acerca de las expediciones catalanas á Oriente. I. Nicolás Chalcocondylas. p. 57 y sigs.

nes tan áridas como impropias de un trabajo de la índole del presente, que ha de abrazar por precisión sólo los perfiles generales de los hechos. Limitaréme, pues, á transcribir la relación de la caída de la dinastía aragonesa de Salona y el juicio que su último conde, D. Luís Fadrique, que casó con la princesa bizantina Elena Cantacuzeno, merece al anónimo cronista griego.

“Pasado, dice, algun tiempo, vinieron los Turcos y se apoderaron, espada en mano, de toda la Rumelia, unas veces por combate, otras sin él. También tomaron entonces á Zeitún. En Salona había un señor Franco,¹ Conde de sobrenombre (sic), hombre muy malvado, ladrón y perverso que despojó, apaleó y molestó con exacciones y tormentos á los Salonitas. Por último, cuando supo que el déspota de Salona, Serafeim, poseía muchas riquezas y una sobrina hermosísima, quiso apoderarse de aquellas y llevar á ésta á su palacio. Al tener noticia el déspota del atropello de su sobrina, levantó con sus palabras á los Salonitas contra el tirano, y escribió á los turcos para que vinieran, prometiéndoles poner á Salona en sus manos, pues, decía, “prefiero ser esclavo de los turcos que de los francos.” En cuanto supo el conde que los turcos se le echaban encima, se encerró en su castillo con sus parciales para disponerse para la guerra, y desesperanzado completamente, degolló en su despecho á la sobrina del déspota, temiendo que, una vez libre, se vengase de un modo ejemplar. Los turcos vinieron y se apoderaron de Salona; y un salonita que se hallaba en el castillo, mató al conde, con cuya cabeza se presentó luego ante el señor

¹ Con este nombre designaban y designan aún comunmente los griegos á todos los europeos. Franca se denominaba á sí misma la Gran Compañía Catalana en muchos de sus actos y documentos oficiales. (Vid. Muntaner, cap. 225)

de los turcos. Cogióla éste con sus manos, no sin dar muchas gracias al matador, y la insultó y pisoteó desapiadadamente. Todos los Francos fueron por los Turcos hechos esclavos. A la mujer del conde la entregó el señor á las turbas para que la ultrajaran, y á su hija, que era hermosísima doncella, la retuvo bajo su palabra.»¹

Casi de idéntica manera refiere la ruína del último baluarte de nuestro poder el historiador Chalcocondijas,² salvo algunas importantes diferencias en ciertos detalles, como la de que Elena, enterada de la invasión de Bayaceto en su país, salió á su encuentro con su hija María, sufriendo la misma desgraciada suerte de que la Crónica hace mención. Mas como el relato de Chalcocon-

¹ «Περὶ τῶν καιρῶν καὶ πόλεμος, ἤρθαι οἱ Τούρκοι καὶ ἐπύρσαι ἀπὸ σπαθίου ἔς τὴν αὐθεντεία τους ὅλη τὴ Ρούμελη, ἄλλη μὲ πόλεμο καὶ ἄλλη μὲ δίχως ἀμάχη. Ἐτότε γοῦν ἐπύρσαι τὸ Ζητοῦνι. Ἐν τῷ Σάλωνα ἦταν ἓνας Φράγκος αὐθέντης, Κόντος τὸ παράνομα, κατὰ πολλὰ κακὸς ἄνθρωπος, κλέφτης, ἄρπαγός καὶ κακὸς τρόπος· καὶ ἐξεγύμνονε καὶ ἔδερνε καὶ ἐθασάνιζε μὲ ἀγγραφαῖαις καὶ βασανίσματα τοὺς Σαλονίταις, καὶ τελευταῖον μαθαίνωντας τὸ πῶς ὁ δεσπότης Σαλόνου Σεραφεῖμ εἶχε πολλὰ πλοῦτια καὶ μία ἀνεψιὰ ὠραιότατη, βουλὴν ἐπύρσε νὰ τὴν πάρῃ ἔς τὸ παλάτι του, παίρνοντας ὑστερα καὶ τὰ πλοῦτια τοῦ δεσπότη Σεραφεῖμ. Καὶ ὁ δεσπότης, μαθαίνοντας τὸ ἄρπαγμα τῆς ἀνεψιᾶς του, ἐστῆνωσε μὲ λόγους τοὺς Σαλονίταις ἐναντίον τοῦ τυράννου, καὶ ἔγραψε ἔς τοὺς Τούρκους νὰ ἔρθουσι νὰ τοὺς ἐπαρᾶδῶσουσι ἔς τὰ χέρια τους τὸ Σάλωνα, λέγοντας καλλίτερα νὰ δουλεύωμε Τούρκους παρά Φράγκους. Καὶ ὁ Κόντος, μαθαίνοντας τὸ πῶς τὸ ἀσκέρι τῶν Τούρκων ἔρχεται καταπάνου του, ἐκλείσθηκε ἔς τὸ κάστρο μὲ τοὺς ἐδικούς του διὰ νὰ βαττάξῃ πόλεμο· καὶ ὁ πανάπιστος διὰ πείσμα ἔσφαξε τὴν ἀνεψιὰ τοῦ δεσπότη, φοβερίζοντας, ἂν γλῶσσι, νὰ ἐκδικηθῇ παραδειγματικά. Καὶ ἐρχόμενοι οἱ Τούρκοι ἐπύρσαι τὸ Σάλωνα· καὶ ἓνας Σαλονίτης ποῦ ἦταν ἔς τὸ κάστρο, ἔσφαξε τὸν Κόντο καὶ παίρνοντας τὸ κεφάλι του τὸ ἐπαρουσίασε ἔς τὸν αὐθέντη τῶν Τούρκων, καὶ λαβαίνοντάς το ὁ αὐθέντης τοῦ ἔδωκε πολλὰ χαρίσματα καὶ ὑστερα τὸ ἐπέταξε μὲ καταφρόνησι ποδοπατῶνάς το. Ἐπύρσαι γοῦν οἱ Τούρκοι ὅλους τοὺς Φράγκους σκλάβους· καὶ τὴ γυναῖκα τοῦ Κόντου ἐπαράδωκε ὁ αὐθέντης ἔς τὸ ἀσκέρι νὰ τὴν ἐξεντροπιάσῃ, καὶ τὴ θυγατέρα του, ποῦ ἦταν εὐμορφιώτατη κόρη, τὴν ἐκράτησε διὰ λόγου του.» Χρονικὸν Γαλαξειδίου, p. 206.

² Ed. de Venecia. p. 28. Vid. el artic. de la *Revista de Ciencias históricas* antes citado.

dylas se resiente de cierta oscuridad de estilo propia del autor, y al propio tiempo de falta de exactitud en el conocimiento de los hechos; y de iguales, por no decir mayores defectos, adolece la Crónica de Galaxidi, sube de punto la incertidumbre del que pretende averiguar con certeza los últimos acontecimientos del condado aragonés de Salona. Chalcocondylas dice que por los años de 1397, cuando fué tomada Salona por el Sultán Bayaceto I, había ya muerto su conde Luís Fadrique, y que gobernaba el principado su viuda Elena. Nuestra Crónica, como se ha visto, lo cuenta de distinto modo, presentando al conde como la figura más importante y causa principal de todo lo que despues sobrevino, aunque coincidiendo admirablemente con el fondo de la relación del historiador griego. Zurita, de quien habla Sathas con elogio merecido, coloca tambien la muerte del conde Luís Fadrique antes de la invasión de los turcos. ¹ En esta difícil cuestión de resolución igualmente difícil, paréceme que es preferible atenerse á lo que dice el nunca bastante ponderado cronista aragonés, que bebió siempre en buenas y seguras fuentes sus noticias, sobre todo cuando estas concuerdan, por fortuna, con las del historiador griego.

Y no insisto más en este punto, porque, como he dicho anteriormente, lo expuse ya con alguna detención en el artículo crítico citado sobre Chalcocondylas.

¹ *Anales* Tom. II. cap. 38, lib. X.

IV.

LOS CATALANES JUZGADOS

POR LOS

HISTORIADORES BIZANTINOS.

Historiadores bizantinos que hablan de los expedicionarios catalanes.—I. Jorge Pachymeres (*De Michaele et Andronico Palaeologis, Libri tredecim.*).—Principales pasajes en contra ó en pro de los Catalanés.—II. Nicéforo Gregoras (*Byzantina Historia*).—Sus apreciaciones sobre la crueldad y el valor de los expedicionarios.—Consideraciones acerca la muerte de Roger.—III. Juan Cantacuzeno (*Cantacuzeni eximperatoris historiarum libri IV*).—Espíritu de esta obra por lo común favorable á los Catalanés.—IV. Luónico Chalcocondylas (*Αποδείξεις ιστοριῶν δέκα*). Su escasa importancia para la expedición.—V. Jorge Phrantzès (*Historia byzantina*).—Inexactitud é imparcialidad de esta obra respecto á los Catalanés.—VI. Teódulo Magister.—Su famosa epístola sobre las crueldades cometidas por la Gran Compañía.

Tengo para mí que si he de dar una idea exacta de la más ó menos apasionada que de las hazañas y hechos de nuestros antepasados han formado los griegos, no he de limitarme á invocar solamente el testimonio de las tradiciones y canciones populares, de la amena literatura y de las crónicas de la Edad media ó de tiempos más recientes; sino que alzando al propio tiempo el velo que oculta á los olvidados historiadores bizantinos, no de tan árida y enojosa lectura como comunmente se supone, he de decir sin rodeos cuanto piensan y juzgan de nosotros,

sin que al hacerlo me proponga el fin estéril é inescusable de herir nuestro amor propio nacional, ni de empañar en lo más mínimo el brillo de nuestras grandezas, que luce esplendoroso siempre, á pesar de las nubes y sombras que para oscurecerle amontone en el cielo de nuestra historia el odio de antiguos humillados enemigos. Guiame é impúlsame únicamente el deseo de descubrir una parte de la verdad histórica, no por cierto la que menos interés ofrece, ni la más conocida. No ha de ser hoy la historia lo que fué entre griegos y romanos y aún entre los escritores del Renacimiento, tema de recreación poética y académica, arrullo halagador de la vanidad ó soberbia de los pueblos: antes bien fiel y claro espejo donde transparentemente se retrate la realidad de las cosas de la vida. En sucesos que por igual interesan á dos naciones, y en que ambas son de ellos agentes importantes, sólo conociendo el juicio que formulen las dos partes contrarias, puede luego la crítica pronunciar su fallo imparcial y severo.

Casi todos los historiadores bizantinos que florecieron en los últimos tiempos de la descomposición y ruína del llamado Bajo Imperio, expresa ó incidentalmente hablan de la invasión del Oriente por las milicias de Aragón y Cataluña. Pachymeres, Gregoras, Cantacuzeno, Chalcondylas, Phrantzés y el escritor de quien se ha hecho ya mención en otro lugar, conocido con el nombre de Teódulo Magister ó el Retórico, dedican á aquel suceso páginas de interés excepcional, que de buena gana daría á conocer, si es que no las conoceis ya, á no impedírmelo por una parte el deseo de ser breve, y por otra el temor de repetir lo que cien veces se ha dicho por ilustres historiadores extranjeros que han dedicado sus vigili-
as á

coordinar los multiplicados y confusos hechos del duradero imperio bizantino.¹

Hablaré en primer lugar, porque lo ocupa en orden al tiempo, por su excepcional importancia en lo que á nuestra historia en Oriente se refiere, y por ser su fuente más copiosa, más completa, más detallada y más exacta, de Jorge Pachymeres (1242-1310), autor de una *Historia byzantina* en trece libros, que comprende los reinados de Miguel Paleólogo y de Andrónico Paleólogo el Viejo.² Bien puede afirmarse que se muestra en ella animado de escrupuloso espíritu de verdad y de imparcialidad, hasta el punto de convertirse muchas veces en espejo pasivo de los hechos en época difícilísima de trastornos políticos y religiosos; mas debe tenerse en cuenta al propio tiempo, que fué declarado enemigo de la reconciliación entre griegos y latinos, y que esta circunstancia le llevó algunas veces á ser un tanto apasionado en sus juicios sobre los pueblos occidentales. De esa veracidad y exactitud hace gala el mismo en varios pasajes de su obra. "No ha escrito, dice de sí propio, sobre discursos fundados en el aire, ni sobre el vano rumor de la fama, como muchos historiadores que dan fé ligeramente á cuanto se les dice; mas aun cuando haya visto lo que cuenta ú oído de los que lo han presenciado, se ha asegurado siempre de la verdad por la conformidad de la relación

¹ Charles le Beau (*Histoire du bas Empire*. Paris. 1749-1757), Ducange (*Histoire de l'empire de Constantinople*. Paris. 1826), Hopf, (*Griechenland im Mittelalter*) Finlay (*The history of Greece*; London. 1851), P. V. Bozzo (*Note Storiche Siciliane del secolo XIX*. Palermo. 1882), son, entre muchos otros que pudiera citar, los que más concienzudamente y con erudición de primera mano han estudiado nuestra expedición en las fuentes bizantinas de la Edad-media.

² He tenido á la vista para este trabajo la siguiente edición: *Georgii Pachymeris de Michaelé et Andronico Palæologis Libri tredecim*. Bonnæ.—Imp. Ed. Weberi. 1835. 2 vol.

que muchas personas le han hecho sobre las mismas cosas.,¹ Su deseo de imparcialidad lo pone de manifiesto en una circunstancia tan crítica como aquella en que habla de los esfuerzos hechos por Miguel para devolver la paz y unidad á la Iglesia de Oriente. "La pasión que me transporta me ha hecho violar las reglas de la Historia y pasar los límites que me había propuesto. Mi deber es contar los hechos y no acusar á las personas. De aquí en adelante me contentaré con la simple relación, dejando á los lectores la libertad de juzgar.,²

Si no en tanto grado como sería de suponer de tales protestas, muestra por lo menos Pachymeres intento laudable de aparecer exacto é imparcial, y sobre todo más exacto que imparcial en lo relativo á nuestras conquistas en Oriente, á las cuales consagra el libro V del reinado de Andrónico Paleólogo, desde el cap. 12, en que refiere la llegada de los Latinos, nombre con que generalmente designa á los Catalanes; todo el VI, y el VII, último de su historia, que termina en el cap. 36 con la relación de las divisiones que estallaron entre los caudillos de los expedicionarios, Berenguer de Entenza y Rocafort, al dirigirse á Casandria. Con la reproducción vaga y confusa de estos rumores, pone fin Pachymeres á su obra, en el año 49 del emperador Andrónico, y pocos antes de la batalla del Cefiso, que valió á la Compañía el ducado de Atenas.

Considera el historiador griego como una gran calamidad para su patria la llegada de los Catalanes, y así lo dá á entender desde las primeras palabras con que entra en materia. "En el mes de Setiembre (Gamelión), dice, vió

¹ Vid. Pachymeres. Tom. I. Lib. I. cap. I.

² Ibid. T. I. Lib. V. cap. XXIII.

llegar Constantinopla, ojalá así no fuera, ὥς μὴ ὄρεσεν, á Roger el Latino (Λατίνον Ῥοντζέριον) con una flota de siete buques, tripulados por ocho mil Catalanes y Almogávares.”¹ Y con mayor fuerza manifiesta más adelante la indignación que la invasión de los nuestros le produce, cuando la compara á los efectos de una maligna y violenta granizada, ó la llama tempestad caída sobre el Occidente, más terrible y funesta que la que anteriormente había descargado sobre el Oriente (la irrupción de los turcos).² Con tales antecedentes ¿qué extraño que tenga á aquellas valerosas milicias por un *malvado pueblo de esclavos*, λαόν δουλαρχῶν ἀτάσθαλο·,³ y que les atribuya crueldades inexplicables, muchas de ellas ciertas por desgracia, otras hasta lo sumo exageradas, cuando no inventadas por el odio y la vanidad de los vencidos? Si hemos de dar crédito á sus palabras, apenas empezada la campaña, se distinguieron ya los Catalanes por los horrores cometidos en Cízico, en Prusa y en Piga;⁴ arrebatában las vidas, insultaban á las mujeres y deshonoraban á las vírgenes:⁵ fórmula sacramental que respecto á los expedicionarios vamos á ver reproducida desde ahora en adelante en todos los historiadores y escritores griegos. “Nadie podrá describir, afirma en otro lugar, sus violencias y latrocinios al regresar al continente europeo. No se contentaban ya con robar el trigo y los demás granos, el dinero, los rebaños, los muebles. y con matar á

¹ Pachym. T. II. Lib. V. cap. 12.

² Ibid. T. II. Lib. V. cap. 12.

³ Ibid. T. II. Lib. VI. cap. 13.

⁴ Ibid. — T. II. Lib. V. caps. 14 y 21.

⁵ Ibid. T. II. Lib. V. cap. 21. Βίαι γὰρ ἡρπάζοντο καὶ γυναῖκες ὀβρίζοντο καὶ κόρια διεφθείροντο... cts.

los hombres que les opusieran resistencia, sino que saqueaban las casas y violaban á las mujeres, sin que les quedara á los griegos otro remedio que el de abandonar su país.,¹

Excusado juzgo fatigar vuestra atención con las tropelías que, al decir de Pachimeres, cometió Roger en Filadelfia, en Piga y en Efeso, y en algunas islas del Archipiélago,² ni con la venganza horrible de Galípoli y de Perinto,³ ni con las correrías de Turcos y Catalanes aliados por las tierras del imperio, animados unas veces por la sed del pillaje, otras por el hambre y la carestía de víveres.⁴ Bastante recargado queda el cuadro descrito por el historiador griego con los pasajes que anteriormente he citado, para que me ocupe en presentarlo con mayor desnudez y tintas más antipáticas y sombrías.

Juicio tan desfavorable y apasionado en autor que se las echa de tan justo y veraz, da lugar ó á que se dude de la realidad de estas preciosas é indispensables cualidades de todo buen historiador, ó á que se desee cuando menos conocerle en su totalidad, y por ende lo mismo en circunstancias prósperas que en las adversas, para apreciar su imparcialidad con exactitud completa. Y al some-ter á esta prueba á nuestro historiador, fuerza es confesar que no sale tan bien parado de ella, cual fuera de esperar de quien dice que contará todo cuanto llegue á

¹ μὴ μόνον δὲ σίτον καὶ κριθὴν ἐξεφόρουσαν, καὶ ζῶα κατέσφαττον, καὶ χρήματα καὶ ἵππους τῶν ἐντογχανόντων ἐξήρπαζον, καὶ σφαγὴ ἦν τῶν ἐναντιουμένων τό πρόστιμον, ἀλλὰ καὶ τὰς τῶν ἐπείκων κατασχόντες οἰκίας ταῖς γυναῖξιν ἐπεμαίνοντο, ἢν μὴ τις φθάσας ἀπεδίδρασκε πόρρω που, τὴν μὲν ἰδίαν ὑπαρξίν καταλείπων, μόνοις δὲ τοῖς οἰκείοις τὴν σωτηρίαν περιποιῶν. — Pachym. T. II. Lib. IV. cap. III.

² Ibid.—T. II. Lib. V. cap. 2.

³ Ibid.—T. II. Lib. VI. cap. 24 y 25.

⁴ Ibid.—T. II. Lib. VII. cap. 3 y 32.

sus oídos, y que si su relación no está conforme con la verdad, no se culpe á él sino á la fama. ¹

La parcialidad de Pachymeres, mal que le pese á sus buenos deseos, se ve palpable en el empeño que pone en desvirtuar los decisivos triunfos de los Catalanes en la Anatolia; en el silencio que guarda acerca alguno de ellos, y sobre todo acerca del señaladísimo del monte Tauro; y por último en la insistencia con que habla de crueldades y de sediciones de los nuestros y de incursiones de los Turcos. Disculpa además el asesinato del bravo Roger de Flor, quien llama bárbaro, injusto é insolente, pero ardiente é intrépido, y considera la prisión de sus desprevenidos soldados medida de altísima prudencia por parte del joven emperador Miguel. ² De un modo parecido y por el temor de una traición inverosímil justifica en cierto modo la muerte del almirante Ahonés y de los soldados que con él se hallaban en Constantinopla. ³ Por fortuna la relación de Muntaner, con la que en el fondo coincide por admirable modo la de Pachimeres, pone de relieve la ingratitude y la alevosía del pueblo bizantino en todas estas circunstancias.

No todo, sin embargo, son insultos y menosprecios, ni afán desmedido de abultar los excesos de los nuestros, ó de considerar como baladíes y sin valor alguno los servicios que prestaron. En la relación de muchos sucesos, que sólo conocemos por el testimonio del historiador bizantino, desfavorables ó deshonorosos para su patria, palpita el fondo de imparcialidad que la posteridad se ha complacido en reconocerle. ¿Cómo de otra suerte se ex-

¹ Ibid. T. II. Lib. V. cap. 12.

² Ibid. T. II. Lib. VI. cap. 24.

³ Ibid. T. II. Lib. VI. cap. 26.

plicaría la detención y prolijidad con que describe las humillaciones á que se sujetó el emperador griego para alcanzar de los Catalanes una nueva alianza que pusiera término ó tregua, cuando menos, á irrupciones y acometidas que con las solas fuerzas del Imperio no se veía capaz de contener en modo alguno? Ya nos presenta á Andrónico enviándoles solemne embajada declarándose libre de toda participación en la muerte del César Roger de Flor, ¹ ya implorando el socorro de los Genoveses contra los de nuestra nación, ² ya brindándoles de nuevo con la paz y con la promesa de 100,000 escudos y aún de cantidad más crecida, si la pidieran, ³ ya insistiendo otra vez en las mismas proporciones y recibiendo nuevo desaire, ⁴ ya por último uniéndose á los Genoveses para obtener la paz tan deseada, por medio de otra embajada, que como las anteriores regresó sin obtener resultado alguno. ⁵ Su afán de veracidad no se limita sólo á esto, sino que le hace tributar al temerario arrojo de los expedicionarios, elogios más valiosos, cuanto que proceden de un declarado enemigo. Dígalo la relación de la batalla de Apros, una de las más decisivas victorias por la Compañía alcanzada contra el emperador Miguel, en la que alaba el valor con que los soldados catalanes sostuvieron la fuerte acometida de Alanos y Turcoples, manteniéndose firmes como torres: καὶ εὐθὺς πύργος ἦσαν ἐκεῖνοι, μηδέν μηδενὶ καθυπεύκοντες. ⁶ Dígalo también aquel pasaje donde describe el lamentable estado del Imperio y la necesidad en que An-

¹ Pachym. T. II. Lib. VIII. Cap. 1 y 2.

² Ibid. Lib. VII. Cap. 14.

³ Ibid. Lib. VII. Cap. 18.

⁴ Ibid. Lib. VII. Cap. 21.

⁵ Ibid. Lib. VII. Cap. 27.

⁶ Ibid. Lib. VI. Cap. 32.

drónico, rodeado por do quiera de enemigos, se veía de entrar en tratos con los Catalanes, “á quienes no esperaba vencer, son sus propias palabras, como pueblo avezado á la muerte, y para quienes era cosa de juego exponer su vida en los combates.”¹ Dígalo finalmente, con irresistible elocuencia, la pintura animada del terror que sobrecogió á los griegos, cuando Rocafort, después de haber intentado el emperador y los genoveses entrar en tratos con él, hizo marchar sus tropas hacia Constantinopla al són de trompetas. “Triste espectáculo, dice, era el de los paisanos que de todas partes se refugiaban en masa en la ciudad con sus equipajes. Hasta los mismos habitantes de Pera, no considerándose bastante seguros, se arremolinaban á las puertas noche y día para entrar junto con los animales de toda clase que llevaban consigo. Muchos estaban tendidos á lo largo de las calles, como si hubieran renunciado al trabajo. El Patriarca se hallaba ocupado incesantemente en recitar las Letanías. El Emperador, sin medios para detener el curso de los males, cuyo rumor hería sus oídos, pues los Catalanes habían muerto á algunos que se habían quedado rezagados en el campo, ponía sus intereses en manos de Dios, y le rogaba que vengara la sangre injustamente vertida.”² ¡Cuán bien concuerda este expresivo relato del temor de los griegos con aquella frase de Muntaner, que á no verse confirmada por Pachymeres

¹ βασιλεὺς δ' ἀπογνοὺς ἐντεῦθεν τὴν πρὸς Καταλάνους μάχην, ἄνδρας ὅλως δυσθανατῶντας καὶ τό ζῆν ἐν πεττοῖς ὥσανει τιθεμένους, ἄλλως ἔγνω τὰ κατὰ τούτους μεταχειρίσασθαι... cts. Ibid. T. II. Lib. VII. cap. 4.

² διατάξας τὴν στρατείαν κρότην κερῶν μέχρι καὶ τῆς πόλεως ἤλαυνε, καὶ ἦν ἐντεῦθεν βλέπειν σκευαγωγοῦντας τοὺς ἔξω καὶ αὐτοὺς δὴ τοὺς ἐν περσίᾳ καταρρημένους, ὥς νύκτα καὶ ἡμέραν ἀνά τὰς τῆς πόλεως πύλας συνθλιβομένους δυσχερῶς διεκπαίειν αὐτοὺς καὶ ζῶα παντοῖα, cts. Ibid. T. II. Lib. VII. cap. 27.

pareciera jactanciosa, escrita trás el entusiasmo producido por la decisiva victoria de Apros! “E daquela hora avant fó vençuda tota Romanía, els haguém aixís mesa la paor al cors, que no podíam cridar *Franchs*, que tantost no pensaren de fugir.”¹

Por último, y para no extender más la exposición del juicio del historiador griego acerca de los Catalanes, voy á transcribir un curioso capítulo, verdadero tributo de consideración á su bravura, donde se relata un admirable rasgo de abnegación y temerario arrojo que recuerda el ejemplo de los numantinos y del que sólo tenemos noticia por el testimonio suyo. Con razón dice Buchon en una de sus notas á la Crónica de Muntaner² que tal pasaje debiera hallarse en ella, y sorprende, en efecto, ver su silencio suplido por un enemigo en asunto que tanto honra á la Compañía. “Los sesenta Catalanes presos en Andrinópolis, cuando el asesinato del César, al oír el rumor de la derrota del jóven emperador (se refiere á la de Apros), que por do quiera se había esparcido, trataron de alcanzar su libertad, y rompiendo sus cadenas, subiéronse á lo más alto de la torre, desde donde arrojaron abajo gran cantidad de piedras para apartar á los que pudieran privarles su descenso. Mas todos sus esfuerzos fueron inútiles; porque los habitantes acudieron en auxilio de los soldados de la guarnición, y la mayor parte de los prisioneros viéronse obligados á rendirse, y sólo un pequeño número prefirió morir desesperado á caer en manos de sus enemigos. Los habitantes trajeron entonces gran cantidad de leña para quemar la torre y los que en ella estaban, sin que la

¹ Crónica de Muntaner.—Ed. de D. A. Bofarull. Cap. 221, p. 415.

² *Chroniques etrangeres relatives aux expéditions françaises*.—Paris. 1841. p. 443, nota.

violencia del fuego fuera parte á doblegar la firmeza de su valor. De pronto arrojaron sus vestidos para apagar el fuego; mas al ver que nada les servía, se abrazaron para darse el último adiós, fortificáronse con la señal de la cruz, y se arrojaron en medio de las llamas. Dos hermanos, que lo eran más de corazón que de cuerpo, se abrazaron estrechamente y se precipitaron desde lo alto, muriendo á consecuencia de la caída; pero como vieran, antes de arrojarse, á un jóven que parecía intimidarse por el temor del fuego y del precipicio, y dispuesto más bien á someterse á vergonzosa servidumbre que á sufrir tan horrible género de muerte, le lanzaron en medio de la hoguera, y creyeron salvarle perdiéndole. A tan cruel extremo les llevó la desesperación.,¹

Nicéforo Gregoras (1295-1360), sacerdote tambien cual Pachymeres, y como éste enemigo declarado de la reconciliación de la Iglesia griega con la latina, en su *Historia Bizantina*, dividida en 38 libros (de los cuales 14 permanecen aún inéditos), que abraza desde el año 1204 al de 1359, dá á conocer acerca de los Catalanes sucesos curiosísimos y de todo punto ignorados.² Aun cuando carece de imparcialidad, y es, como dice Moncada,³ poco fiel en ciertos sucesos y de fé dudosa; y aun cuando su difusión y ampulosidad la hacen á veces enojosa y pesada, con todo muy lejos me hallo de negarla ciertas cualidades muy recomendables, tales como la minuciosidad en referir los hechos de quienes fué el autor testigo

¹ Ibid. T. II. Lib. VI. cap. 33. p. 554-556.

² He consultado para mi estudio y traducción inédita (en lo que se refiere á la expedición), de Nicéforo Gregoras, la edición de Venecia: Νικηφόρου τοῦ Γρηγόρα Ρωμανικῆ ἱστορίαι. *Nicephori Gregoræ Byzantina Historia*. Venetiis: 1729.

³ Cap. VII. p. 20. Ed. de Barcelona. 1842.

presencial, la variedad y animación de muchas de sus descripciones, entre las que sobresalen las de batallas, y la utilidad extraordinaria que presta á la historia de aquellos oscuros tiempos, por ser quizás su única fuente durante determinado número de años. Estudiada, pues, con algunas precauciones la relación de Gregoras, puede ser de grandísimo provecho. Son pocos los pasajes que consagra á la expedición catalana, pero algunos de ellos de inapreciable valor; en el libro VII, los cap. 2, 3, 4, 6, 7, 8, 10 y 13; en el libro XI, el cap. 9 y en el XIII, el 6.

El cap. 2 puede considerarse como preliminar á la historia de la expedición, pues trata de la guerra entre Cárlos y Fadrique, y del auxilio que en ella prestó á este último Roger de Flor. Las extensas relaciones de Muntaner (cap. 194, 199, 200 y 201) y de Pachymeres (Tomo II, Lib. V, cap. 12) dejan sin valor alguno el contenido de este capítulo, por otra parte vago y falso en ciertos puntos. En el 3 se refieren á manera de resumen los hechos de los Catalanes desde su llegada á Constantino-
pla hasta la muerte del César Roger. Padece en él algunas equivocaciones, y no salen los nombres propios de los nuestros mejor librados de su pluma que de la de Pachymeres. Consideraciones filosóficas llenan todo el principio del cap. 4, donde refiere á vuela pluma la venganza de Galípoli, las correrías de los expedicionarios, la prisión de Berenguer por los Genoveses, la llegada de los Turcos á Galípoli y otros sucesos ménos importantes. Omite muchos otros, como puede verse cotejando tan solo las relaciones de Pachymeres y Muntaner. No parece sinó que tuvo Gregoras especial empeño en no repetir lo que ya había dicho el primero, pues su exposición vuelve á ser circunstanciada en hechos que aquel no pudo incluir

en su historia, por ser posteriores á ella, ó en los que se detuvo poco. En el número de estos últimos se halla la descripción de la batalla de Apros, pintoresca y animada y muy superior en todo á la de Pachymeres. Muntaner confirma en su cap. 221 la veracidad de Gregoras, así como el testimonio de éste es una prueba concluyente de la fidelidad del cronista catalán. Los cap. 6 y 7 tienen valor histórico extraordinario, pues son la fuente más copiosa de los sucesos de los Catalanes desde que abandonaron á Galípoli hasta que se apoderaron del ducado de Atenas. Muntaner no es guía tan seguro, porque despues de la muerte de Berenguer se separó de la Compañía con el infante D. Fernando, y por lo tanto escribe sólo sobre testimonios ajenos. Moncada y Zurita se han aprovechado mucho de Gregoras en estos capítulos, y sobre todo el primero que le sigue, paso á paso, en los 60, 61 y 62 de su obra. La relación de la batalla del Cefiso es más animada y circunstanciada que la de Muntaner, y en lo especial concuerda con ella. Nadie que yo sepa ha insistido en el interés que tienen para nuestra historia en Levante los fragmentos de los capítulos 13 del libro VII, 9 del XI, y 6 del XIII, que he incluido en mi traducción inédita de Gregoras en cuanto se refiere á la Compañía catalana. La mayor parte de los hechos que refiere los he visto confirmados en otros autores y principalmente en el contemporáneo Cantacuzeno. Todos deben recogerse y estudiarse con especial cuidado para poner en claro las tinieblas de los oscuros tiempos de nuestra dominación en el Atica y Beocia.

En cuanto al espíritu de la obra de Gregoras, bien puede afirmarse que en general es sumamente hostil á los nuestros, en lo cual influyen no poco á mi ver y nos

dan además la clave y explicación de la animosidad manifiesta de todos los escritores é historiadores griegos contra los pueblos de raza latina, sus decididas aficiones cismáticas. De las victorias de la hueste catalana en Asia menciona únicamente la liberación de Filadelfia, alcanzada á costa de señaladísimos triunfos; y omite por otra parte multitud de hechos importantísimos, como puede verse con solo cotejar las relaciones de Muntaner y Pachymeres. En cambio, si bien tiene especial empeño en abultar las crueldades cometidas por los soldados de Roger, no llega su encono al punto de que le impida prestar legítimo tributo de admiración á su valor indomable. Para dar idea de sus reproches al par que de sus elogios, los mayores quizás que de nuestros paisanos han escrito historiadores griegos, voy á traducir dos breves pasajes que á maravilla sirven para mi objeto.

En el primero de ellos refiere Gregoras en los siguientes términos los excesos á que se entregaron los expedicionarios, só pretexto, y era lo cierto, de que no se les pagaban los salarios ofrecidos al regresar á sus acantonamientos después de terminada su primera gloriosa campaña.

“Era cosa de ver, dice, los bienes de los desgraciados Romanos arrebatados, deshonradas las doncellas y las mujeres, viejos y sacerdotes llevados en cautiverio, víctimas de los castigos, nuevos siempre, que la desapiadada mano de los Latinos (nombre con que generalmente designa á los Catalanes) les imponía, y viendo continuamente la segur desnuda sobre su cuello, como para matarles si no ponían de manifiesto sus tesoros y riquezas. Los que todo lo entregaban salían más desnudos que una mano de almiréz; á los que no tenían con qué resca-

tarse se les mutilaba en las extremidades de los miembros y exponíaseles como lamentable espectáculo en las calles para que buscaran quien les diera un óbolo ó un pedazo de pan, sin otro medio para ganarse el sustento que su lengua ó la fuente de sus lágrimas.» ¹ A tiro de ballesta se ve que para Gregoras, al igual que para otros bizantinos, las venganzas y crueldades de los Catalanes constituyen tema retórico obligado para lucir sus cualidades de estilo ó dotes descriptivas. Díganlo sinó la repetición casi constante de las mismas palabras y de idénticos lugares comunes.

El pasaje de índole muy diversa á que antes he aludido, panegírico inestimable en boca de un enemigo apasionado, se lee con ocasion del levantamiento del sitio de Filadelfia. Los Turcos porfiaban en el cerco de la ciudad antes de la llegada de los Catalanes; "mas cuando vieron, añade el autor citado, la disciplina militar, el brillo de las armas y el ímpetu violentísimo de los Latinos, sobreco- gidos de terror, huyeron no sólo muy lejos de la ciudad, sinó más allá de los antiguos límites del imperio romano. Tal era aquel ejército, en tal grado instruido en el manejo de las armas, tan poderoso por su multitud (pues milita-

¹ «Ἦν οὖν, ἰδεῖν οὐ μόνον τὰς οὐσίας ἄρδην τῶν ταλαιπώρων ἀρπαζομένης Ρωμαίων, κόρας τε καὶ γυναῖκας ὕβριζομένης, πρεσβύτας τε καὶ ἱερέας ἀγομένους δεσμίους καὶ τὰς τε ἄλλας ὑπομένοντας τιμωρίας, ὅποσας ἡ τῶν Λατίνων δυσμενεστάτῃ χεὶρ αἰεὶ καινοτέρας ἐφεύρισκε κατὰ τῶν ἀθλίων, ἀλλὰ καὶ συχνὰ γυμνὸν δρωντας τὸν πέλεκυν κατὰ τοῦ τραχήλου, ὡς αὐτίκα τεθνηζομένους, εἰ μὴ θησαυροὺς ὁμολογοῖεν χρημάτων. Καὶ οἱ μὲν ἐκτιθέμενοι πάντα, ὑπέρου γυμνότεροι ἀπηλλά- τοντο, οἱ δὲ μὴ ἔχοντες οὗτο ἐξωνήσονται ἑαυτοὺς, τῶν ἀκρωτηρίων τοῦ σώματος ἄλλοι ἄλλα ἀραιρούμενοι, θέαμα ἐλκεῖνόν πρὸς τὰς ὁδοὺς ἐξετίθεντο, εἴ τις ἄρτον τεμάχιον ἢ ὀβολὸν παράσχοι ζητοῦντας· ὥς ἐπ' οὐδενὶ τινι τῶν πάντων ἐτέρῳ τῶν ἀφορμῶν τοῦ ζῆν καταλειπομένων, ἢ ἐπὶ τῇ γλώττῃ καὶ ταῖς τῶν δακρύων πηγαῖς.» Greg. Lib. VII. cap. III. §. 4. Un pasaje parecido á éste se halla también en el §. 2 del mismo cap. III.

ban tambien con los Latinos lo más selecto de los Romanos, y todo el ejército de los Alanos), que los enemigos quedaron vencidos á su presencia sin osar hacer cosa alguna. De suerte que muchos dicen, que si el emperador, temeroso de otros daños, no los hubiese prohibido pasar adelante, en breve tiempo todas las ciudades y provincias romanas, libres y limpias de enemigos, volvieran á sus dominios.,¹ Pero repúgnale á Gregoras dar crédito á la evidencia misma de los hechos y deducir esta consecuencia lógica de sus primeros elogios, y para desvirtuar lo que á ser cierto redundaria en desprestigio de su nación, añade el siguiente comentario. Hablaban, sin embargo, así aquellos que sólo atienden á lo presente, sin poder elevar su mente á mayores cosas. Juicio divino era desde largo tiempo confirmado que el imperio Romano padeciera extremas desventuras. En los arcanos designios de la Providencia está el impedir muchas cosas que parece han de ser provechosas y tolerar otras que sólo sirven para el mal.,²

Gregoras gusta de filosofar acerca los sucesos que narra, con criterio cristiano muchas veces, mas con vislumbres fatalistas otras, y en las consideraciones oscu-

¹ «ιδόντες γάρ οἱ πολέμιοι τὴν τῶν Λατίνων εὐτακτον κίνησιν, καὶ τὴν τῶν ὀπλων λαμπρότητα, καὶ τὸ ἄτρεπτον τῆς ὁρμῆς, συγχεθέντες τοῖς φόβοις, ᾤχοντο φεύγοντες· οὐ μόνον τῆς πόλεως ὡς πορρωτάτω σφάς αὐτοὺς ἀπάγοντες, ἀλλὰ μικροῦ καὶ τῶν πάλαι Ρωμαϊκῶν ὁρίων αὐτῶν, τοσοῦτος γὰρ καὶ τοιοῦτος ἐκείνος ἐτύγγανεν ὁ στρατός, καὶ οὕτως ἄριστα συγκλεροτημένος ἔκ τε τῶν κατὰ πόλεμον ἐμπειρίας, ἔκ τε τοῦ πληθοῦς (συνεστράτευον γὰρ ἐκεῖ τοῖς Λατίνοις οὐ μόνον οἱ τῶν Ρωμαίων ἐπίλεκτοι, ἀλλὰ καὶ τὸ ἐκ τῶν Ἀλανῶν ὅποσον ἐτύγγανε στράτευμα) τοσαύτην γοῦν ἐποίει διὰ ταῦτα τοῖς πολεμίοις τὴν ἐκπληξιν, ὥστε πολλοὶ τινες ἔφασαν τότε, ὡς εἰ μὴ τούτους διὰ δειλίαν τινὰ πρόσω ἵεναι κεκόλυκε τὰ τοῦ Βασιλέως προστάγματα, ὅλας ἐν βραχεὶ τῶν Ρωμαίων ὀπόσαι πόλεις καὶ χώραι ὑπήρχον, καθαρὰς πολεμίων παραδοῦναι τῷ Βασιλεῖ.» Greg. Lib. VII. cap. III. §. 3.

² Ibid. Lib. VII

ras y prolijas que de su pluma con frecuencia se escapan, descúbrese al través de contradicciones y nebulosidades, la imparcialidad en el modo de juzgar los hechos que se echa á menos en su exposición. Quien tan enemigo se muestra de los nuestros, quien sólo atrocidades les atribuye, quien justifica las cometidas por los griegos contra los Catalanes como hijas de legítima defensa, quien, en fin, ve en la imprudencia y altanería de Roger la causa única de su muerte, al echar una mirada general sobre sus funestas consecuencias, y el poco provecho que de ella reportaron los bizantinos, discurre de tal suerte, que en medio de sus reticencias deja ver claramente una protesta enérgica contra la traición infame, origen de todos los sangrientos acontecimientos que mancharon después la historia gloriosa de la invencible Compañía, y una condenación vigorosa de la conducta del pueblo bizantino.

“Creyeron los soldados romanos, dice el historiador griego, que con este hecho (la muerte de Roger) abatirían el valor de los Latinos, ó llevarían á términos más mesurados el orgullo de su audacia, ó reduciríanles al extremo de sujetarles en sus cuerpos y voluntades, como á esclavos, haciéndoles servir de grado ó volver por fuerza por el mismo camino por donde habían venido. Tales pensamientos caben sólo en espíritus poco levantados, por naturaleza pegados al barro de la vil materia. Pues no alcanzan á comprender que una próspera inteligencia dirige las humanas acciones, cuyos últimos resultados conspiran á la ejecución de un plan por ella preconcebido, y que la justicia, en fin, reserva en sus arcanos el castigo, y espera, si así puede decirse, el tiempo de la siega y de la trilla, á fin de que cada cual halle la

cosecha según la simiente que sembró. Y en verdad que de los mismos sucesos puede aprender el hombre, que á las cosas que Dios no bendice, la tierra y el mar y el aire les son adversos, cual si fuesen ministros de su venganza contra quien de él se aparta y viola la justicia. Con lo que, una vez adoctrinado, aprende á no oponerse á los decretos divinos, cualesquiera que ellos sean, y á no querer violentar los sucesos, antes bien resignándose con su suerte, deja pasar el tiempo, secunda la marcha imperiosa de los hechos, mas no los impide, aun cuando no sea ella conforme á sus deseos. Pues mucho mejor es dejarse llevar de una fuerza superior sin hacer nada, que hacer algo y suministrar en cierto modo materia á la violencia de los tiempos.

Testimonio de todo lo dicho nos darían los acontecimientos de estos tiempos si no bastasen otros ejemplos de la época presente. Nada omitieron los romanos de lo que convenía al mejor logro de sus intentos; y sin embargo, experimentaron grandes contrariedades de fortuna... Por lo que cuando vinieron auxilios extranjeros, primero de los Masagetas, de los Latinos luego, muchos más perjuicios resultaron á los romanos de ellos que de sus más manifiestos enemigos. Lo poco que hemos expuesto de tan inmensos males basta para el que juzgue rectamente y sin pasión *á poner en claro la cólera divina y el castigo moderado de inmoderados crímenes*. Prueba evidentísima de ello es la muerte del César Roger. Los romanos que se arrepentían ya de haberle llamado, deseando remediar su malestar, llevaron á fin su muerte, juzgando que sería la liberación de sus males. Pero tal hecho, como en el decurso de esta historia veremos, fué sólo origen de otros mayores y más graves. Siempre

que la Providencia no favorece las acciones y consejos humanos, tienen éstos triste y muy contrario resultado.”¹ Sorprende hallar en un historiador de la Edad media estas consideraciones, con pretensiones filosóficas, acerca de los móviles de los sucesos, juzgándolos como un resultado necesario de causas para nosotros desconocidas, ocultas en la mente de la Providencia divina que directamente conducen al autor á un quietismo absoluto, á un fatalismo histórico de tremendas aplicaciones en la vida humana y social; y sorprende tanto más, cuanto que en igual época nuestros cronistas, más bien que historiadores, contemporáneos de los bizantinos, no conocían otra forma histórica que la puramente narrativa, que sigue los modos naturales de la conversación familiar y que sólo da importancia á lo maravilloso, y á reflexiones inocentes y candorosas sobre sucesos y personajes. Mas hase de tener en cuenta que la orgullosa Bizancio, que se consideraba como heredera de la antigua Roma, mantuvo siempre encendida, aun en medio de las tinieblas de la Edad media, la antorcha de la brillante civilización clásica, que legó al morir á los pueblos de la antigua Europa, como sagrado y caro depósito, y como único recuerdo y beneficio de su tan dilatada como miserable y poco provechosa existencia.

Al recorrer las castizas y elegantes páginas de las *Memorias ó Historias* del imperial historiador Cantacuzeno,² parece como que se espacia y se recrea el ánimo, al

¹ Lib. VII. Cap. IV. §. 1, 2, 3.

² Las *Memorias ó Historias* de Juan Cantacuzeno, divididas en 4 libros, contienen la historia del imperio griego desde 1320 á 1360, y ofrecen, al decir de algunos críticos, una imitación visible de Tucídides. El estilo es correcto y animado unas veces por el afán de defender sus actos, adornado otras con pomposos discursos y arengas oratorias (costumbre frecuente entre los historiadores bizantinos, imitadores de los modelos de la

sorprender al través de la nobleza de sentimientos y de la galante caballeridad que respiran, elogios en vez de insultos para nuestros paisanos, rasgos de temerario arrojo, en vez de relatos de crueldad sanguinaria. Explica en gran parte, á mi ver, ese desusado espíritu de benevolencia hacia los nuestros y en general hacia los Latinos, el ser Cantacuzeno partidario de la unión de las dos iglesias, hasta el punto de haber propuesto la sumisión de la griega al Papa Clemente VI en 1352 y como resultado de ella la guerra contra los Turcos.¹

La historia de Cantacuzeno tiene algun interés para la de la dominación catalana en Oriente, como quiera que, si bien de un modo vago, da noticias sumamente curiosas acerca del ducado de Atenas, al hablar de los sucesos de la Tesalia y de la Morea. Y aún dando por supuesto que no proporcionara ningún dato nuevo, sería su estudio de no poco provecho y hasta necesario para la confirmación y esclarecimiento de lo poco que dice Gregoras relativamente al ducado catalán del Atica. El libro I donde se hace

antigüedad clásica], que dejan ver demasiado al filósofo, al retórico y al erudito. A pesar de que la conducta del emperador no fuera siempre intachable, respira toda la historia gran hidalguía y elevación de sentimientos, al par que desmesurado amor propio y sobrada ostentación de su virtud. Cantacuzeno era oriundo de una noble familia griega que dió dos emperadores á Constantinopla (el mismo Juan y su hijo Mateo) y muchos príncipes á la Moldavia y la Valachia en los siglos xvii y xviii, conservándose hasta nuestros días. Fué honrado durante el reinado de los dos Andrónicos con el cargo de Gran Doméstico. Despues de la muerte de Andrónico III, el Joven, de quien siempre habia sido decidido partidario, fué regente durante la minoría de Juan V Paleólogo (1341). Ocupó Cantacuzeno el trono desde 1347 á 1355, en que fatigado de las luchas civiles y de los disgustos que amargaron su reinado, abdicó el poder y se retiró al monasterio de Mangana. Murió en la soledad del claustro en 1391. Con todo y las rebeliones que empañaron el brillo de su reinado, entre las cuales es de notar la de Apocauco, y las luchas con su antiguo pupilo, venció á los Búlgaros, á los Turcos y á los Genoveses y dió cierta tranquilidad al agonizante imperio. Para este trabajo y para la traducción de los pasajes referentes á los Catalanes en Levante, me he servido de la magnífica edición de Venecia: *Corpus byzantinæ historiarum. Joannis Cantacuzeni eximperatoris historiarum libri IV.* Venetiis. 1729.

¹ Vid. Op. cit. Lib. IV. cap. IX.

mención de las correrías de los nuestros en la Tesalia; ¹ el II en que se aclara indirectamente lo que Gregoras refiere de los mercenarios catalanes que militaban á las órdenes de los Griegos en las guerras de dicha comarca y de la Acarnania; ² el III que habla de los proyectos de expulsión de la Compañía del ducado ateniense, ³ y el IV que se ocupa en las luchas entre Manuel, déspota de la Morea, y el gobernador catalán del Atica, Roger de Lauria, ⁴ y finalmente en la guerra de los Catalanes y Genoveses en Oriente, ⁵ producida por los celos mercantiles de las tres más poderosas naciones marítimas de aquella época, Venecia, Cataluña y Génova, y uno de cuyos más importantes episodios fué el encarnizado combate naval de Constantinopla; todos tienen importancia crecidísima para el que desee conocer la historia de aquellas apartadas posesiones de la gloriosa corona aragonesa (no coronilla como dicen muchos con tanta presunción como ignorancia). Reconoció Cantacuzeno las prendas de arrojo temerario que adornaban á los Catalanes, cuando de los que se quedaron en la capital del Imperio, despues del citado combate, se sirvió como auxiliares, alistándolos en su ejército y hasta en su propia guardia imperial. Y no una sino varias veces dieron los nuestros pruebas de su fidelidad al emperador y le libraron de graves peli-

¹ Ibid. Cap. 17.

² Ibid. Cap. 34.

³ Ibid. Cap. 12.

⁴ Ibid. Cap. 13.

⁵ Ibid. Cap. 30, 31 y 32.—La extensa relación de Cantacuzeno completa las no menos largas y llenas de datos, pero algo parciales de D. Pedro IV *Crónica*, trad. al castellano por A. de Bofarull, Barcelona, 1850. cap. VI, Zurita (*Anales*: Lib. VIII. cap. 46), Capmany (*Memorias históricas*, etc. de la antigua ciudad de Barcelona. Madrid. 1779. Tom. I. Cap. I) y A. de Bofarull *Historia crítica de Cataluña*. Barcelona 1879. Tom. III. cap. VIII.

gros. Cansado en cierta ocasión de la lucha que sostenía contra Juan Paleólogo (1355), se dirigió á Ténedos para hacer paces con él. De regreso á Constantinopla, al congregarse en su palacio á sus partidarios, no sólo los soldados, sino los nobles, todos se opusieron á la paz y pidieron tumultuariamente la guerra. Entonces se manifestó el temple belicoso de nuestros compatriotas. “Los mercenarios catalanes movieron más ruido que los demás, dice Cantacuzeno, y querían que el rey les condujera contra los enemigos, considerando fácil empresa arrojarles de la ciudad.”¹ El emperador procuró calmar su impaciencia con escusas y palabras de conciliación, manifestándoles que no iban á combatir á extranjeros, sino á sus propios ciudadanos. Pero nuevamente mostraron los Catalanes su ardor bélico y su escasa paciencia para sufrir las injurias, al dirigirse el pueblo amotinado contra el palacio real de Cantacuzeno. Nuestros paisanos detuvieron el ímpetu del populacho, “saliendo del palacio, rechazando á los asaltantes y pegando fuego á algunas de las casas que estaban delante de aquel.”² Añade por fin el citado historiador en otro lugar, que los soldados de nuestra nación que se alistaron en su guardia, dieron siempre pruebas de gran valor en las distintas guerras de su turbulento reinado.³

¹ μάλιστα καὶ ἐθορύβουν τὸ ἐκ Κατελάνων μισθοφορικόν, καὶ ᾗξίουν βασιλεῖα τοῖς πολέμοις ἐπάγειν σφᾶς, ὡς ῥαδίως ἐξελάσσοντας τῆς πόλεως.... cap. 39 p. 690. ed. de Venecia.

² οἱ τε Κατελάνοι ἐξέλθοντες, τοὺς τε μαχομένους ἀπεώσαντο, καὶ πῦρ ἐνέεισαν ταῖς πρὸ τῶν βασιλείων οἰκίαις, καὶ ἐνέπρησαν τινάς.... cap. 40. p. 622. ed. cit.

³ κατελείποντο δὲ ἑκοντὶ ὕπερ τριακοσίους, οἷς ἐχρῆτο πρὸς στρατείας ὁ βασιλεὺς μισθοφοροῦσι, καὶ πολλὴν ἀνδραγαθίαν ἐπεδείκνυντο κατὰ τὰς μάχας, ταῦτα μὲν οὖν ὕστερον.—Quedáronse voluntariamente unos trescientos de los cuales se sirvió el rey como auxiliares, y mostraron mucho valor en las guerras que tuvieron lugar después... cap. 30. p. 944. ed. cit.

Con mucha oscuridad y concisión sobrada, casi sin comentarios y sin pasión alguna, y como quien no fué testigo ni contemporáneo de ellos, refiere los principales sucesos de los Catalanes en Oriente el historiador Chalcocondylas, que floreció en el siglo xv,¹ en su obra titulada *Αποδείξεις ιστοριῶν δέκα*,² que comprende los hechos y acontecimientos de más bulto del imperio de Bizancio desde 1297 hasta 1463.

Recomiéndase esta historia á la lectura por la gran abundancia de noticias que contiene, pero no por su estilo, que con todo y sus pretensiones de imitar el de Herodoto, es á veces oscuro y casi ininteligible. Chalcocondylas se propuso describir la ruina del imperio bizantino, que compara á la caída de Ilión y atribuye á la cólera divina, irritada por los crímenes de la nación griega, y al propio tiempo el poder de los Turcos, ó por mejor decir, su historia fuera y dentro de Bizancio. Es de todos los historiadores de aquella época el que menor importancia ofrece para la historia de los Catalanes en Oriente, de cuyos hechos, en los cortos pasajes que les dedica, se manifiesta las más veces poco informado. Llama á aquellos, á quienes supone procedentes de Italia y de Taraconos (*Ταρχωνος*), indistintamente Italianos y Taracones (*Ταρχωνες*), nombre este último sin duda corrompido del de Aragón ó del de la antigua provincia tarra-

¹ En el principio de su obra declara ser oriundo de Atenas. Hopf (*De Hist. Ducatus Athen. fontibus*, p. 163) dice que se ignoran de todo punto las fechas de su nacimiento y de su muerte. Lo único que puede asegurarse es que escribió en el siglo xv y que fué espectador ó al menos contemporáneo de muchos de los sucesos que describe. La familia de los Chalcocondylas *Χαλκοκονδύλης* (manus férrea) fué de las ilustres y esclarecidas de la Edad media. A ella pertenecía el erudito Demetrio Chalcocondylas, uno de los literaros griegos que más influencia ejercieron en el renacimiento de las letras en Italia, y el primer editor de los poemas de Homero.

² Ed. de Venecia de 1729. *Corpus byzant. hist.*

conense. No puede darse nada más inexacto y sucinto que la relación de todo lo que hace referencia á la estancia de los Catalanes en Galípoli, á su alianza con los Turcos y á su marcha de aquella ciudad á la de Casandria, y con la historia de la primera parte de la expedición corre parejas la manera como narra su fin. "Los hombres de Hesperia y de Italia, atravesando la Macedonia y la Tesalia, llegaron á la Beocia, ocuparon esta región y se apoderaron de Tebas por la imprudencia de su príncipe, que juzgándolos cobardes, se lanzó contra ellos para destruirlos. Abrieron aquellos entonces surcos en el campo, y llenándolos de agua, hicieron impracticable la llanura á la caballería. Cuando el príncipe y sus ginetes á carrera tendida se lanzaron contra los hesperios, se vieron en situación difícilísima. Los Tarragones entre tanto les disparaban dardos, flechas y toda clase de armas arrojadas, matando á muchos Beocios, despues de lo cual marchando contra la ciudad, se apoderaron de ella y la entregaron al saqueo. Tras esta hazaña, regresaron á Italia, dirigiéndose cada cual á su casa.,¹ Se ve por este fragmento que si acierta el historiador en la descripción de la batalla de Cefiso, se equivoca del modo más lastimoso y absurdo acerca de sus consecuencias.

Algun mayor interés tiene lo referente al condado aragonés de Salona, en el libro II, ya por su extensión, ya por ser única fuente de su historia, después de la Crónica de Galaxidi, si bien se resiente la relación, como ya se ha indicado en otro lugar de este trabajo,² de falta de exactitud y claridad en el conocimiento y expo-

¹ Ed. cit. Lib. I. pág. 7.

² III. *La dominación catalana según las Crónicas griegas*, pág. 46.

sición de los hechos. No haré hincapié en este pasaje, con tanta más razón, cuanto que además de haberme ocupado en él en el decurso de esta monografía, lo hice más por extenso en otra ocasión en el artículo ya citado de la *Revista de ciencias históricas* de esta capital. ¹

Unicamente para poner de relieve el alto concepto que de nuestra patria formaron nuestros propios enemigos, en el que no dejarían de influir las repetidas victorias que la expedición alcanzó en aquellos países, añadiré á los muchos elogios que á nuestra ciudad condal han tributado ilustres escritores nacionales y extranjeros, los que le dá el citado historiador bizantino en el libro V de su obra, donde distingue á Barcelona en una ocasión con el dictado de “ciudad opulenta de la Iberia,” ² y la llama en otra “ciudad que excede á las de Occidente en poder y en riquezas.” ³

Por último, grandísima importancia ofrece para Cataluña el libro VIII donde se habla de la expedición que Don Alfonso V el Magnánimo dirigió al Oriente, á instancias de Nicolás V, para rescatarle del poder de los Turcos. Si hemos de dar crédito á Chalcocondylas, ocho buques fueron los que mandó á Levante el rey Alfonso, con los cuales se apoderó de Lemnos, de Imbros y de las demás islas del mar Egeo. Un año entero estuvo la escuadra catalana por aquellos mares, sin hacer más cosa de provecho, hasta que por último viéndose aislada y sin recibir nuevos refuerzos, regresó á Italia. Fin poco glorioso de una expedición emprendida con tan grandes esperanzas. ⁴

¹ Vid. Estudios sobre los Historiadores griegos, etc.—Abril y Marzo de 1881.

² Βαρκενώνης πόλεως ευδαίμονος κατὰ τὴν Ἰβερίαν.—Lib. VIII. p. 111.

³ Βαρκένων δὲ ἐστὶ πόλις τῶν πρὸς ἐσπέραν, πλουτὶ τε καὶ δυνάμει ὑπερπέρουσα.—Ibid. p. 113.

⁴ Ed. cit. lib. VIII. p. 178.

En ninguno de los autores de nuestra historia patria he hallado noticias tan detalladas respecto á esta curiosa expedición ultramarina.¹

Hacia el último tercio del siglo xv, escribió su *Historia bizantina*² Jorje Phrantzés,³ uno de los últimos historiadores de aquella nación, testigo ocular de la catástrofe de Constantinopla, individuo de la imperial familia de los Paleólogos, honrado con elevados cargos en los reinados de Manuel II, de Juan VI y de Constantino XII, y hombre, en fin, que tomó parte activa en los tristes acontecimientos de su época. Es su obra histórica el postrer monumento bizantino, que conmemora con parcialidad é injusticia manifiestas las hazañas de los bravos que acompañaron á Roger de Flor y las de sus descendientes. Para mitigar el mal efecto que sus crudas frases pudieran causar en nuestros oídos, hase de tener presente que el historiador, además de ser como griego y cismático enemigo de nuestra raza, tenía motivos particulares que exacerbaron más su odio, ya que cayó en cierta ocasión, cerca de S. Mauro, prisionero de los Catalanes, de cuyo poder fué librado en Clarentza gracias á un rescate de 5,000 piezas de oro. El mismo Phrantzés cuenta su prisión en su *Historia* en los siguientes términos: "*Cum itaque prope S. Mauræ insulam venissem, á Catelanis cum quibusdam aliis, et rebus magni pretii captus sum. Ubi aliquandiu me retinuerunt, in Cephaleniam adduxerunt, ut*

¹ El sabio é infatigable historiador de Cataluña, D. Antonio de Bofarull, la menciona también muy de paso; sin duda por no abundar en nuestros archivos las noticias acerca de un suceso que ocurrió en lejanos países. *Hist. de Cataluña*. Tom. V. cap. VIII.

² Dividida en 3 libros, comprende el largo período de 1259 á 1477. Hay de ella varias ediciones con texto griego. Sólo he podido consultar la traducción latina sin dicho texto publicada en el *Corpus bizantinæ historiæ*. Venecia. 1733.

³ Nació en 1401 y murió en 1478 en un monasterio de Grecia, donde se retiró los últimos años de su vida.

videlicet Neapolim proficiscentes. Tandem Glarentzam reversi sumus. Me porro et comites, quinque aureorum millibus vendiderunt.”¹

A narrar la invasión de la Compañía destina Phrantzès el cap. VIII del libro I, donde, además de injusto, se muestra poco informado de los sucesos, como quien sólo por vagas referencias los conoce. Cuenta de paso y con notables omisiones nuestras grandes hazañas, y considera la muerte de Roger, ordenada, según él, por el mismo emperador Miguel, como un justo castigo de sus crímenes y de su desatentada insolencia. Los mismos lugares comunes de siempre y casi con idénticas palabras expuestos acerca de las crueldades de los expedicionarios, llenan la sucinta relación que á su invasión dedica. Transcribiré alguno de estos pasajes, aún á riesgo de repetir lo hasta la saciedad sabido, y de recargar sobradamente el sombrío cuadro del juicio acerca de nuestros paisanos emitido por los historiadores griegos.

“No pasó mucho tiempo, dice en el capítulo indicado, sin que comenzaran los Catalanes su campaña en Asia, si bien, poco cuidadosos de sus enemigos, vejaron de un modo espantoso á los Romanos. ¿A qué recordar las calamidades que causaron á su paso, la dureza con que oprimieron á los cristianos, sin distinción de sexo, tratándolos peor que esclavos, sin apiadarse siquiera de sus lágrimas? Mayores males que si fueran sus enemigos les acarrearón aquellos hombres impíos y perdidos. No contentos con despojar á los cristianos, deshonoraban á sus hijas vírgenes y á sus mujeres, ataban y luego apaleaban á los viejos y sacerdotes.” Con estas frases de cajón

¹ Lib. II. cap. IX.

termina su tremenda invectiva contra los nuestros, y con ellas le dejaremos para ir á continuar nuestra ingrata tarea en campo mucho más ingrato.

Cuantos escritores griegos, incidental ó expresamente han hablado de la memorable expedición catalana, han sacado á relucir con pueril satisfaccion y torpe vanagloria nacional, á manera de argumento Aquiles para desautorizar el brillo de sus hazañas, una famosa epístola del tantas veces citado en el decurso de este trabajo, Teódulo Magister ó el Retórico, testigo ocular de los terribles sucesos que relata con tan sombríos colores como presuntuosa y académica afectación. Dos son, como se ha dicho en otro lugar, ¹ los fragmentos de este autor que á la expedición se refieren; elogio el primero, de gran importancia bajo el punto de vista histórico, del general griego Jandrinos, que luchó al parecer con grande esfuerzo y fortuna contra las bandas catalanas durante su estancia en Tesalia; relación la segunda, objeto de esta digresión, de las crueldades cometidas en la Tracia, por aquellas, unidas á los Turcos, ó sea, por los Italos ó italianos y por los Persas, nombre con que á unos y otros se designa. Es conocido este fragmento, que no ha sido traducido hasta ahora, que yo sepa, al castellano, con el título siguiente: περί τῶν ἐν τῇ Ἰταλῶν καὶ Περσῶν ἐφόδῳ γεγενημένων. Ignoro la fecha que señala Boissonade á este interesante documento, pero bien claramente se deduce de su contenido que fué escrito después de la inexorable venganza que siguió á las sangrientas hecatombes de Andrinópolis, de Constantinopla y de Rodosto.

Cuanto hasta aquí en poco agradable pero homogé-

¹ Vid. la pág. 17 de esta monografía y la nota que la acompaña.

neo conjunto os he citado de todo lo que de más violento y odioso han escrito contra nuestros antiguos compatriotas los historiadores, los poetas y los cantores populares del imperio bizantino y de la moderna Grecia, su sucesora; cuanto de horrores y de insultos y de menosprecios he presentado á vuestra vista, acumulados por la saña de los que fueron en otro tiempo nuestros enemigos, cortos y pálidos y sin importancia alguna se quedan ante esa epístola tantas veces repetida y traída á colación, arsenal inagotable de injurias, cuadro recargado de negras tintas, que fuera baldón de infamia y motivo de execración perenne para los nuestros, si la veracidad y el sincero sentimiento del autor corriesen parejas con su aparente indignación. Y casi delito imperdonable de lesa nacionalidad sería darla á conocer, si por una parte no la devirtuara su estilo enfático y declamatorio, que bien á las claras muestra la justicia del título de retórico que se dió á su autor, y si no la dieran por otra valor inestimable los elogios que á las hazañas y al legendario valor de los nuestros tributa, y que aunque tan afectados como las acusaciones, deben guardarse como oro en paño, por lo mismo que son escasos, y que sólo al través de espinas y malezas han podido recogerse. Hechas estas observaciones, añadiré antes de concluir, que Teódulo tuvo principalmente en cuenta al trazar el cuadro pavoroso de la venganza catalana desenvolver un tema de puro lucimiento académico, y que le vino de molde aquella calamidad para ostentar, al modo de Tucídides en la famosa descripción de la peste de Atenas, sus condiciones de estilo, que tiene más de enfático y de presuntuoso, que de verdaderamente clásico. Hé aquí ahora el texto del fragmento griego, inter-

pretado en su mayor parte, más que traducido, del mejor modo que me ha sido posible.

“Los que para mala fortuna de los romanos vinieron, como es sabido, en su auxilio desde Sicilia, de tal suerte maltrataron la Tracia, que la convirtieron en un desierto de la Escitia. ¿Quién recordando tales desdichas á los que las vieron, no les conmovirá de nuevo?

“Condenamos, y con razón lo hacemos, á los que aliándose con los Persas, desde el principio enemigos suyos, y aumentando su audacia con su propio valor, á manera de devastador incendio se precipitaron sobre nosotros, atreviéndose á todo y codiciándolo todo. Nada dejaron libre de su invasión al recorrer de un extremo á otro aquella comarca, ya fuera monte ó llano, despeñado ó precipicio, rocas escarpadas, caminos, faldas de los montes, valles, collados, torrentes, cuevas, prados, campos y bosques. Todo desapareció; todo fué devastado, todo quedó lleno de cadáveres, víctimas de la más espantosa y horrible carnicería. Los arroyos de sangre que por doquiera han reemplazado á las corrientes de los ríos, se estancan en los valles, y hasta acontece que uniéndose á aquellos y llenando completamente su álveo, desembocan ¡ay! en el mar, arrastrando cuerpos humanos para pasto de los peces, unos medio vivos, heridos otros de reciente muerte, insensibles á sus padecimientos muchos, espectáculo triste é ingrato de contemplar, de tal suerte que nadie, aunque fuera un amigo (sic), se atrevería á mirarlo, como dijo el poeta trágico. A éste le faltan las entrañas, á aquél la cabeza, al de más allá las manos, á ese otro los piés, y aun hay, segun creo, á quienes todo esto falta. Cual si les hubiese su jefe prometido grandes premios, y aun estoy por decir, cual si unos y

otros se hubiesen conjurado á no perdonar nada, andan á porfía sobre quien hará más muertes ó ensangrentará más su espada, juzgando cada cual vergonzoso dejar para el vecino estas hazañas. Sospechando en todos traición, con igual suerte castigan á los que tienen ensangrentadas sus manos, como á los que las tienen limpias de sangre; todos son contados en el número de los traidores.

“Y lo que es más, son éstos (los catalanes) tales por su naturaleza, que se gozan sobre todo en la sangre y en la matanza, y tienen por colmo de dicha acabar con los demás, y juzgan calamidad no hacer nada, y aún consideran la clemencia como afeminación. Dejan llevarse de la crueldad cual otros de la conmiseración, desprecian lo propio cual si fuera ajeno por codicia de lo ageno, y se apropian lo de los demás cual si fuera propio; mas aún, desafían la muerte por lo que pertenece á otros, como quizá nadie lo supiera hacer por lo suyo, pero á su vez antes consentirán en dejarse matar á abandonar su hacienda. Háceles invencibles su solo aspecto y con sus propios cuerpos confirman las mutilaciones de la hidra. Pues ni éstas, ni la privación de miembros contiene sus ímpetus, sino que aunque les corten una mano, con la que les queda pelean; si las dos, combaten con los piés, no sintiendo la falta de los miembros, sinó el no poder usar de su destreza, é imitando los ejemplos de Cynegiro y de Calímaco, cuando asaeteado éste por los Medos, quedó de pié aún después de muerto, cual si fuese inmortal, y cuando perdió aquél manos y cabeza al querer detener una galera de los Persas. Por tal modo tienen á mengua no morir en el combate, y salir con el cuerpo ileso del choque de las armas, que muchas veces en tal caso á modo de ultraje se lo echan en cara unos á otros. Todo lo recorren en su

impetuoso furor, sin que nada baste á contenerles, y con universal consternación se precipitan todos á una sola voz, talan, destruyen, destrozan, incendian, hacen á unos esclavos, á otros quitan la vida y levantan tales montones de cadáveres, que nada son en comparación de ellos los de los Cercyreos, que los llevaban en carros, como refiere Tucídides. Con ellos podrían formarse puentes para los ríos y cercas para los campos. Tan llenos están éstos de cadáveres, que no es fácil recorrerlos á pié; y á muchos les es preciso, por decirlo así, viajar en carros. La muchedumbre inmensa de muertos sirve de pasto á las aves, á las fieras y á los perros. Y es tal la miseria, aún entre los ricos, que les obliga á echar mano de estos animales, en vez de los domésticos, y á salir al campo por ver si descubren alguno de ellos, huyendo de la espada y deseando apoderarse de noche de lo que es suyo para no perecer de hambre, llevando una vida sin vida y sólo diferente de los muertos en que después de muchas insoportables necesidades ha de caberles igual suerte.”¹

Con tan interesante testimonio pongo término en este punto á la exposición del juicio por los historiadores bizantinos formulado acerca de los expedicionarios catalanes, para en el capítulo siguiente continuar esta tan curiosa como ingrata tarea, dando á conocer los que sobre el propio asunto he logrado recoger entre los escritores de la literatura neo-helénica.

¹ De este modo inesperado concluye esta epístola, sin duda alguna incompleta, así en el libro de Stamatiades ya citado, *Oi Katalánoi én tē Anatólēi*. etc. Cap. V. pág. 99 á 101, como en otras obras en que se halla reproducida.

V.

LOS CATALANES JUZGADOS

POR LOS

HISTORIADORES NEO-HELÉNICOS.

- I. Importante desenvolvimiento del género histórico en la Grecia contemporánea.—
II. C. Paparrigópulo: *Histoire de la civilisation hellénique*.—III. Epaminondas
I. Stamatiades: *Oi Katalánoi én tē Anatólēi*.—Juicio de esta obra.—Espíritu que
en ella domina.—IV. Prólogo de Sathas á la *Crónica de Galaxidi*.—Injusta animo-
sidad de algunas de sus apreciaciones.—V. Introducción de Espir. Lambros al drama
El último Conde de Salona.—Anacrónicos sentimientos que en ella se manifies-
tan.—VI. Consideraciones sobre la injusticia é ingratitud de los modernos griegos
para con la Europa católica y latina.

Movimiento de progreso notable bajo todos conceptos es el que ofrece la moderna Grecia, en cuanto se refiere al cultivo de los estudios de investigación histórica, impulsado por un legítimo sentimiento de amor propio nacional. Afán constante de los helenos contemporáneos, que dedican sus vigiliás y su saber al esclarecimiento de los hechos de su gloriosa historia patria, dentro de ese movimiento progresivo, es el de estudiar y reseñar la marcha de eso que se llama helenismo, del espíritu que anima á la Grecia antigua, y la de la Edad-media, al de los tiempos del cautiverio, y la de nuestros días, al

través de treinta siglos de existencia. De ahí que no se contenten únicamente con trabajos monográficos acerca de tal ó cual período de la historia antigua por una parte, de la medio-eval y moderna por otra, sino que hayan aspirado á levantar á su patria un monumento de trascendental importancia, y lo hayan alcanzado al fin cumplidamente con la publicación de la obra de Constantino Paparrigópulo, *Historia del pueblo heleno desde la antigüedad hasta nuestros días*,¹ que á pesar de su detestable espíritu político y religioso, es la realización más grandiosa y completa de aquella aspiración constante, y el panegírico más entusiasta del helenismo, cuya acción civilizadora estiende su autor no sólo á su patria sinó á la Europa entera. Al lado de Paparrigópulo, el Herculano de la Grecia contemporánea, maestro de cuantos en ella cultivan el género histórico, aun que en orden inferior, brillan los esclarecidos nombres de Moustoxidis, Zampelios y Saccelios, el del infatigable erudito Constantino Sathas, á quien se deben los más importantes descubrimientos de la historia helénica medio-eval, cual lo muestran su copiosísima *Bibliotheca Græca medii ævi*, su Historia de Grecia bajo la dominación otomana, y otras y otras muchas que no es de este lugar citar; el de Tricoupi, historiador de la memorable guerra de independencia, y finalmente, por no mencionar otros nombres y hacerme con ellos prolijo, los de Stamatiades y los dos Lambros, padre é hijo, conocidos ya estos últimos de cuantos en este momento me escuchais.

Natural es que el episodio importantísimo de la do-

¹ 'Ιστορία τοῦ Ἑλληνικοῦ ἔθνους ἀπὸ τῶν ἀρχαιοτάτων χρόνων μέχρι τῶν νεωτέρων. cts.

minación catalana no haya quedado desatendido en esos continuos trabajos de investigación de la historia helénica medio-eval, hasta ahora la menos estudiada y la más ignorada. La publicación de las obras con aquella más ó menos relacionadas, en quienes en este lugar he de ocuparme, confirma plenamente lo que acabo de decir, y ha de ser estímulo al propio tiempo para que imite nuestra pátria aquel ejemplo, con lo cual dejará de ser verdad lo que hasta ahora por desgracia lo ha sido, á saber, que desde los aprovechados é inestimables trabajos del ilustre Zurita, todos los datos, todas las investigaciones y todos los estudios acerca de sucesos tan importantes en los anales de nuestra historia ultramarina, se deben á sabios é historiadores extranjeros.

No conozco la obra de Paparrigópulo en su texto original, para que pueda invocarla como testimonio en esta ocasión, en que han de juzgar los hechos de nuestros antepasados los escritores neo-helénicos. Sólo he tenido á mi alcance una especie de compendio de aquel trabajo monumental, publicado en París en 1878, con el título de *Histoire de la civilisation hellénique*. Restablecer la unidad desconocida de la civilización griega, dar á sus principales fases su verdadero significado, hacer oír la voz de Grecia ante el tribunal de la historia, tal es, como ya se ha indicado, el objeto de esta obra. Las consecuencias del exaltado patriotismo del autor no son otras, que desconocer la influencia de la civilización occidental, negar el verdadero significado de empresas tan grandes y nobles como las Cruzadas, y considerar á los Latinos como juguetes de la ambición de los Papas, enemigos y únicos causantes de la ruina del imperio griego. Con tales antecedentes puede conjeturarse cuál sea el juicio que le me-

rezca la dominación catalana, en la que por otra parte poco se detiene, como quiera que no ha de darle mucho pié para su entusiasta panegírico del helenismo. No me entretendré, pues, en transcribir los cortos párrafos que se le dedican en este compendio ó traducción francesa abreviada, con que me ha sido forzoso contentarme, por su escasa importancia y por temor de repetir, como dicho por tantos, el por punto general desfavorable concepto de los restantes historiadores griegos de que hasta ahora he dado noticia.

Exige por otra parte que se le conceda la atención que por su especial carácter reclama, y por la estrecha relación que con el asunto de esta monografía tiene, la historia no ya parcial, sino detallada y completa y dedicada exclusivamente á la expedición y dominación de los catalanes, semejante por lo tanto en todo á la de Moncada, de nuestro ilustrado consocio correspondiente y amigo mio muy querido, Epaminondas Stamatíades, publicada en Atenas en 1869 con el siguiente título: *Οἱ Καταλάνοι ἐν τῇ Ανατόλῃ, ὑπὸ Ἐπαμ. Ι. Σταματιάδου. cts. Ἐκ τοῦ τυπογραφείου Κ. Αντωνιάδου. 1869.—265 págs. en 8.º*

El canceller Stamatíades habíase ya dado á conocer anteriormente en el mundo de las letras de un modo muy ventajoso entre los escritores que cultivan su hermosa lengua nativa, con una obra de capital trascendencia acerca de la historia de Samos, su pátria,¹ á la que siguieron despues otras dos acerca de la dominación franca en Constantinopla,² y de la moderna revolución francesa. Actualmente se ocupa en la publi-

¹ Σαμιακά ἦτοι περὶ τῆς Σάμου κατὰ τὴν ἀρχαιότητα. Ἐν Ἀθήναις. 1862.

² Ἱστορία τῆς ἀλώσεως ὑπὸ τῶν Φράγκων τοῦ Βυζαντίου καὶ τῆς αὐτοῦ ἐξουσίας αὐτῶν. Ἐν Ἀθήναις. 1866.

³ Ἱστορία τῆς Γαλλικῆς Ἐπαναστάσεως. Ἐν Ἀθήναις. 1868.

cación de una nueva historia completa de su país, que en cuatro abultados tomos contendrá abundantísimos y peregrinos datos. ¹

La obra de Stamatiades está escrita en el llamado griego literario moderno, distinto del vulgar y del antiguo al propio tiempo, y semejante á uno y á otro, en cuanto acepta del primero los giros y construcciones y del segundo la parte léxica y gramatical. Grecia vió desaparecer completamente, con la pérdida de su independencia y aún antes de ella, la elegante hipérbaton clásica, y es hoy su lengua del todo semejante en su sintáxis á las lenguas modernas. Respecto de este punto no cabe restauración arqueológica, como en lo referente al uso de palabras clásicas más ó ménos anticuadas. Los idiomas actuales han ganado en exactitud lo que en elegancia perdieran, y dá hoy más importancia la sociedad á la expresión lógica del pensamiento que á su manifestación estética.

Stamatiades ha bebido en buenas y distintas fuentes antes de escribir su historia, y no se ha contentado con

¹ Bien merece que en este lugar dedique unas cortas frases que la gratitud y la justicia exigían de mí, hacía mucho tiempo, para dar á conocer en su vida literaria y política al distinguido escritor heleno, que ha consagrado á nuestra historia en Oriente la primera obra griega de que tengo noticia, y dado á conocer á su nación las hazañas incomparables de nuestros antepasados con un espíritu de imparcialidad y de justicia, que no son bastantes á borrar ligerísimas excepciones. Nació Epaminondas Stamatiades el 17 de Diciembre de 1834 en la isla de Samos, de una de las más antiguas familias en ella avocindadas. Aprendió las primeras nociones en las escuelas de dicha isla y pasó después á Atenas, en cuya Universidad estudió la filosofía y las leyes. Al volver á su patria concluidos sus estudios, se alistó en el partido político contrario al del príncipe Aristarco, por cuyo motivo fué desterrado á Atenas, en donde continuó su campaña por medio de los periódicos. Allí se dió á conocer también como escritor, publicando algunas obras y artículos que vieron la luz en revistas literarias y diarios de la capital. Después de la caída del príncipe Aristarco regresó á Samos, encargándose de la dirección del diario de la isla, y más tarde de la inspección de instrucción pública. Posteriormente ha desempeñado los cargos de miembro de la Asamblea general del Principado y de Canciller, que ejerce aún actualmente. Stamatiades no sólo figura entre los prosistas del moderno renacimiento helénico, si que también entre los poetas por varias inspiradas composiciones líricas y dramáticas.

acudir únicamente á los escritores de su nación, que le han precedido, desdeñando el testimonio de los historiadores occidentales. De aquí que su trabajo, dada la época en que se escribió, en la cual el estudio de los anales de la Grecia medio-eval no había recibido el gigantesco impulso que le dieron después los Finlay y los Hopf, puede calificarse de completo. Entre los historiadores bizantinos consultó á Pachymeres, Chalcocondylas, Cantacuzeno, Phrantzés y Teódulo Magister; entre los Occidentales á Gibbon, Le Beau, Buchon, Ducange, Hopf, Baluze, etc., y por último, por vez primera hizo hablar á Muntaner y Moncada la lengua de Píndaro y Homero. Para dar idea de la importancia de la obra y de su contenido, juzgo lo más á propósito copiar su índice. Consta de nueve capítulos, cada uno de los cuales comprende la descripción de un gran cuadro ó fase histórica de la Expedición, en forma amena y pintoresca, por el siguiente orden: Cap. I. Roger de Flor. — Cap. II. Los Bizantinos y los Turcos. Cap. III. Los Catalanes en Constantinopla. — Cap. IV. Campaña en Asia. — Cap. V. Los Catalanes en Galípoli. — Cap. VI. Andrónico y los Catalanes. — Cap. VII. El Infante D. Fernando y el almirante Teobaldo de Sypois. — Cap. VIII. El gran ducado de Atenas. — Cap. IX. Los Catalanes en Atenas.

En pocas palabras procuraré dar cuenta del espíritu que en la obra domina, del estilo en que está escrita, y de la mayor ó menor imparcialidad con que ha sido dictada.

Que el autor como griego es cismático, y que como á tal ciéganle sus preocupaciones contra la supremacía de Roma, se vé al abrir las primeras páginas de su libro por otra parte tan interesante. Para él los Papas no tuvieron más pensamiento que el de dominación universal,

y en alas de su ambición, echaron en olvido los sagrados intereses católicos á su custodia confiados, y hasta su misión de padres comunes de los cristianos de Occidente. A este espíritu cismático únese el filhelenismo, y por ende cierta prevención contra todo lo que procede de los pueblos neo-latinos. De ahí que califique de ridículo al imperio latino de Constantinopla y á sus jefes de caudillos llenos de petulancia francesa. De ahí que considere como un crimen sacrilego, que Diós castiga, la irrupción del Oriente por los pueblos occidentales, y que trás de enumerar el triste fin que ha cabido á todos los invasores de la Grecia en la Edad-media, llámense Balduino, Enrique ó Juan de Brienne, Roger de Flor, Rocafort ó Berenguer de Entenza, exclame con orgullo nacional, que su patria no admite elementos extranjeros y que se basta á sí propia para gobernarse y constituirse.¹

Es natural que el patriotismo del griego y la animadversión del cismático contrarie algunas veces el deseo de imparcialidad que se nota en las páginas de su narración, y que como consecuencia de ello, y de algunos hechos reprobables de los nuestros, no emplee los colores mejores de su paleta para pintarlos, ni prodigue los elogios para ensalzarlos. Muy al contrario, numerosos son los pasajes en que, acudiendo á los ya citados y conocidos de Gregoras, de Paquimeres y de Teódulo el Retórico y á las tradiciones populares, ya que no de cosecha propia, acumula contra los Catalanes tales acusaciones y dictorios, que no consintiera oírlos con calma la poco sufrida susceptibilidad del patriotismo y el justo pundonor del orgullo nacional. Más á pesar de ello, nótase un progreso

¹ Cap. VII, p. 183.

de justicia y de serena rectitud sobre los demás escritores griegos, al observar el empeño con que traduce y parafrasea á Muntaner, no del catalán directamente, sino de la poco escrupulosa versión francesa de Buchon, y la facilidad con que dá oídos al ingenuo cronista de nuestras glorias y al elegante Moncada. Los candorosos monólogos y diálogos de aquel, y las declamatorias arengas del segundo pasan íntegras á sus páginas, al par de los atildados discursos que Pachimeres pone en boca de Andrónico, si con aliño de la narración y del estilo, con grave ofensa de la moderna crítica histórica, que ha arrumbado por inútiles y no dá ningun crédito á los enfáticos y académicos recursos de un clasicismo trasnochado y de mala ley. Cuanto del juicio de Stamatiades acerca de nuestros paisanos pudiera decir en este lugar ha sido hasta la saciedad repetido en el decurso de este trabajo, y cosa de mal gusto sería, á más de enojosa y vana, fatigar vuestra paciencia, con ditirambos de indignación vaciados todos en un mismo molde. Baste recordar el pasaje que en otra ocasión he transcrito, al hablar de las tradiciones que de nuestra dominación se conservan en algunos puntos de Grecia.¹

En una palabra, y para concluir. La obra de Stamatiades, muy apreciada en la época en que se publicó, con cualidades de estilo que la avaloran, de narración pintoresca y animada, imparcial en muchos puntos, hasta el punto de dar entero crédito á Muntaner cuando escasean ó faltan por completo las demás fuentes, superior en riqueza de datos al bello trabajo de Moncada, y sumamente interesante bajo todos conceptos para nosotros los Ca-

¹ Núm. I, págs. 13 y 14.

talanes, por ser la única historia de nuestra expedición escrita por los griegos, ha perdido hoy día su importancia científica, gracias á las laboriosas y fructíferas investigaciones del meritísimo Hopf, que consagrandó su vida entera á la historia de la Grecia medio-eval, puede con razón vanagloriarse de haberla reconstruido por completo. Tengo motivos para creer, que á haber escrito Stamatia des su obra después de la del docto alemán, se hallaría á la altura de los modernos adelantos históricos, pues lo estaba, sin duda, en la época en que la publicó. Con tributar en este lugar un elogio merecido á su laboriosidad y al fruto de ella, no hago más que cumplir con un deber de justicia y reconocimiento.

Tras de la curiosa monografía del canceller Stamatia des, debo hacer de nuevo hincapié en un nombre ya conocido de los que me escuchais, y en más de una ocasión citado en el decurso de este trabajo: en el del célebre y erudito escritor, C. N. Sathas. Porque no es únicamente el texto de la Crónica de Galaxidi el que ofrece interés para los sucesos de los Catalanes en Grecia. Tiénele también y muy grande, por las apreciaciones que la acompañan y hasta por lo peregrino de muchas de sus noticias, la rápida reseña que hace Sathas de los principales acontecimientos históricos de la antigua Anfisa, la moderna Salona, gobernada por una dinastía de la casa de Aragón. Ella nos pone de manifiesto otro juicio, y no de los menos apasionados, de un escritor contemporáneo, que á pesar de vivir en época muy lejana de los hechos sobre los cuales discurre, se expresa acerca de ellos con vehemencia y calor extraordinarios. Participa Sathas de todas las inexactitudes y de toda la malquerencia de Gregoras, á quien sigue en su disertación, y como consecuencia natu-

ral, carga la mano por excesivo modo al hablar de los Catalanes, de quienes, cual todos, dice que cayeron como arpías sobre las ciudades, robando las haciendas de los desgraciados cristianos, deshonrando doncellas y casadas, atormentando inhumanamente á los habitantes para descubrir sus ocultos tesoros, cautivando y atropellando á los ancianos y sacerdotes, y cometiendo, en una palabra, todo linaje de atrocidades.¹ Y como si con todo esto no tuviera bastante, copia la carta tantas veces citada de Teódulo Magister, y le añade el siguiente comentario, lleno de orgullo griego y de saña cismática contra el Occidente y contra el Catolicismo, inexplicable en la época actual en que las naciones parece como que ponen especial empeño en olvidar los funestos recuerdos que pudieran separarlas. Sólo la reciente resurrección del pueblo heleno, que ha dado expansión á sentimientos durante tanto tiempo encerrados violentamente en el fondo de pechos esclavizados, puede darnos la clave de esa recrudescencia de injusticia, de odio y de ingratitud, en que superan los griegos regenerados por la Europa á los antiguos bizantinos. “Teódulo Magister, dice Sathas, describe con vivos colores las crueldades cometidas por los cristianos españoles, que figurarán en el martiroológico helénico (sic), como más inhumanas que las de los godos y de los hunos, para perpétua vergüenza del Catolicismo, quien cuantas veces pudo poner su planta en la clásica tierra de la *cismática* Grecia, cometió iniquidades que harían ruborizar á un vándalo ó á un turco.”²

Bien quisiera en este lugar poner de relieve cuanto

¹ Χρονικόν Γαλαξειδίου, p. 70.

² Ibid. p. 70.

puede anublar el espíritu de secta la inteligencia perspicua y serena de un sabio esclarecido, y cuanto de ingratitud, y de inexactitudes y de académica indignación se encierran en tan breves líneas. Mas, deseoso de no interrumpir la exposición del poco favorable juicio de los griegos de nuestros días sobre los Catalanes de otros tiempos, más inmotivado que el de los Bizantinos, víctimas al fin de los mismos hechos que condenaban, y de menor alcance y trascendencia cuanto más vehemente y exagerado, dejaré para más adelante la realización de aquel justo propósito, y en breves palabras condensaré en este lugar las frases que nuestra gloriosa conquista sugiere á Lambros en su erudito prólogo al drama *El último conde de Salona*, de que he hablado anteriormente, inspirado también por un filhelenismo de bandería mal entendido, que nunca será simpático á la Europa cristiana, que ha mirado siempre con interés vivo y profundo la suerte de sus hermanos de religión en el Oriente.

A Lambros se le escapa la mayor injuria que á la faz de un pueblo civilizado puede lanzarse, cuando dice en la obra citada que tan abominables y atroces fueron las venganzas que los Catalanes ejercieron en los desgraciados Griegos, que ellas y el nombre de catalán quedarán para siempre en boca del pueblo heleno como expresión de insulto y de menosprecio. ¹ Al lado de tal pasaje produce cómico efecto otro en que, llevado de su peculiar espíritu de exageración, pinta á nuestros paisanos como más salvajes que las fieras que rugen en las sombrías

¹ ... ὥστε καὶ τὸ ὄνομα αὐτό Καταλάνος νὰ μείνῃ διὰ τῶν αἰώνων εἰς τὸ στόμα τοῦ Ἑλληνικοῦ λαοῦ πρὸς δὴλωσιν περιφρονήσεως καὶ ὑβρεως. — *Εἰσαγωγή* ὁ introducción al drama *El último Conde de Salona*, p. 12.

noches en los montes de Aragón; ¹ deslíz torpe y cándido que proclama á voz en grito lo mucho de retórico y de arbitrario que hay en esa infundada opinión de los modernos escritores helenos acerca de nuestros valerosos antepasados.

Por último, la siguiente incomprensible página que arrancada del prólogo voy á transcribir, página que hará más fácil la defensa de nuestros paisanos, y con ellos la de la raza latina en general, manifestará lo distante que se halla la Grecia moderna de ser la avanzada de la civilización mediterránea contra los esclavos y mahometanos, y su negra ingratitude á los sacrificios que ha hecho la Europa cristiana, no la diplomática egoísta é indiferente de nuestros días, por su regeneración é independencia. Bien poco glorioso es por cierto el motivo que inflama el exaltado patriotismo de nuestro distinguido consocio Lambros. Recordareis que ya en otro lugar os he indicado, siguiendo el testimonio de la Crónica de Galaxidi y de Chalcocondylas, cuando en aquella y en éste he tenido que ocuparme, ó al exponeros el argumento del drama de aquel sobre la caída de Salona, la manera como se llevó á cabo la expulsión de los Catalanes de este último baluarte de su dominación, gracias á la venganza del déspota griego Serafeim, que, nuevo conde D. Julián, llamó á los Turcos ofreciéndoles poner en sus manos aquella ciudad. Como es natural, el sabio historiador Hopf, al tratar de este hecho y del análogo llamamiento hecho por Sabbas, obispo de Zeitún, para la expulsión de los Catalanes, lo califica de ignominioso. ² De

¹ ἀγριώτεροι τῶν θηρίων ἄτινα μυκῶνται τὰς ζοφερὰς νύκτας ἐπὶ τῶν Ἀραγωνίων βουνῶν. cts. Op. cit. p. 24.

² Prólogo, p. 27.

muy distinto modo lo considera, por el contrario, el escritor griego. "Estos ejemplos tantas veces repetidos, dice, nos mueven á venerar la fidelidad á la patria constante en los sufrimientos y peligros, antes que á llamar ignominiosa acción la que tiene causas más profundas y motivos más nobles. Y cuando dirigimos la vista á los últimos días de Constantinopla, la reina de las ciudades para los griegos de la Edad-media, y oímos allí á Notaras exclamar en el último extremo: "es preferible ver alzarse en medio de la ciudad el turbante de los turcos que la gorra de los latinos,, juzgamos que no era vana jactancia en la fé de los padres, sinó dulce consuelo de los sufrimientos que por doquiera aquejaban al helenismo, con el cual se enlazaba el más dulce de los sentimientos que alientan pechos humanos, la idea de la nacionalidad y de la patria.,"¹

¡Cómo han olvidado Sathas y Lambros, y con ellos cuantos resucitan anacrónicas ideas, que si su patria es algo, si ocupa un lugar en el seno de las naciones europeas, lo debe todo á la Europa católica á quien tanto ultrajan! ¡Cómo no recuerdan que ella fué la que abatió para siempre el poder de la media luna en las aguas de Lepanto, y la que tendió á Grecia su mano amiga en el combate naval de Navarino! Achaque peculiar del pueblo griego ha sido mostrarse siempre desagradecido con sus bienhechores. El que lo fué con los propios, el que hizo beber la cicuta ó condenó al ostracismo á sus hombres más distinguidos, ¿cómo admirarnos que niegue los favores recibidos de extranjeras manos?

Esa *tierra clásica*, como la llama Sathas, sobre la cual

¹ Ibid., p. 29.

no puede ponerse la mano, cual si con ello se cometiera un irreparable sacrilegio; que se crée con el privilegio y el derecho de exigir á las cortes de Europa su independencia, ó la dilatación de sus fronteras; que ve únicamente en el helenismo la salvación del viejo continente, la panacea universal de todos los males, sucumbió á los golpes de la barbarie turca, precisamente porque fué cismática y se apartó del concierto general de los pueblos europeos en la Edad media, y malogró todas sus grandes empresas, y fué rémora eterna á todas sus aspiraciones y legítimos ideales, mientras España, que tuvo que luchar con sus solas fuerzas contra el poder de los árabes, se salvó á sí misma y con ella á la civilización, sin mendigar auxilios extranjeros, y prodigando los suyos, cuando hubo redondeado su nacionalidad, al Oriente, porque fué católica, apostólica, romana, con espíritu fervoroso y puro, con verdadero entusiasmo religioso. Grecia, madre de nuestra civilización, destinada á ser la avanzada de Europa en el extremo Oriente, y á ejercer tal vez en él la misma salvadora misión que España, su centinela occidental, en los apartados confines de un nuevo mundo, fué siempre un campeón aislado, egoísta y envidioso, que consumió en estériles luchas intestinas, en insignificantes é inútiles cuestiones teológicas y filosóficas, el tiempo que debía emplear en la conservación de su existencia, en la propagación del Cristianismo, en abrir nuevos horizontes á la civilización, ó en la extensión de sus fronteras. Espectáculo magnífico el que hubiera ofrecido aquella nación á no apartarse de la unidad católica y latina: evitadas las disputas religiosas, y las más temibles herejías allí nacidas, cáncer de la Europa occidental, ahogadas en germen; los cruzados victoriosos y el estandarte de Jesu-

cristo triunfante para siempre el en Asia Menor; Constantinopla libre de la dominación turca, madre de las ciudades del Oriente y emporio de su civilización; la Grecia entera, poderoso baluarte de las razas latina y germánica contra el panslavismo; el imperio griego floreciente en las atrasadas naciones mulsumanas; católico al par de él el poderoso imperio ruso; con la luz del Evangelio alumbrada gran parte del Asia... todo esto y mucho más hubiera sido posible, á no haber en mal hora Grecia abrazado el cisma, que ha abierto entre ella y el Occidente barrera pavorosa é infranqueable.

Poco le debe, pues, la Europa católica. En cambio, ¡cuánto ha hecho ésta para volver á su seno á aquella hija ingrata y extraviada! ¡Cuánto para salvarla de manos de sus enemigos! ¹ Muchísimas son las ocasiones en que en su clásico suelo puso su planta el Cristianismo latino, sin otro objeto que el de defender su integridad de las invasiones de los Turcos. Latinos fueron los más denodados campeones de Constantinopla en su último y aciago sitio, que en su defensa tomaron las armas que no sabían empuñar los degenerados Griegos. Latinos eran los Catalanes que alejaron de las playas del mar de Mármara á los Turcos y los acorralaron más allá de los límites de la Armenia; Latinos los Italianos y Francos, que retardaron algunos años la caída del Peloponeso, y los que se mantuvieron en las islas del Archipiélago mucho tiempo después de la total ruína del imperio griego; Latinos los que contuvieron con el gran movimiento religioso político de las cruzadas el empuje de la invasión musulmana,

¹ Nuestro buen amigo el fecundo escritor griego Demetrio Bikelas, pretende demostrar lo contrario en su por otra parte muy apreciable estudio histórico: *Περὶ Βυζαντινῶν*. Londres. 1874.

y los que para siempre abatieron su grandeza en las aguas de Lepanto.

Cosa que parece imposible es la de que aún recientes las lágrimas y la sangre derramadas por la salvaje barbarie turca, tengan los griegos la avilantez de comparar sus temibles efectos con los de la venganza catalana, ó con los de otras invasiones de pueblos europeos, y de repetir en pleno siglo XIX, como en la Edad media, el sacrilego grito de que prefieren el turbante de Mahomet á la tiara pontificia. No merecen que se les eche en rostro, si es que por desgracia hubieran de volver para ellos tiempos tan aciagos como los pasados, otro apóstrofe que el que Ducas, de su propia nación, les dirige en su historia al referir la horrible catástrofe de Constantinopla y el saqueo de Santa Sofía. "Miserables Romanos, ahora que la cólera divina cae sobre vosotros, entraís como en un asilo en esa iglesia (se refiere á la de Sta. Sofía); en esa iglesia que considerábais apénas hace dos días como morada de herejes, y donde no quisisteis penetrar para no mancharos con la comunión de los que en la unión habían consentido. Mas tan temibles efectos de la cólera que os persigue, no son capaces de conmover vuestra dureza ni de llevaros á la paz. Pues si en medio de tantas desgracias como os rodean, un ángel descendiera del cielo, y os dijera: Consentís en la unión de la Iglesia, y yo exterminaré vuestros enemigos, despreciaríais sus ofertas ó no las aceptaríais de buena fé. Los que decían, ha pocos días, que sería preferible caer en manos de los Turcos que en las de los Latinos, saben bien cuán verdad es lo que digo." ¹

¹ *Histoire des empereurs Jean, Manuel, Jean et Constantin Paleologues écrite par Ducas.*—Traducción francesa de Mr. Cousin. París 1685. Tomo VIII, cap. 39, pág. 390.

Sirva también de contestación á comparación tan injusta como apasionada, el recuerdo de la sangrienta guerra de la independencía helénica, que han de tener Sathas y Lambros muy presente, por las historias de su nación ó por las relaciones de compatriotas suyos testigos oculares de tales horrores. Pasaré, pues, por alto los horribles degüellos de Chios ¹ de Casandra, de Constantinopla, y daré por concluida con estas ligeras indicaciones lo mucho que acerca de este punto pudiera decir.

¹ «En 30 de Mayo de 1831 se calculaba la población de Chios en 113,000 almas. Sólo lo 1800 le quedaban en el siguiente Agosto. En este espacio de tiempo, 23,000 habitantes habían sido degollados; 47,000 reducidos á la esclavitud ó desterrados, según cuentan los mismos libros de la Aduana turca. El resto debió á la fuga su salvación.» (Tricoupi: *Histoire de la revolution grecque*. Tom. II, cap. XXX).

CONCLUSIÓN.

Empresa y tarea fácil la de quien se propusiera vindicar de tan terribles cargos como los que acumulados en breve espacio acabo de presentar ante vuestra vista, á los heróicos expedicionarios catalanes y aragoneses, que tan indelebles huellas dejaron de su paso en las apartadas regiones orientales. No es nuevo en los anales de los pueblos, antes achaque común, atribuir á los opresores y conquistadores toda suerte de malas pasiones, de crímenes y de actos deshonorosos. y retratarlos poco menos que como bárbaros ó maléficos genios de destrucción. Y no es su testimonio, aunque muy digno de tenerse en cuenta y de recordarse para con entera imparcialidad escribir la historia de sucesos de índole parecida, el único autorizado, ni el de más valor ante la crítica que de imparcial y severa aspire á merecer los gloriosos timbres.

Mas, ocúrreseme preguntar, ¿por qué con los Catalanes con tan rigor se ha cebado el patriótico enojo de la gente griega, arrojando sobre su nombre ultraje tras ultraje, ofensa sobre ofensa, maldiciones, desprecios y calumnias? ¿Por ventura los godos mandados por Alarico con sus horribles devastaciones del suelo heleno hasta

que fueron rechazados por los ejércitos imperiales, el ferroz Atila dejando yermas la Tracia y la Macedonia, é imponiendo deshonrosa paz á la ciudad de Constantino; los Persas enemigos constantes de Bizancio; los Arabes, sus sucesores, con sus terribles y rápidas acometidas haciendo temblar en tantas ocasiones la sede misma del Imperio, los mismos pueblos eslavos y todos cuantos procedentes del Norte ó del Oriente durante seis largos siglos amenazaron y conmovieron los frágiles cimientos de la decadente nacion griega, no hicieron sentir sobre ella todo el peso de sus sangrientas victorias? Y viniendo á tiempos más recientes y á pueblos de mayor cultura, ¿fueron acaso más comedidos en sus conquistas los caballeros y piadosos cruzados francos, por espacio de más de medio siglo dominadores del Oriente heleno? Día nefasto para las artes fué el de la toma de la imperial Bizancio por los soldados latinos, en el que desaparecieron multitud de obras maestras y de sagrados recuerdos con veneración religiosa conservados. “Ardieron más casas entónces en Constantinopla, dice Villehardouin, que cuantas contienen tres de las mejores ciudades de Francia.” Las tumbas de los emperadores, el altar de la Virgen de la famosa iglesia de Sta. Sofía, el velo del santuario, robados, profanados ó destruidos, escenas lúgubres de incendios, asesinatos y pillaje, todos los horrores de la guerra en una palabra, cayeron después del victorioso asalto sobre la desgraciada ciudad; y tanta fué la rapacidad é implacable crueldad de los cruzados, que el papa Inocencio III tuvo que expresar su indignación en tres cartas que de ella son justísimo eco.¹ Y sin embargo los

¹ Quien trate de apreciar el valor y la cantidad del botín y de los despojos religiosos

Franco no trataban de vengar la muerte alevosa de sus caudillos, ni la violación de las leyes más sagradas del derecho de gentes, sinó el asesinato de un emperador extranjero, por ellos en mal hora impuesto al pueblo bizantino.

Forzoso es buscar otras causas que el odio que pudieran inspirar atropellos más ó menos injustos, pero no nuevos en los anales de la guerra, para explicarnos la enemiga de los griegos. Parte, y no menos importantísima tuvieron en que ésta fuese tan profunda como duradera, por un lado, como varias veces he dicho, su espíritu cismático arraigado con verdadero fanatismo por clérigos y emperadores; por otro la humillación que á un pueblo, justamente orgulloso con su ilustre abolengo, causaban, al compararlos con sus desastres, los triunfos continuados de huestes poco numerosas, y divididas y consideradas como bárbaras por su lengua, por su raza y hasta por su rudo aspecto; y en suma, la separación constante que una dominación militar, sostenida por la violencia de las armas, y las costumbres ásperas y groseras de gentes aguerridas, mal halladas con las de naciones afeminadas y cultas, introdujeron entre unas y otras, á diferencia de lo que sucedió con los Francos y con los Italianos, cuya dominación fué más tranquila, más estable, más duradera, más arraigada por los lazos del comercio, por lo que al par que se asimiló en mayor grado el carácter y la manera de ser de los indígenas, dejó en ellos sentir también más hondamente su influencia mercantil y caballeresca.

Es necesario así mismo hallar motivo más racional que

que de Constantinopla sacaron los francos, debe leer la eruditísima obra de mi docto amigo el Conde de Riant, de donde he tomado estos escasos datos: *«Des dépouilles religieuses enlevées d Constantinople au XIII siècle par les Latins, etc.»*—Paris 1875.

el del salvaje y sanguinario espíritu de que los Griegos les suponen constantemente animados, para comprender venganza tan desusada y extraordinaria. Pruébalo con fuerza irrecusable la misma palabra venganza, con que por antonomasia se apellidan comunmente las demasías de nuestros paisanos, la cual supone hechos que dieran lugar á ella; pruébalo asimismo el que antes y después de dicha venganza, cuando no existían ó habían desaparecido ya los móviles que la encendieron, los Catalanes hicieron sentir, es verdad, los funestos efectos que ocasionan siempre el ocio y la arrogancia de gente aventurera é indisciplinada, y la invasión de todo pueblo extranjero, pero nunca fueron tales males más extraordinarios que los que acompañar suelen desgraciadamente á todo linaje de guerra de conquista. Por eso los Catalanes de Galípoli y de Rodosto no parece ser los mismos con tanto júbilo admitidos en Constantinopla por el emperador Andrónico, ni los poseedores más ó menos pacíficos del ducado de Atenas por espacio de más de setenta años, de quienes dice Muntaner, "que ordenaren llur vida en tal manera, que si sabiament ho volen tenir, per tostemps, ells é els llurs hi haurán honor.",¹ Por eso también los Francos saqueadores desapiadados del Partenón y de Sta. Sofía, las dos maravillas de la antigüedad y de la edad-media helénicas, no son los mismos caballerescos señores de Atenas y de Tebas bajo el gobierno de los de la Roche, los constructores de palacios tan magníficos como el de Saint-Omer, los aficionados á justas y torneos y á literarios pasatiempos.

Tal diferencia observada en la conducta de dos pueblos de igual raza y religión, ambos acusados de haber llevado

¹ Crónica, cap. 240.

demasiado lejos los funestos efectos de su cólera, indica bien á las claras que en otro móvil, que en el de una pura complacencia en las ruínas y en los horrores de la guerra, ha de buscarse el que tuvieron para castigar con tanta rudeza á los degenerados griegos.

Pocos ejércitos habrá habido que, como la Compañía de Catalanes y Aragoneses, se encontrara en peores condiciones, y con más obstáculos que vencer, y más enemigos que aniquilar, una vez rotas las paces con el emperador de Bizancio. Léjos de su país, sin medios para volver á él, y al igual de los soldados de Hernan Cortés, quemadas las naves para que no les quedara otra esperanza de salvación que la victoria; abandonados de los reyes de Sicilia y de Aragón, que nunca consideraron, cual los Venecianos, los Genoveses ó los Pisanos, las ventajas que de su dominación en Oriente podrían reportar sus respectivas naciones; rodeados de enemigos griegos, alanos, francos é italianos, y por todos ellos mirados con malos ojos y envidia manifiesta; en peligro constante de verse exterminados por cualquiera de estos pueblos al primer asomo de descuido que tuvieran, como lo prueban el asalto de Galipoli y la prisión traidora de Berenguer de Entenza por los Genoveses, celosos de nuestro poderío de los mares, y la del infante D. Fernando en Negroponte por los Venecianos y su cautiverio en poder del duque de Atenas, los asesinatos de Catalanes y Aragoneses por los Griegos en diferentes partes del imperio; ¿qué extraño pues que, viendo por do quiera peligros, ódios y matanzas, se excedieran en sus rigores, y en inhospitalaria tierra no se consideraran seguros sino exterminando á los mismos de quienes recelaban? ¿Qué mucho que tal hicieran si á este temor se añadía la indignación que en sus pechos despertaban, por

una parte una nación cismática y corrompida, por otra la ingratitud con que ésta correspondía á su auxilio valioso, y las traiciones con que pagaba su lealtad y sus servicios?

Nadie que de veras conozca la historia de la expedición catalana y la série de ultrajes que á nuestras huestes infirieron los Bizantinos, las acusará de poco sufridas, ni dejará de considerar su venganza, si bárbara y sobrado duradera, repetida y temerariamente provocada.

Ya los primeros y señalados triunfos de los nuestros despertaron tal envidia en el joven emperador Miguel y en muchos de los aúlicos y cortesanos griegos, que de ella no podía esperarse para lo porvenir más que encarnizados odios y males infinitos. No podía sufrir el orgullo del joven príncipe, ni en general el de los Bizantinos, que lo que ellos con ejército poderosísimo y buenas armas no habían podido alcanzar, lo lograsen los Catalanes con ser tan pocos en número y nada conocedores de los países que recorrían. Bien hace, pues, en exclamar Muntaner conociendo el carácter de aquella nación, al explicar el estado de postración á que había venido. "E aço esdevé per dos pecats senyalats qui en ells regna; ço es la hu, que son les pus orgullosos gents del mon; que no ha gent al mon que ells preen res, sino ells mateixos, é res no valen; é daltra part que han la menys charitat de llur prohisme que gents qui sien al sigle.,¹

Muy luego la falta de puntualidad en las pagas, su total privación, ó la adulteración de la moneda, agriaron el áni-

¹ Cap. 203, p. 387, ed. de Bofarull. El autor del Βιβλίον τῆς κουγκέστας, viene á decir lo mismo que Muntaner, cuando exclama:

Ἡμᾶς τοὺς Φράγκους μέμφονται, λέγουν, κατηγοροῦν μας.
Σκύλλους μᾶς ὀνομάζουσι, καὶ αὐτοὶ τοὺς ἐπαινοῦνται.

«Nos acusan á nosotros, Francos, y hablan mal de nosotros; nos llaman perros, mientras ellos se alaban á sí mismos.» Ed. de Buchón de 1845. T. II, p. 30, Vers. 760 y 761.



mo de gente codiciosa y de suyo poco sufrida, y como militar, dada fácilmente á la licencia y al pillaje. “Qué ejército se ha visto, dice con razón Moncada en un pasaje de su historia, ¹ que diese ejemplo de moderación y de templanza, y más el que alcanza muy tarde sus pagas?,” Añadióse á ello la mala fé griega, que se hizo en la edad-media proverbial, como en la antigüedad la púnica, y cuyos efectos sintieron todos los pueblos que, aliados ó vencedores, pisaron el Oriente, y más que ninguno los Catalanes, que como aventureros mercenarios fueron tratados con tanto rigor como menosprecio. “Escuchad todos, Francos y Griegos, los que creéis en Cristo y habeis sido santificados por el bautismo, escuchad una cosa que muestra la villanía de los Romanos, ² la mala fé que tienen, exclama el anónimo autor del *Libro de la Conquista ó Crónica de Morea*, al referir el cobarde destronamiento del desgraciado emperador Alejo, y la proclamación de Mourtzoufflos. ¿Quién en adelante en ellos tendrá confianza, y creará sus juramentos, si á su Dios no veneran y á su soberano no aman, si no quieren al prójimo más que para engañarle?,” ³ Esta mala fé griega fué la que cerró á

¹ Op. cit. cap. XVIII, p. 53.

² Con este nombre se denominaban los Bizantinos, considerándose sucesores del antiguo imperio romano, del que verdaderamente el llamado Bajo Imperio venia á ser una poca gloriosa continuación.

³ Ἀκούσατε οἱ ἅπαντες, Φράγκοι τε καὶ Ῥωμαῖοι,
Ὅσοι πιστεύετε εἰς Χριστὸν, τὸ βάπτισμα φορεῖτε,
Ἐλᾶτε ἰδὼν ἡ ἀκούσατε ὑπόθεσιν μεγάλην,
τὴν κακοσύνην τῶν Ῥωμαίων, τὴν ἀπιστίαν ὅπου ἔχουν.
Ποῖος νὰ θαρρῆσθῃ εἰς αὐτοὺς, ὅρκον νὰ τοὺς πιστεύσῃ,
Ἀφοῦ τὸν Θεὸν οὐ σέβονται, αὐθέντην οὐκ ἀγαποῦσιν;
Ὁ εἰς τὸν ἄλλον οὐκ ἀγαπᾷ, μόνον μὲ πονηρίαν.

Βιβλίον τῆς κοιγιάστας.—Ed. de Buchon de 1843.—T. II. p. 28. vers. 724-730. Más adelante se repite el mismo apóstrofe con idénticas palabras.

Τίς νὰ πιστεύσῃ εἰς Ῥωμαῖον εἰς λόγον τε εἰς ἔργον; cts. Vers. 758.

Roger las puertas de Magnesia, donde tenía sus riquezas y sus tesoros, y la que ocasionó el despojo, la prisión y el asesinato de su guarnición catalana, que confiada vivía dentro de sus muros, cuando aquel caudillo, cansado de triunfos y lleno de laureles, regresaba de su primera gloriosa campaña en Asia. ¹ Ella fué la que le detuvo en la carrera de sus victorias, haciéndole regresar á Europa, bajo pretextos engañosos, y malogrando el fruto de sus militares empresas. ²

Y no obstante nos hallamos en el principio de las desconfianzas y de los recelos; de las traiciones y de los amagos envidiosos; de las intrigas y de los engañosos lazos; nada hacía temer por entonces como inminente el tan terrible como sangriento rompimiento que luégo sobrevino. Roger, megaduque ya, acababa de ser investido con la altísima dignidad de César en premio á sus hazañas; Berenguer de Entenza con el cargo de megaduque; Fernando de Ahonés con el de almirante; honores y mercedes que no hicieron más que irritar el ánimo de Miguel Paleólogo, para ruína de los nuestros, que intentó por todos los medios más eficaces y atropellando divinas y humanas leyes. "Creyeron siempre los Griegos, añade Moncada, ³ que nuestros Catalanes fueran como los Alanos y los Turcoples, que no se les levantaban los pensamientos á más que vivir con una triste y miserable paga; pero cuando vieron proveídos en ellos los oficios de César, megaduque, senescal y almirante, y que tenían bríos para aspirar á los que quedaban, advirtieron su daño, y co-

¹ Pachym. T. II. Lib. V, cap. 26.

² Ibid. T. II, Lib. V, cap. 31.—Muntaner.—Crón. Cap. 208 y 209.

³ Cap. 21, p. 65.

menzaron á sentirse de que las fuerzas y honras del Imperio se pusiesen en manos de extranjeros.,,

Es conocido de todos el modo como se deshizo Miguel de su molesto enemigo el esforzado Roger de Flor. No le valió que fuera su deudo, ni su huésped, ni que confluentemente se entregara en sus propias manos, ni la presencia de la mujer del caudillo, ni la de la suya propia, la emperatriz Augusta, para que dejara de mancillar su mesa y su casa con su sangre, traidoramente vertida por el acero de un rencoroso alano. A la muerte de Roger sigue la de la mayor parte de los Catalanes que descuidados se hallaban en Andrinópolis; solo tres caballeros, cuyos nombres cita Muntaner, escapan de tan lastimosa catástrofe.¹ En Constantinopla, á la nueva del fin desastrado del César, se levanta el pueblo y acomete los cuarteles donde habitaban los Catalanes, y cual si fueran á caza de fieras, los degüellan y matan por la ciudad, sin que ni el patriarca de Constantinopla, si hemos de dar crédito á Pachymeres,² lograra reprimir la indignación de la plebe amotinada. Fernando de Ahonés el almirante, unido á su vez al emperador con vínculos de parentesco, sufre con muchos de los suyos la misma desdichada suerte.³ Al propio tiempo, por orden de Miguel, el grueso del ejército griego carga sobre los Aragoneses y Catalanes, que descuidados se hallaban por los alrededores de Galípoli, ignorantes del fin

¹ Op. cit., cap. 215.

² «Los Catalanes, dice el historiador arriba citado, se defendieron valerosamente; pero nada pudo detener el furor de la multitud, y perecieron por el hierro ó por el fuego. El Patriarca, no habiendo podido hacerse oír entre el estruendo de las armas, por muy feliz se tuvo en emplear sus dulces palabras, no ya para detener la impetuosidad de los sediciosos y para salvar á los Catalanes, sinó para salvarse á sí propio y escapar del peligro.» Op. cit. T. II, Lib. VI, cap. 26.

³ Muntaner.—Cap. 226.

de su jefe, pasando al filo de su espada más de mil hombres, antes de que pudieran darse cuenta de tan súbita é inhumana acometida.¹

Hermoso contraste forma con tan inícuo quebrantamiento de los tratados y con tanto lujo de crueldad y de traición, el caballeroso comportamiento de la Compañía catalana con el emperador Andrónico, declarándole la guerra con toda nobleza, antes de romper con él abiertamente. "Esos aventureros desapiadados, dice al llegar á este punto el historiador inglés Finlay, sabían guardar mejor su propio honor, que el emperador griego el de su imperio."² Oigamos referir á Muntaner este hermoso rasgo, que honra tanto á los de nuestra nación como las más señaladas victorias.

"Veritat es, como lo César fo mort, nos haguem d'acort, que abans que faesem mal al emperador, quel desa-

¹ Ibid.—Cap. 225.

² *A History of Greece from its conquest by the Romans to the present time, by George Finlay.*—Oxford. 1877. T. III, p. 400.—Favorable es por demás y sobre manera encomiástico en el fondo, á pesar de alguna que otra frase cruda, el juicio que hace este escritor extranjero de la Expedición catalana. Por estas circunstancias, y por considerarlo de interés grande para nosotros los Catalanes, voy á transcribirlo traducido en este lugar.

«Una nueva crisis en los destinos del imperio bizantino se presentó de repente con la llegada de un ejército español, compuesto principalmente de Catalanes y Aragoneses; pero esta raza extranjera desapareció luego de la escena. Llegaron y se marcharon cual guiados por el ángel de la destrucción. En valor osado, en severa disciplina y en pericia militar no les excedió ejército alguno griego ó romano. Sus hechos de guerra les dan títulos para colocarles en el rango de una hueste de héroes: sus actos individuales les convirtieron en una legión de demonios. Habían llegado á ser invencibles en todos los campos de batalla. Habían hecho estremecer las lanzas de la caballería francesa en muchas acciones empeñadas, y estaban convencidos de que no había tropas en el mundo capaces de resistir su choque. Guiados por un soberano como Leon III ó Basilio II, podían haber conquistado á los turcos Seldjukidas, ahogado el poder otomano en su cuna, y llevado el águila de doble cabeza de Bizancio victoriosa hasta el pié del monte Tauro, y hasta las orillas del Danubio. Pero Andrónico ni pudo valerse de su valor, ni asegurar su obediencia. Sus miserables y desapiadadas intrigas excitaron sus sentimientos hostiles, y tras de haber hecho temblar por un momento todas las tribus Seldjukidas, se volvieron contra el imperio griego, en el que continuaron sus estragos de rapacidad y de crueldad, que la historia no alcanza á retratar. Dejaron el imperio postrado en el polvo, desangrándose por heridas de que no curó jamás.» Op. cit. T. III, p. 388.

fiasem, é reptasem de fe, é daçó que feyt habia á nos; é aquest reptament é puix lo desafiament se faes en Constantinoble, en presencia del comú de Venecia, é tot ab cartes publiques... E davant los devants dits de los comuns desafiaren lemprador, e puix lo reptaren de fé, es preferiren, que deu per deu é C. per C. que eren aparellats de provar, que malament e falsa havia feyt matar lo cessar e les altres gents qui ab ells eren anats, é havian correguda la companya sens desafiar; e així quen valía menys sa fe, e que daquí avant ques desexien dell. E daçó llevaren cartes publiques, partides per A. B. C. que sen portaren, e atre tal dexaren en faeltat als devan dits de les comunes.,¹

Para mayor oprobio suyo, los griegos respondieron á tan noble desafio pisoteando todo humano derecho, con el descuartizamiento de los mismos mensajeros enviados al emperador en número de veinte y siete personas, por la escolta, que á instancias suyas, debía acompañarles salvos hasta Galípoli.² Tras hechos tan atroces, no tratamos de ocultar, ¿ni para qué? si el mismo Muntaner lo confiesa³ y las tradiciones del pueblo heleno, que os he dado á conocer, lo proclaman á voz en grito, que se tomó por nuestras huestes de tan repetidos y horribles agravios la más sangrienta venganza que jamás se haya co-

¹ Op. cit. cap. 216.

² Ibid. cap. 217.

³ Ibid. cap. 217. «E podets entendre qual crueltat fo aquesta que feu l' emperador á aquets qui eren missatgers. E vejaus lo cor, que avans oirets, que daçó fo feta tant gran venjança per la companya, ab la ajuda de Deus, «que james tant gran venjança no fo feyta.» Y luego más adelante (cap. 222) no calla tampoco que fueron sobrado crueles los nuestros al entrar á saqueo y degüello en Rodosto, lugar donde los mensajeros habían sido muertos, descuartizados y colocados luego en cuartos en las carnicerías, haciendo con todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y niños, lo propio que ellos habían hecho con los catalanes. «E fo per cert gran crueltat, mas empero esta venjança ne faeren.»

nocido, y que por antonomasia se ha llamado catalana; pero si excusable pudiera haber alguna, lo sería ciertamente la de los nuestros, sin caudillos é indisciplinados, sumidos en la desesperación y resueltos á morir antes que á perdonar tan bochornosos ultrajes. Considerados, pues, con imparcialidad y conocidos los móviles que dieron lugar á dicha venganza, bien que ella merezca la reprobación legítima de todo pecho cristiano, noble y generoso, no puede menos de reconocerse que sobrado injustos han sido los historiadores bizantinos y los modernos escritores helenos al guardar silencio sobre los crímenes cometidos por sus compatriotas, y al descargar únicamente todo el peso de su indignación sobre la valerosa Compañía catalana.

No he tenido otro objeto que el de hacer ver esta notoria injusticia, al reunir en haz en este lugar los cargos de acusación que pueden dirigirse al imperio de Bizancio y á los narradores de sus hechos en aquella época lamentable. No ha sido otra mi intención que la de borrar el mal efecto que en el ánimo de los que me escuchan pudiera causar una serie interminable de denuestos y de injurias, siquiera á veces á vueltas de honrosísimos elogios. Sólo un deber de patriotismo me ha impulsado á ello; no, repito otra vez, el mezquino é inconveniente propósito de herir en lo más mínimo la dignidad de una nación cual la griega, de abolengo gloriosísimo y merecedora de consideración respetuosa.

Con serena é imparcial mirada, cual conviene á hechos pasados, ha de pronunciar en su día su fallo la historia, al pesar en su severa balanza las hazañas de los nuestros y sus faltas, las de nuestros enemigos y sus acusaciones. Hoy más fácil que nunca es esta empresa,

pues el ancho espíritu de la moderna crítica ha borrado las fronteras y las nacionalidades, y admite á todas sin distinción ante su tribunal, á todas accesible.

Dejen, pues, los modernos escritores griegos de considerarnos como á sus irreconciliables enemigos suyos, cuando á Dios gracias, ha desaparecido ya para siempre el abismo que entre unos y otros estableció honda y lamentable separación. Echen en olvido injurias y hechos de que ni unos ni otros somos hoy día responsables, y acuérdense únicamente de los beneficios que de nosotros han recibido, y hagamos nosotros para con ellos otro tanto para sellar más y más la unión civilizadora, que ha de borrar todas las antiguas prevenciones y antipatías. Abran las páginas de Pachymeres, de Gregoras, de Juan Cantacuzeno, de Phrantzés y de Chalcocondylas no ya para mover su ánimo con la lectura de horrores, que por fortuna no son hoy día posibles, sinó para conocer los servicios que los Catalanes prestaron en muchas ocasiones, como decididos auxiliares y defensores suyos al imperio bizantino; entónces verán que salvaron á Andrónico de la amenazadora irrupción de los Turcos, y que fueron más tarde los soldados más fieles y valientes de Cantacuzeno, en los últimos días de su reinado; ¹ sabrán también entónces que en 1350 las escuadras catalanas de Pedro IV de Aragón se unieron á la flota griega para destruir el dominio genovés en Oriente; ² que 300 soldados catalanes se alistaron en la guardia de aquel emperador y le libraron de grandísimos peligros con que le amagaban sus enemigos; ³ que el último monarca de Bizancio,

¹ Cantac. op. cit. cap. 39 y 40.

² Ibid. cap. 28, 29, 30, 31 y 32.

³ Ibid. cap. 30.

Constantino XII, entró en su capital en galeras catalanas; ¹ que á Pedro Julián y á sus soldados catalanes se les encargó la defensa de una de las puertas más amenazadas de la ciudad imperial en su último memorable sitio; ² y finalmente, que nuestro Alfonso V el Magnánimo fué, como dejamos consignado en otro lugar, el único monarca europeo que, después de la caída de Constantinopla, envió al Oriente una expedición, por desgracia, infructuosa, para rescatarle del poder de los turcos. ³

Recuerdos igualmente gratos tiene para nosotros el pueblo griego. Baña nuestras costas el mismo mar que un día oyó hablar en todas sus playas la dulce lengua de Homero; tiene nuestra lengua en muchas palabras de legítima filiación popular, no ya en las de origen científico, raíces indudables de antiguos dialectos griegos; ⁴ fué nuestra patria en época remota fecundísimo ypreciado mercado del comercio helénico, y son aún hoy las ciudades de Rosas y de Ampurias con sus nombres testimonio viviente de aquel espíritu mercantil, que con tanta fuerza debía luego arraigar en nuestro suelo y en nuestra raza; Grecia ha sido teatro de la hazaña más renombrada, más épica y más maravillosa de nuestra historia, y sólo por tal motivo mirarla deben los Catalanes con el mismo interés y amor con que un viejo veterano contempla el campo de las proezas de su aguerrida juventud; llevan

¹ Prant. op. cit.—Lib. III, cap. 1.º «*Die duodecimo Martii ejusdem anni Constantinopolim cum domino nostro recens coronato parvenimus in triremibus Catalaniels..... etc.*

² Ibid. Lib. III, cap. 5-7.

³ Chalc. op. cit. Lib. VIII, p. 178. Ed. de Venecia.

⁴ Véase el erudito trabajo del que fué mi querido maestro, el sapientísimo helenista D. Antonio Bergnes de las Casus: *Raíces griegas y germánicas en la lengua catalana*, publicado en las *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*.—Tom. II.—Barcelona 1868.

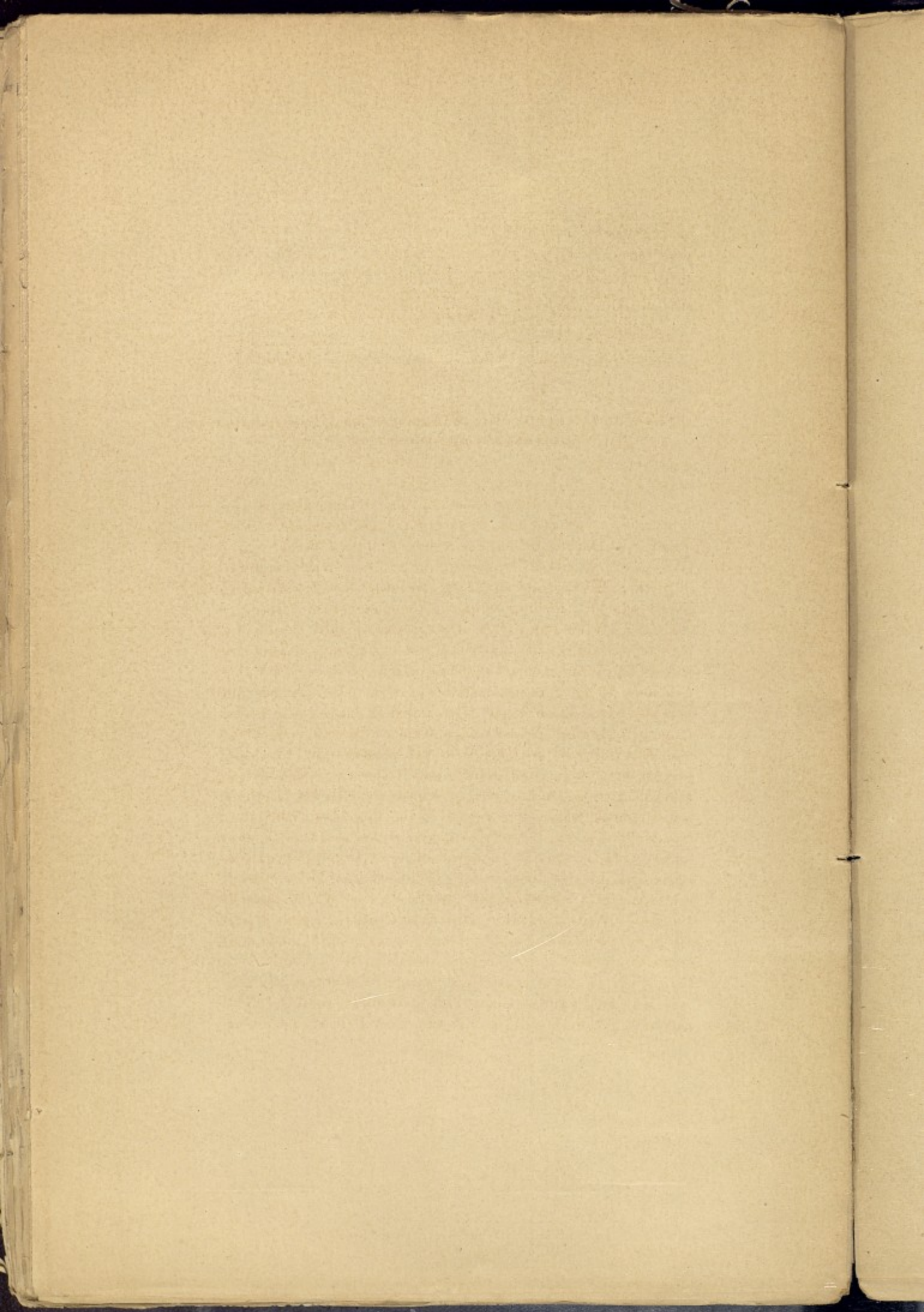
con orgullo aún en comarcas inmortalizadas por clásicos recuerdos, el nombre de nuestro pueblo, ilustres descendientes de aquellos catalanes y almogávares que á su merced señoreaban el Oriente; ¹ saludan con frecuencia los risueños puertos helénicos las infatigables naves catalanas, y flota á menudo en los de nuestras amenas costas el estandarte glorioso de la renaciente Helade; en la corte de uno de nuestros más esclarecidos monarcas, de Alfonso V el Magnánimo, hallaron hospitalario asilo los sabios bizantinos, que, cual los antiguos Troyanos, huyeron de la ruína de su patria á las costas de Italia, llevando como único tesoro, cual aquellos sus venerados Lares y Penates, la antorcha de una civilización brillante que se extinguía, para prender con ella nueva llama de saber en naciones más tranquilas y mejor dispuestas; en ella Lorenzo Valla osa contradecir los dogmas del Estagirita, mientras á los literatos de su época descubría los ocultos tesoros del helenismo; en ella Poggio traduce la Ciropedia por vez primera; en ella da á conocer al verdadero Aristóteles Jorje de Trebizonda; en ella, en fin, al lado de los Filefos y de los Eneas Silvios, enciende su alma con generoso fuego de entusiasmo hácia la clásica antigüedad, el ilustre Fernando de Valencia, y vuelve después á nuestra España á fundar una nueva escuela literaria que conserve y reanude el interrumpido hilo de oro de la gloriosísima tradición helenico-latina.

Dios quiera que también en nuestros tiempos, tan dulces memorias y los lazos de la fraternidad literaria unan de nuevo á dos pueblos, á quienes por desgracia no

¹ Vid. el Apéndice I.

ampara el manto tutelar de una misma fe, y de esta suerte, después de tantos siglos, se reanuden las relaciones entre Grecia y Cataluña, animadas entrambas de un común amor hacia su pasado y hacia su olvidada lengua, en circunstancias más pacíficas, más venturosas y alumbradas por el naciente sol de un porvenir más risueño.

FIN.



APÉNDICE I.

¿Existen en Oriente familias consideradas como descendientes de los expedicionarios catalanes?

No pudiendo explicarme fácilmente que los Catalanes y Aragoneses que formaron la llamada en la Edad-media gran Compañía, y que en su mayoría inmensa se avecindaron para siempre en el suelo griego, hubiesen desaparecido al confundirse con la población indígena, hasta el punto de que no quedara de su origen huella alguna, y ni siquiera un vago recuerdo en su descendencia, escribí varias veces á los distinguidos literatos griegos que me han honrado con su amistad y correspondencia, preguntándoles si entre las muchas familias de origen extranjero, ya franco ó italiano, ya de otras nacionalidades, se contaban algunas que pudieran envanecerse de abolengo catalán, ó cuando ménos como de tal procedencia fueran consideradas por el pueblo, tenaz depositario de esta clase de tradiciones. Aun cuando hace difícil esta investigación el ser generalmente apellidados en Oriente con la común denominación de francos todos los pueblos del Occidente latino, y hasta todos los de Europa, he logrado adquirir algunos, aunque escasos datos, precisos y determinados, que no pueden dar lugar á ninguna duda, en cuanto se refieren claramente á los Catalanes, por servirse siempre de este nombre para designarles, en vez del vago é indeterminado apelativo franco. Ya con fecha de catorce de Abril de 1881, me escribía desde Samos mi ilustre amigo, el canciller Epaminondas Stamatiades, participándome que en Zante (*Ζακύνθος*) existen familias llamadas de *Κατελιάνων* y de *Καττιλλάνων*, que son consideradas como de procedencia catalana; las cuales además, á consecuencia de haber prestado servicios á la República de Venecia, adquirieron títulos de nobleza

y como á nobles se hallan inscritos en el *Libro d' oro della magnifica Communitá di Zante*. De estas familias procede uno de los obispos de Cyteres, conocido con el nombre de Dionisio el Catalán, (año 1609). P. Chiotis publicó una copia de este libro, (Σεράφισ τορικῶν ἀπομνημονευμάτων. Κέρκυρα, 183. τ. III. σ. 959) *copia extracta dal Nob. Sig. Balsamo, cancelliere della magnifica comunità; 1869.*»

Ultimamente, al hacer á fines del año pasado la misma pregunta al erudito Nicolás Politis, gran conocedor de tradiciones populares y de todo lo que á la historia del pueblo se refiere, tuve la suerte de que secundara mis deseos la ilustrada *Sociedad histórica y etnológica de Grecia*. «*Ἱστορικὴ καὶ ἐθνολογικὴ ἐταιρεία τῆς Ἑλλάδος,*» de la cual es secretario dicho Sr. Politis, publicando en el periódico político de Atenas el *Αἰὼν*, con fecha 22 de Diciembre (cronología griega) de 1882, un oficio de la Secretaría de la Sociedad, exhortando á los que pudieran hacerlo á comunicarle noticias y datos sobre si existen en Grecia familias que lleven el nombre de *Catalán*, además de los que se contienen en el *Libro d' oro* de la Comunidad de Zante.¹

Los datos que acerca este particular ha recibido dicha Sociedad hasta ahora, son los siguientes, según me escribe mi amigo Politis con fecha de 18 de Enero del corriente año. Que en Smyrna existe una familia que lleva el nombre de Catalana, cuyo jefe es un tal Juan Catalán, panadero del barrio Fasoula (Φασουλᾶ). Se supone que descende de Manes, en la Laconia.—Otra familia existe en Nisyro, isla del mar Egeo (una de las Sporadas), de la cual algunos individuos viven en Constantinopla. Desconócese su procedencia, pero por los naturales es considerada como extranjera.—En Egio, ciudad de Acaya, vive un tal Jorge Catalán, *palicaras* (bravo, matón) condenado por asesinato. Politis tiene buen cuidado de advertirme que su padre, hombre pacífico, se llamaba también Catalán, de modo que su apellido no lo debe á su crueldad ni á sus fechorías.—En Patrás de Acaya existen muchas familias que llevan aquel nombre, algunas de las cuales descienden de Zante.—En Casamas de Mesenia se conoce otra familia del mismo apellido, que se considera como muy antigua, y es originaria del pueblo de

¹ Ἐπίσης ἂν ὑπάρχουσιν ἐν Ἑλλάδι οἰκογένειαι, φέρουσιν τὸ ὄνομα Καταλάνος, ἐκτός τῆς ἐν τῷ Ἱ. libro de oro τῆς Κοινότητος Ζακύνθου ἐγγεγραμμένης οἰκογενείας τῶν Καταλινῶν.

Mbolario, del demo de Mesa, provincia de Ætylo en la Laconia. Tales son las noticias hasta hoy comunicadas á la Sociedad Etnológica é Histórica de Grecia.

Algunas mayores dificultades presenta el descubrir, al través de los actuales nombres griegos, las raíces más ó ménos corrompidas por leyes eufónicas, de los de aquellos valientes soldados catalanes, de quienes son descendientes sin duda no pocos de los modernos helenos, que han olvidado por completo la lengua, las costumbres, la historia y hasta tal vez el recuerdo de sus ilustres ascendientes. Para que una investigación de esta índole produzca algún resultado, es preciso recoger con paciencia y labor no escasa de la obra de Muntaner, de la de Zurita, y de muchos documentos del archivo de Venecia y de otros que se refieren á sucesos de la Expedición, los nombres que en unas y otros se citan de los más conocidos soldados y capitanes de la Gran Compañía, á fin de establecer una comparación entre ellos y los apellidos griegos que puedan presentar alguna semejanza. Así lo he hecho, ofreciendo al propio tiempo mis servicios, en lo que mis escasas fuerzas lo permitan, á la citada *Sociedad histórica y etnológica de Grecia*, poco antes de terminarse la impresión de esta monografía, lo que me impide dar cuenta á mis lectores del fruto de mis trabajos. De todos modos me complazco en creer que aquella sociedad, que con tan inmerecidas pruebas de aprecio me ha distinguido, no echará en olvido mi humilde recomendación.

APÉNDICE II.

¿Se han conservado sellos ó monedas que recuerden la dominación catalana en Oriente?

No podrá ser satisfactoria la contestación que á esta pregunta pueda darse, pues comenzamos por ignorar completamente si los Catalanes poseedores de los ducados de Atenas y de Neopatria y los Condes de Salona, últimos señores de extirpe aragonesa que mantuvieron enhiesto en Grecia el pendón de las cuatro barras, acuñaron monedas y medallas. Todos los datos que hasta ahora he podido recoger, ponen más bien en duda ó niegan terminantemente la existencia de unas y otras.

Muntaner en el capítulo 225 de su Crónica no dice que la Compañía acuñara moneda durante su permanencia en Galipoli, lo cual se comprende perfectamente, supuesto que no tenían entonces deseos de fijarse de un modo estable en esta ciudad, ni en ninguna comarca griega; pero sí indica que poseía un sello de la hueste, que era de gran tamaño, con la imagen del bienaventurado S. Jorge, y una leyenda concebida en estos términos: «*Sagell de la host dels franchs que regnen lo regne de Macedonia.*»

Rocafort, que aun después de la llegada de Teobaldo de Sipoy, aspiraba al mando absoluto de la Compañía, si no alimentaba miras más ambiciosas, hizo fabricar un sello con un caballero y una corona de oro, como si tratara de coronarse rey de Salónica. Muntaner refiere esta noticia peregrina, que no he visto citada por autor alguno, en el cap. 236, y vuelve á aludir á ella en el 239, donde dice que luego que Rocafort hubo fabricado su sello, dominó la hueste de tal modo, que ésta hacía el mismo caso de Teobaldo de Sipoy que de un sargento: «*que menys hi conexien En Tibaut de Sipoy, que un sarjant.*»

El diligentísimo Hopf en su primera y erudita obra sobre el Oriente Latino, *De Historia ducatus Atheniensis fontibus*,¹ fundado en la poca competente autoridad de Buchon² en materias de numismática, habla muy vagamente de una moneda que parece puede atribuirse á este período, acuñada en Atenas. «Quæ, Athenis cusa et cruce turrique illa S. Martini Turonensis insignis: III. D. BISANTI..... signata est.»

Sin embargo, Mr. G. Schlumberger en su *Numismatique de l'Orient Latin*,³ una de las publicaciones de que con más razón puede envanecerse la distinguida sociedad del mismo nombre que la patrocinó, dice lo siguiente al ocuparse en los duques de Atenas y Neopatria de origen español. «No se posee aún ninguna moneda, ni de los jefes de los Catalanes que remplazaron en Atenas á los megaskyres de raza francesa, ni de sus sucesores los Acciaiuoli de Florencia. Se ignora también si unos y otros hicieron nunca acuñar moneda.» Nada tiene esto de extraño, porque, como observa el mismo autor, los duques de Atenas de raza española residieron constantemente lejos de esta ciudad y se hicieron representar únicamente por gobernadores ó capitanes generales. «Solo recordamos, continúa, las numerosas monedas acuñadas en Sicilia por Federico II, Martín I (1402-1410), Fernando I (1412-1416), Alfonso V (1416-1458), Juan II (1458-1479), reyes de Sicilia y de Aragón, monedas en las que después de los títulos reales de aquellos príncipes, figuran el de *dux Athenarum et Neopatriæ*. Son más bien monedas sicilianas y españolas, que no han sido acuñadas en Atenas ni en Tesalia.»

Del condado de Salona, donde desde 1311 hasta la conquista turca reinó la dinastía aragonesa, no se conserva tampoco, según el citado numismático, ninguna moneda. No deja esto de ser raro, por cuanto el título de condes no fué adoptado por los Stromoncourt, quienes se apellidaban simplemente señores de Salona, sino por sus sucesores de origen español. Mas con todo la afirmación de Schlumberger, que por sí tiene mucho peso, la he visto confirmada en la obra de Pablo Lambros, padre de mi distinguido amigo Espiridión Lambros, á cuya generosidad debo haberla conocido, titula-

¹ Bonnæ. apud. Ed. Weberum, 1852.

² Atlas, p. XXXVIII, n. 12.

³ Paris. E. Leroux. 1878.

da, *Monedas y sellos de plomo inéditos de los soberanos de Grecia en la edad-media*.¹ Sólo se han hallado hasta ahora, según dicho inteligente numismático, que posee la colección más completa de las monedas acuñadas por los dominadores latinos de Grecia, dos pertenecientes á los señores francos de Salona, Tomás II y Tomás III. Espera con todo que con el transcurso del tiempo, haciéndose nuevas investigaciones, podrán descubrirse otras de soberanos hasta ahora desconocidas.

¹ Ανέκδοτα νομίσματα καὶ μολυβδοβολύλλα τῶν κατὰ τοῦς μέσους αἰῶνας δυναστῶν τῆς Ἑλλάδος ὑπὸ Παύλου Λαμπροῦ.—Εν Ἀθῆναις, 1880.

APÉNDICE III.

¿Existen en Grecia monumentos que recuerden la dominación catalana?

Breves han de ser también, como en los anteriores apéndices, las frases que á la pregunta que encabeza el presente dedique, por cuanto, hablando de un modo general y exacto, no subsiste ó no se ha descubierto hasta ahora monumento ó edificio de quien pueda afirmarse con certeza que es un recuerdo viviente de la dominación catalana.

Como no llegó á constituir un estado más ó ménos floreciente, cual lo fué en cierta época el ducado franco de Atenas y de Tebas, y sobre todo esta última histórica ciudad, residencia habitual de los megaskyres, capital caballeresca, centro importante bajo el gobierno de los de la Roche, sede de una corte brillante y rico centro comercial; como además de esto los duques de Atenas, ya de Sicilia ya de Aragón, residieron constantemente, como hace poco indicábamos, léjos de esta ciudad, donde reinó por mucho tiempo la más brutal anarquía militar, y como finalmente su gobierno no fué tan estable cual el de los Francos que formaron en Grecia muchos feudos más ó ménos independientes, pero unidos por los vínculos de religión y de raza, sino contrariado por toda suerte de enemigos, francos, griegos, venecianos, albaneses, navarros, florentinos, etc.; de ahí que los Catalanes no pensasen en edificar, antes llevados de las duras necesidades de la guerra, destruyeran palacios tan suntuosos como el famoso de Saint-Omer de Tebas; ni crearan, como los Francos, numerosas fábricas que atraían de todas partes á los comerciantes italianos, ni levantarán por último templos cristianos, sino que aprovecharán

en todo caso los contruidos por los Griegos ó por sus antecesores los Franceses.

Las ruinas que, según el autor de la *Grece continentale*,¹ se divisan en Hypate² pertenecen á la fortaleza de Angelo Nicéforo, uno de los déspotas del Epiro, y el castillo del que aún hoy día pueden contemplarse los restos cerca de Gardiki, ciudad que perteneció también á los Catalanes, trae su origen, según ha demostrado Ross, del duque Guido II, antecesor de Gualtero I de Brienne, último señor franco de Atenas. La Iglesia dedicada á S. Jorge que subsiste aún en Carditza, y que se cree edificada en esta época de la dominación, lo fué por un príncipe franco, no por ningún señor catalán.³

En el año de 1840 se encontraron muchas armas en las murallas del antiguo castillo de Calcis, las cuales juzgó Buchon que eran de los Catalanes, Francos y Turcoples muertos en la memorable batalla del Cefiso, trasladadas quizás por Bonifacio de Verona á su palacio, y despues de perdida Eubea, escondidas allí mismo por los Venecianos. Así lo indica el citado historiador de la Helade franca en su *Lettre sur les armures du moyen age trouvees á Chalcis en Eubée. Athenes. 1841*. Con todo, el silencio que han guardado después otros eminentes investigadores que se han ocupado en la Grecia de la edad-media, y los distinguidos escritores y eruditos griegos que tan diligentes y pródigos se me han mostrado en comunicarme datos de todo género, dá lugar á fundadas dudas acerca de la autenticidad del origen que á dichas armaduras se atribuye.

De un recuerdo monumental tengo de hablar sin embargo, que es, en concepto de algunos sabios arqueólogos griegos, el único que de nuestra dominación subsiste en Grecia. Dióme noticia de él mi servicial é incansable amigo el Canciller Epaminondas Stamatidas, á quien nunca podré agradecer bastante el interés con que ha mirado cuantos encargos le he hecho sobre esta importante materia, y el celo y la actividad con que los ha desempeñado. A él debo todos los datos que á continuación voy á exponer sobre una pintura mural, que se atribuye á los Catalanes, y á él tambien la exac-

¹ J. A. Buchon. p. 330.

² Hypate ó Neopatras, una de las ciudades sometidas á los Catalanes, y que junto con la de Atenas ha dado nombre al señorío de los mismos en Grecia. Está situada en la Tesalia, y se la llama así para distinguirla de la ciudad de Patras en Morea, dada en feudo á Guillermo Alaman. Los Franceses llamaban comunmente á Neopatras, la Patra.

³ *La Grece continentale*. p. 217.

ta copia que de la misma hizo sacar en Atenas. Según puede verse por el grabado que acompaña á esta sucinta descripción, representa dicha pintura á la Santísima Virgen, á la *Παρθένος*, como la llaman los Griegos, sentada en un trono, con el niño Jesús en la falda. La tradición y la opinión de algunos arqueólogos, que con ella está conforme, la han designado siempre con el nombre de catalana, y aún cuando no considere de mucho peso el fundamento en que se apoyan, voy á exponerlo. La iglesia donde se halló la imagen, según antigua tradición que ha llegado hasta los tiempos modernos, fué siempre considerada como fundación de Catalanes, y según me dice el citado Stamatiades en una de sus cartas, ¹ es más que probable que por ellos fuera construida durante su dominación en el Atica, ó cuando ménos aprovechada y destinada para los oficios de metropolitana. No es nuevo el hecho en los anales de la Grecia medioeval, antes era común costumbre en aquella epoca de los pueblos invasores, llevarse consigo sacerdotes y vasos sagrados para los oficios divinos, y donde quiera que se establecieran consagrar templos propios, y por medio de los sacerdotes de su nacionalidad, cumplir separadamente sus deberes religiosos. En distintos puntos del Oriente se conservan aún hoy restos de iglesias, de las que se sirvieron en otro tiempo los Genoveses ó Venecianos, y por ello se las conoce con el nombre de estos pueblos. Otro tanto al parecer sucedió con el templo donde se halló la imagen en que me ocupo.

Para darla á conocer á los que benévolos me escuchan, no tengo que hacer más que traducir del griego la larga carta que el citado Sr. Stamatiades dedicó á la descripción exacta y detallada de la *Παρθένος* catalana. ² Descubrió impensadamente esta pintura mural el distinguido arquitecto y antiguo director del Museo Politécnico de Atenas, Lisandro Caftanzoglos, en el año de mil ochocientos cuarenta y nueve, entre las ruinas de la en otro tiempo bella iglesia del profeta Elías, situada junto á la *agora*, detrás del cuartel de infantería. Se hallaba empotrada en la entrada, en la parte superior de la puerta de la iglesia y rodeada del consabido arco bizantino. El diámetro de la puerta es de 1,40 y la del arco 1,10.

El fresco representa la Virgen Madre de frente, sentada,

¹ Samos: 27 de Diciembre de 1881.

² Samos: 9 de Junio de 1881.

con el niño Jesús en sus rodillas, bendiciendo con su mano derecha, y con la izquierda sustentando un papel arrollado. A ambos lados de la imagen se ven dos escudos suspendidos de árboles, que como palmeras prolongadas, se levantan á derecha é izquierda de la Virgen, rodeados de plantas y yerbas. El escudo de la izquierda del espectador representa claramente un león negro, rampante, sobre fondo blanco, y con el ojo encarnado. Dispersas en el fondo del cuadro y á los lados del escudo se divisan las letras F y R en caracteres góticos más ó menos confusos.

A la derecha del espectador aparece el otro escudo, con tres líneas de tetrágonos blancos y rojos en el centro, en forma de tablero de damas, y á ambos lados se encuentran las letras L y S, igualmente en góticos caracteres.

Los escudos y las inscripciones indican indudablemente procedencia latina, y serían en todo caso la guía más segura, no solo para fijar la época del fresco, sino aún su origen exacto. Mas por desgracia, á pesar de haber consultado importantes obras de heráldica de la nobleza catalana, y sobre todo la opinión autorizadísima de nuestro querido amigo y consocio, D. Luis de Mayora, que posee la biblioteca heráldica más copiosa que conozco en Barcelona, no han podido hasta ahora arrojar ninguna luz los indicados escudos, acerca de este oscuro punto, y mucho menos las letras F. R. L. S. que son tal vez iniciales de la familia ó familias á cuyas expensas ó intención se pintó el piadoso fresco. Tampoco han podido aclarar mis dudas los ilustrados griegos á quienes me he dirigido, señores Stamatiades, Caftanzoglos y Politis, y el último de éstos, ignoro con qué fundamento, llega á indicar la opinión de que es de una familia franca de Naxos. Como quiera que sea, hasta ahora no se han desvanecido las dificultades, y para colmo de desgracia escapóse esta pintura á la experta mirada del erudito investigador de la edad-media Buchon, el que más detalladamente describió los monumentos francos de Grecia. Sólo la tradición popular es el apoyo que puede invocarse, al afirmar que la iglesia y la pintura mural en ella hallada son de origen catalán.

Respecto de ella, y á fin de que la descripción sea lo más completa posible, réstame hacer las siguientes observaciones tomadas de la carta indicada:

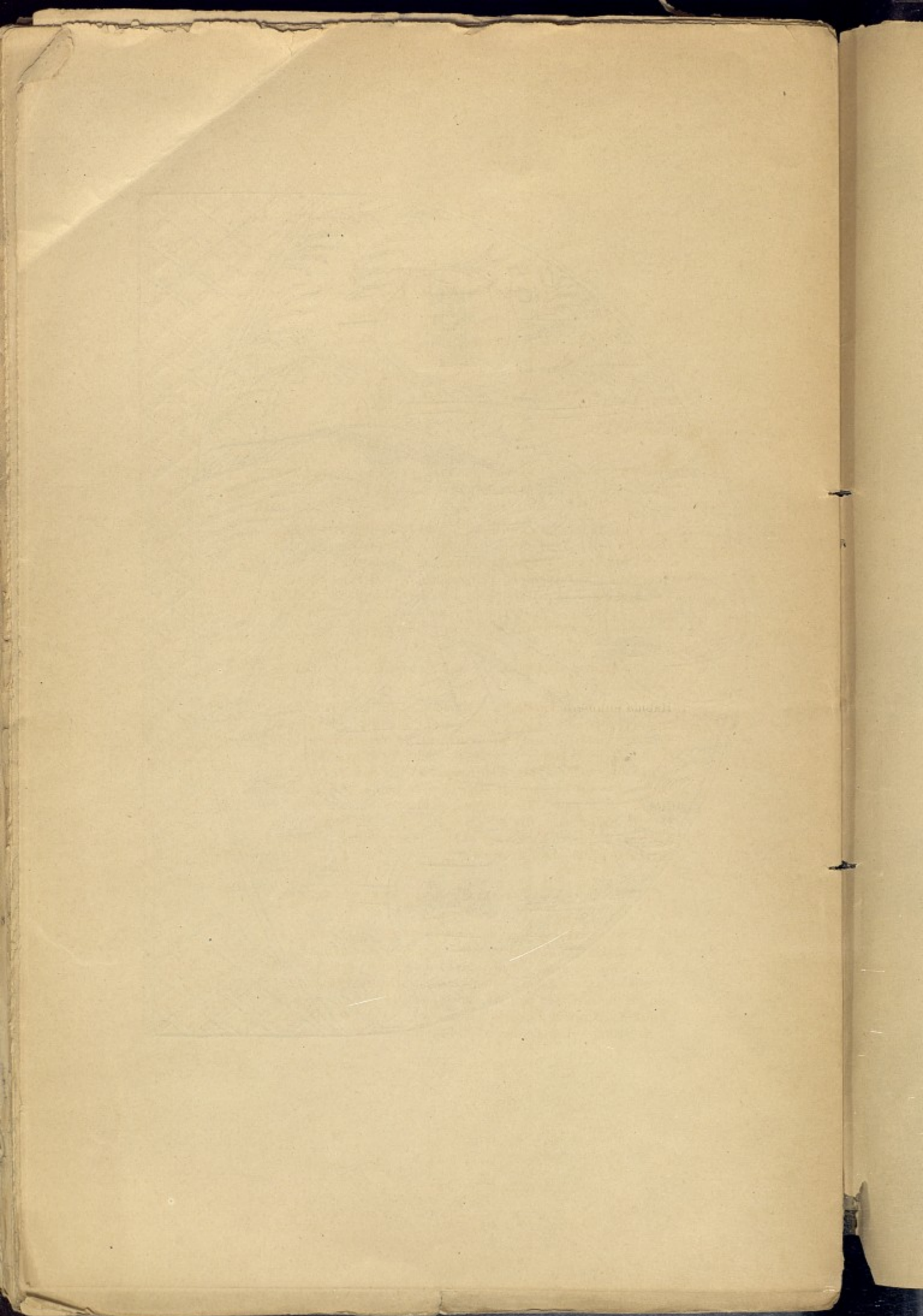
1.º La Virgen tiene el color negro, á semejanza de las veneradas imágenes bizantinas de nuestros santuarios, y su aspecto es sereno y tranquilo.

2.º El manto es de color de púrpura, y azul el de la túnica, al contrario de lo que hoy suele verse. La túnica del Niño Jesús es amarillenta.

3.º El Niño bendice, no á modo de los latinos, que levantan los tres primeros dedos y cierran los dos restantes, sino de los cristianos de Oriente, que combinan los dedos de manera que formen las iniciales griegas del nombre de Jesu-Cristo IC. XC.

El carácter de la *Παναγία κατὰ λανή*, es, pues, completamente bizantino, lo cual indica que quien la pintó no era probablemente de raza conquistadora, sino indígena. Con todo no sería esta observación argumento bastante para echar por los suelos una tradición arraigada, pues, como ya se ha dicho en otro lugar, la dominación catalana en Grecia tuvo mucho de anarquía militar, y no estaban durante ella tan sobrados de sosiego y bienestar los conquistadores que pudieran pensar en consagrarse al cultivo de las bellas artes.





ÍNDICE.

	Págs.
INTRODUCCIÓN.	5
I.—EL RECUERDO DE LA EXPEDICIÓN CATALANA EN LAS TRADICIONES Y CANCIONES POPULARES.	
I. Impresión duradera que entre los Griegos dejó la venganza catalana —II. Tradiciones populares acerca de ella. —III. Maldición de los Tracios y tradiciones de la Eubea, de la Acarmania, de Tripoli, del Peloponeso, del Atica, de Mesenia y de Laconia. —IV. Recuerdo acerca del valor de los Catala- nes en Jerómeron y Manes. —V. Cantos populares de la Tesa- lia. —VI. Canción griega citada por Legrand.	11
II.—LA DOMINACIÓN CATALANA EN LA LITERATURA GRIEGA.	
I. Rápida enumeración de las producciones del moderno rena- cimiento catalán y de la literatura castellana inspiradas en este episodio histórico. —II. Moderno despertamiento literario de Grecia. —Dramas griegos sobre los últimos tiempos de la do- minación catalana. —III. <i>El último conde de Salona</i> ('Ο τελευταίος κόμης τῶν Σαλώνων) de Espiridión P. Lambros. — Su argu- mento. —Juicio que en este drama se hace de los Catalanes. — IV. <i>El Señor del Olimpo Juan el Catalán</i> ('Ο ἄρχων τοῦ Ὀλύμπου Ἰωάννης ὁ Καταλάνος) de Marino Koutoubali. — Su ar- gumento —Juicio de esta obra.	19
III.—LA DOMINACIÓN CATALANA SEGÚN LAS CRÓNICAS GRIEGAS.	
I. <i>El libro de la conquista del principado de Morea</i> . (Βιβλίον τῆς Κοινοκτίσεως). —Manuscritos y ediciones de la misma. — La invasión catalana en el ducado de Atenas y la batalla del Cefiso. —Nueva alusión á estos sucesos. —Destrucción del cas- tillo de Saint-Omer por los Catalanes. —II. <i>La Crónica de Galaxidi</i> (Χρονικὸν ἀνεκδότου Γαλαξιδίου). Su publicación por C. N. Sathas. —Los Taragonatas. —Su invasión y sus conquis-	

tas.—Últimos sucesos de Salona.—Juicio de su postrer conde catalán.

Págs.
33

IV.—LOS CATALANES JUZGADOS POR LOS HISTORIADORES BIZANTINOS.

Historiadores bizantinos que hablan de los expedicionarios catalanes.—I. Jorge Pachymeres. (*De Michæle et Andronico Palæologis, Libri Tredecim*).—Principales pasajes en contra ó en pro de los Catalanos.—II. Nicéforo Gregoras (*Byzantina Historia*).—Sus apreciaciones sobre la crueldad y el valor de los expedicionarios.—Consideraciones acerca de la muerte de Roger.—III. Juan Cantacuzeno (*Cantacuzeni ex imperatoris historiarum libri IV*).—Espíritu de esta obra por lo común favorable á los Catalanos.—IV. Laónico Chalcocondylas (*Ἀποδείξεις ιστοριῶν δέξια*).—Su escasa importancia para la expedición.—V. Jorge Phrantzès (*Historia byzantina*).—Inexactitud y parcialidad de esta obra respecto á los Catalanos.—VI. Teódulo Magister.—Su famosa epístola sobre las crueldades cometidas por la Gran Compañía.

47

V.—LOS CATALANES JUZGADOS POR LOS HISTORIADORES NEO-HELÉNICOS.

I. Importante desenvolvimiento del género histórico en la Grecia contemporánea.—II. C. Paparrigópulo: *Histoire de la civilisation hellénique*.—III. Epaminondas J. Stamatiades: (*Οἱ Κατὰλοι: ἐν τῇ Ανατολίῃ*).—Juicio de esta obra.—Espíritu que en ella domina.—IV. Prólogo de Sathas á la *Crónica de Galaxidi*.—Injusta animosidad de algunas de sus apreciaciones.—V. Introducción de Espiridión Lambros al drama *El último conde de Salona*.—Anacrónicos sentimientos que en ella se manifiestan.—VI. Consideraciones sobre la injusticia é ingratitud de los modernos griegos para con la Europa católica y latina.

79

CONCLUSIÓN.

96

APÉNDICE I.—¿Existen en Oriente familias consideradas como descendientes de los expedicionarios catalanes?

113

APÉNDICE II.—¿Se han conservado sellos ó monedas que recuerden la dominación catalana en Oriente?

116

APÉNDICE III.—¿Existen en Grecia monumentos que recuerden la dominación catalana?

119

MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE

BARCELONA.

TOMO IV.

CUADERNO PRIMERO.

LA EXPEDICIÓN Y DOMINACIÓN

DE LOS

CATALANES EN ORIENTE

JUZGADAS POR LOS GRIEGOS

POR

D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH.

BARCELONA.

IMPRENTA DE JAIME JEPUS.

Pasaje Portuny (antigua Universidad).

1883.

6622
184

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

HACIENDA

TOMO IV

GUARDIA EXTERIOR

ALBERTO Y DOMINION

CATALANES EN ORIENTE

ALBERTO Y DOMINION

ALBERTO Y DOMINION

ALBERTO Y DOMINION

ALBERTO Y DOMINION

ALBERTO Y DOMINION